

el programa comunista

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

EN ESTE NÚMERO

- **¡Viva Octubre rojo, de ayer y mañana!** 1
- **Las grandes lecciones de Octubre de 1917** 6
- **1936-1939. La Guerra de España** 27
- **Cronología abreviada** 40
- **Informe de Amadeo Bordiga sobre el fascismo.
V congreso de la Internacional Comunista
23ª sesión, 2 de julio de 1924.** 42

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del «socialismo en un solo país» y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia – el partido de clase –, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoral, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimentismo o aventurerismo «lucharmatista»; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

EL PROGRAMA COMUNISTA

Órgano del Partido Comunista Internacional
ADMINISTRACIÓN Y DIFUSIÓN

Programme
B.P. 57428

69347 Lyon Cedex 07- France

Precio del ejemplar: 3 €.; América latina: US \$ 1.5; USA y Cdn: US\$ 3; £ 2; 8 FS; 25 Krs. **Precio solidario:** 6 €.; América latina: US\$ 3; USA y Cdn.: US\$ 6; 6 £; 16 FS; 50 Krs. **Suscripción:** el precio de 4 ejemplares.
Pago con giro postal al Sr. DESSUS, a la dirección: «Programme - B.P. 57428 - 69007 Lyon Cedex 07 - Francia»

CORRESPONDENCIA

España: Apdo. Correos 27023 - 28080 Madrid
Italia: Il Comunista - C.P. 10835 - 20110 Milano
Francia: Programme - B.P. 57428 - 69007 Lyon Cedex 07
Suiza: La dirección se modificará pronto. Para contacto, escriba a la dirección de Lyon.

E-MAIL

elprogramacomunista@pcint.org
leproletaire@pcint.org
ilcomunista@pcint.org
proletarian@pcint.org

El sitio Internet del partido comunista internacional
www.pcint.org

¡Lean, difundan, sostengan la prensa internacional del partido! ¡Suscríbanse!

- Il comunista -

Periódico bimestral

Precio del ejemplar: 2 €; £ 2; 5FS; **Suscripción:** 10 €; £ 10; 25 FS;
Suscripción de solidaridad: 20€; £ 20; 50 FS.

- Le prolétaire -

Periódico bimestral

Precio del ejemplar: 1 €; £ 1; 3FS; 350 CFA. **Suscripción:** 7,5 €; £ 10; 30FS;
1'500 CFA. **Suscripción de solidaridad:** 15 €; £ 20; 60FS; 3'000 CFA

- Programme communiste -

Revista teórica

Precio del ejemplar: 4 €; £ 3; 8FS; 1'000 CFA.; América latina: US\$ 2;
USA y Cdn: US\$ 4 **Suscripción:** El precio de 4 ejemplares.

Suscripción de solidaridad: 40 €; £ 20; 80FS; 16'000 CFA.; América latina:
US\$ 10; USA y Cdn: US\$ 40

- el proletario -

Órgano del partido comunista internacional

Precio del ejemplar: Europa : 1,5 €, 3 FS;
América latina: US\$ 1,5; USA y Cdn: US\$ 2.

- Proletarian -

Suplemento al «le prolétaire»

Precio del ejemplar: 1 €, £ 1, 3 CHF.

Suplemento en español a la revista teórica del Partido Comunista Internacional, «programme communiste» no ISSN-0033-037 X.
Acabado de imprimir en Junio de 2018

49^e ANNEE Juin 2006 N° 99

programme communiste

REVUE THEORIQUE DU PARTI COMMUNISTE INTERNATIONAL

SOMMAIRE

le prolétaire

organe du parti communiste international

M2414 - 450 - 1 C

Pour l'organisation indépendante de classe
Les leçons des luttes du printemps

il comunista
organo del partito comunista internazionale

Iraq: guerra di rapina e di spartizione

il proletario
foglio di intervento sul terreno immediato del Partito Comunista Internazionale per la riorganizzazione operaia indipendente e per la ripresa della lotta di classe

Per un Primo Maggio proletario e di lotta!

Molletta
a svegli nel lavoro, indicata in sua cultura: il proletario capibile, sempre!

Proletarian

Organ of the International Communist Party

Nr 3
Ottobre 2007
M2414 - 450 - 1 C
E-I: 10283-2-48-11

Multiform and indissociable
Tasks of the Class Party

NUMERO 46 Diciembre de 2005

el programa comunista

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

EN ESTE NÚMERO

- Lo que distingue a nuestro partido
- Europa: lojapal burguesa, gaitera proletaria

el programa comunista
ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

Venezuela:
Crónica de una burguesía "revolucionaria haitiarrana"

el proletario

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

Del 15 de Mayo al 25 de Abril

Accidente ferroviario en la línea Madrid-Ferrol
A alta velocidad hacia la muerte

¿Dónde está Nin?

EN ESTE NÚMERO

- Sobre nuestro trabajo de partido en los organismos inmediatos
- Francia General en Portugal
- Comunismo, historia, trabajo y movimiento obrero
- Una historia de la falda de la hora que el proletario.

¡Viva Octubre rojo, de ayer y mañana!

¡LA BURGUESÍA TRATA CONSTANTEMENTE DE CONJURAR LOS VALORES HISTÓRICOS Y COMUNISTAS DE LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE, PERO EL MOVIMIENTO TELÚRICO DE LA REVOLUCIÓN PROLETARIA SACUDIRÁ A TODO EL MUNDO CAPITALISTA Y SUS DEFENSORES!

«Con la doctrina de Marx ocurre hoy lo que ha ocurrido en la historia repetidas veces con las doctrinas de los pensadores revolucionarios y de los jefes de las clases oprimidas en su lucha por la liberación. En vida de los grandes revolucionarios, las clases opresoras les someten a constantes persecuciones, acogen sus doctrinas con la rabia más salvaje, con el odio más furioso, con la campaña más desenfrenada de mentiras y calumnias. Pero después de muertos se intenta convertirlos en iconos inofensivos, canonizarlos, por decirlo así, rodear sus *nombres* de una cierta aureola de gloria para «consolar» y engañar a las clases oprimidas, castrando el *contenido* de su doctrina revolucionaria, mellando el filo revolucionario de ésta, envileciéndola. En semejante «arreglo» del marxismo se dan la mano actualmente la burguesía y los oportunistas dentro del movimiento obrero. Olvidan, relegan a un segundo plano, tergiversan el aspecto revolucionario de esta doctrina, su espíritu revolucionario. Hacen pasar a primer plano, ensalzan lo que es o parece ser aceptable para la burguesía».

Así comienza uno de los textos más conocidos e importantes de Lenin: *El Estado y Revolución*, texto que — frente a la imprevista y gigantesca traición de los partidos socialistas oficiales, miembros de la Segunda Internacional, respecto al estallido de la primera guerra imperialista mundial (y en particular la del partido alemán, cuyo jefe, Kautsky, era para la época el teórico marxista más influyente internacionalmente) — respondía a la tarea urgente de restablecer la verdadera doctrina de Marx sobre el Estado, en lucha cerrada contra las múltiples deformaciones del marxismo que habían invadido como peste al movimiento obrero mundial. Lo mismo que sucedió a la doctrina marxista, sucedió después, en la confrontación del contenido revolucionario y comunista de la revolución de Octubre y de los primeros años de dictadura proletaria en Rusia.

¿Pero por qué apuntar ante todo sobre el tema del Estado? Es el mismo Lenin quien lo explica en el *Prefacio* a su primera edición de agosto de 1917: «La cuestión del Estado adquiere en la actualidad una importancia singular, tanto en el aspecto teórico como en el aspecto político práctico. La guerra imperialista ha acelerado y agudizado extraordinariamente el proceso de transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado. La monstruosa opresión de las masas trabajadoras por el Estado, que se va fundiendo cada vez más estrechamente con las asociaciones omnipotentes de los capitalistas, adquiere proporciones cada vez más monstruosas. Los países adelantados se convierten —y al decir esto nos referimos a su «reta-

guardia»— en presidios militares para los obreros».

Ya en la obra precedente, de 1916, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, no obstante las contorsiones que debió hacer para evitar en lo posible la censura, Lenin demuestra, basándose en el «conjunto de los datos relativos a las *bases* de la vida económica de *todos* los Estados beligerantes y de *todo* el mundo» (*Prólogo* a la edición francesa y alemana de 1920), que para ambos lados, la guerra de 1914-1918 fue una guerra imperialista (es decir, una guerra anexionista, depredadora y de rapiña); una guerra por la división del mundo, por la partición y el reparto de las colonias y de las esferas de influencia del capital financiero, etc.». (*ibidem*); una guerra, cuyo fin era el reparto del mundo en esferas de influencia, no habría podido desarrollarse sino a través de la fusión cada vez más estrecha entre las «omnipotentes asociaciones de capitalistas» y el «Estado burgués» que propende a oprimir en forma cada vez más monstruosa a las masas laboriosas de cada país. Por tanto, el problema del Estado es el problema central tanto para el dominio de la clase burguesa como para la revolución proletaria que el primero debe combatir y destruir.

Durante toda la fase histórica que llevó al estallido de la primera guerra mundial imperialista, las clases dominantes — burguesas y aristocrático-reaccionarias — frente al movimiento obrero, de sus luchas, sus organizaciones clasistas, sus intentos revolucionarios y sus jefes, se comportaron exactamente como afirma la cita sacada del opúsculo de Lenin sobre *El Estado y Revolución*: la lucha de la clase burguesa (más aun cuando se trata de la lucha de clases pre-burguesas, como en el zarismo), más allá de tratar de sofocar toda lucha independiente de la clase obrera, siempre ha odiado y perseguido a los jefes revolucionarios del proletariado, encarcelándolos, difamándolos, calumniados, además de haber constantemente mistificado la doctrina de emancipación que estos encarnaban.

Cuanto mas el movimiento obrero se desarrollaba, se mostraba fuerte, influyente, organizado, capaz de amenazar seriamente al poder burgués, más la clase dominante burguesa, junto a la clásica opresión militar y policial, invertía recursos económicos, políticos, sociales para falsificar los principios, el programa, las perspectivas históricas del proletariado en lucha por su emancipación. El oportunismo, esto es, la política de la paz social, de pactos entre clases, de la colaboración entre las clases — en la paz y en la guerra — tiene bases materiales bien precisas: se funda sobre «garantías económicas», incluso mínimas, pero estables en el tiempo y

sobre la competencia entre proletarios; es sobre esta base material que el oportunismo funda su política democrática, parlamentarista», de colaboración interclasi-sista. Los jefes obreros, mejor aún si son revolucionarios, son objeto constante de gran atención por parte de la burguesía y sus organismos de defensa, tanto desde el punto de vista económico-práctico, como desde el punto de vista político-ideológico. ¿Qué puede ser mejor para los burgueses, que comprar a los adversarios más importantes e influyentes en el proletariado, de manera que se pueda arrastrar bajo su bandera (empresa, economía nacional, patria, valores nacionales, etc.) a vastas masas proletarias en lugar de utilizar la violencia represiva? Es precisamente esto lo que el poder burgués ha hecho en cada país, con más éxito en los países capitalistas avanzados en los cuales podía y puede contar con mayores recursos económicos y debe, gracias a la superestructura burocrática, administrativa y militar, central y periférica, con sus múltiples estratificaciones, puede dar garantías y privilegios a un vasto estrato de jefes y jefecillos obreros atraídos al alvéolo de lo que Engels llamó aristocracia obrera, y que el reformismo y su prolongación natural en la colaboración de clases ha hecho su doctrina.

Es archisabido que Lenin, después de haber tratado de manera sintética pero eficaz y teóricamente irreprochable la doctrina marxista con respecto a la revolución, el Estado y la dictadura del proletariado sobre la base de la experiencia de la Comuna de París y de la historia del oportunismo de Bernstein y Kautsky, interrumpe el desenvolvimiento de los temas previstos para Estado y Revolución (en particular el Cap. VII, La experiencia de la revolución rusa de 1905 y 1917) por un simple motivo: la crisis política, en vísperas de la revolución de Octubre de 1917, que en su Epílogo del 30 de noviembre afirmaba que «da más placer y es más útil realizar ‘la experiencia de una revolución’ que escribir sobre ella» Y esta experiencia ha sido magnífica a lo grande, no solo para Lenin, sino para todos los revolucionarios y proletarios que, en Rusia ante todo, y en el resto del mundo, cuyas experiencias han dado el máximo de contribuciones posibles con sus luchas y sus tentativas revolucionarias sobre la estela de la revolución de Octubre.

La burguesía de los países imperialistas ocupada en hacerse la guerra por repartirse el mundo en zonas de control y de influencia diversas heredadas del periodo de desarrollo «pacífico» del capitalismo, fueron sacudidas literalmente, no tanto por el movimiento revolucionario que estalla en Rusia e hizo caer al zarismo, sino por el hecho de que ese movimiento – encabezado por el proletariado y guiado por el partido bolchevique de Lenin – hubiese podido abatir no solo al poder zarista, sino también al poder burgués de Kerensky, que quería todo, menos terminar la guerra comenzada por el zarismo. La revolución de Febrero de 1917 llevó a cabo el empuje revolucionario que, en 1905 – luego de la guerra ruso-japonesa y las dramáticas condiciones de supervivencia del vasto campesinado ruso y de las masas de las grandes ciudades – había hecho titubear al poder zarista: fue la revolución burguesa que toda la burguesía europea esperaba, pero también temía, en virtud de la participación del proletariado organizado y politizado en los soviets y que comenzaba a demostrar que su fuerza social,

unida a la fuerza social que representaba el movimiento de las masas campesinas, podía no solo «liberar» a Rusia de los vínculos medievales y reaccionarios del zarismo, abriéndose mucho más de cuanto hubiese podido hacer el capitalismo internacional en aquel tiempo. sino que habría podido empalmar la lucha revolucionaria socialista con el movimiento socialista y revolucionario europeo occidental, y en particular el alemán que era el más fuerte y el más temido. Una revolución socialista que después, en efecto, estalló en Octubre de 1917.

En el horizonte de los contrastes entre las grandes potencias capitalistas, acrecentados enormemente en los primeros tres lustros del siglo XX, era la guerra mundial, o sea, una guerra que respondía, en un cierto sentido, a todas las cuestiones ligadas a las relaciones de fuerza entre los capitalismos más potentes en el plano colonial y en las relaciones recíprocas. La competencia en el mercado mundial se había vuelto tan incontenible dada la crisis de superproducción que tendía a asfixiar las economías más potentes pero confinadas a rebanadas de mercado demasiado limitadas con respecto a su potencialidad productiva y financiera – como la alemana – como para requerir objetivamente la única solución que la economía capitalista conoce en estos casos, esto es, el enfrentamiento bélico entre las mayores potencias mundiales y de nuevo la puesta en discusión de cada zona de influencia, por tanto la guerra, en este caso mundial, con sus consecuentes enormes destrucciones gracias a las cuales el sistema productivo de los más grandes y fuertes países regresa a su juventud, mientras las masas trabajadoras del mundo entero, y en particular en los países golpeados por la guerra, sufrirán además de una hecatombe de muertos en cada frente de guerra, sacrificados en el altar del beneficio capitalista, incluyendo la continuación, después de la guerra, de la esclavitud salarial y de la explotación cada vez más bestial.

Que el capitalismo, en el curso de su desarrollo, vaya inexorablemente hacia crisis y guerras es un hecho incontrovertible, reconocido por los mismos burgueses que no se cansan, sin embargo, de agitar las consignas de la paz y los derechos de los pueblos, como si paz y derechos de los pueblos dependiese simplemente de los «hombres de buena voluntad», tal como recita hipócritamente la Iglesia. La paz, bajo el capitalismo, es en realidad un periodo de tregua entre dos guerras: esta es la conclusión que Lenin, como siempre en coherencia con el marxismo, saca de su examen **crítico** del imperialismo. Por tanto, si se quiere impedir que estalle la guerra capitalista, o interrumpirla si ya ha estallado, no serán soluciones burguesas las que puedan ser adoptadas: la solución no puede tener otro signo que proletario y comunista; es decir transformando la guerra burguesa e imperialista en guerra civil, en guerra revolucionaria llevada con el fin de abatir el poder burgués, destrozando el Estado burgués que los administra y defiende, e instaurando la dictadura de clase del proletariado.

Este es exactamente el objetivo principal de la revolución proletaria y comunista, en cualquier país capitalista del mundo, mucho más en cualquier país imperialista del mundo. También lo fue incluso para la Rusia de 1917, esto es, para un país en cuya época todavía se debía completar la fase histórica de la revolución bur-

guesa, en el sentido no solo del fin de la monarquía absoluta, sino en la implantación y difusión de la economía capitalista sobre un territorio que extendido a dos continentes, pero que, por fuerza del capitalismo ya presente, sobre todo en las grandes ciudades y por fuerza de la vecindad con el capitalismo desarrollado en Europa occidental, y por fuerza de las miras anexionistas e imperialistas del poder zarista, se presentaba como un potencial aliado en la guerra mundial a favor del encuadramiento bélico que buscaba contrastar el empuje de los imperios centrales – Alemania y Austria – países de la Entente que contaban con los imperialismos francés y británico directamente interesados en contener el expansionismo alemán, y sobre el imperialismo americano que mantenía relaciones muy estrechas con la finanza y la industria inglesas. Pero el zarismo desempeñaba también otro rol de primera importancia, para sí mismo, y también para las potencias imperialistas europeas: era el más organizado y fuerte poder reaccionario existente, capaz de intervenir tanto en Occidente como en Oriente, no solo para defender sus intereses y posesiones coloniales, sino también para servirle a terceros – es decir a cualquier potencia que pueda estar interesado temporalmente, en determinadas áreas geopolíticas, en reprimir revueltas y revoluciones, tanto de carácter burgués como de carácter proletario. No es por nada que en incontables ocasiones, la Rusia zarista prestó ayuda ora a Prusia y a Gran Bretaña, ora a Francia, ora a Austria-Hungria, pero que el objetivo fundamental era siempre el mismo: mantener el control de los movimientos «revolucionarios», en particular en Europa, reprimiéndolos sin cesar, para que no contrastasen con los intereses del momento o futuros del poder zarista y de las monarquías o de las burguesías que en ese momento, o en un futuro, pudiesen devenir deudoras hacia Petersburgo (o Petrogrado) por los servicios obtenidos a su favor.

«El imperio ruso es – como demostró de modo evidente 1848 y 1849 – el último gran baluarte de la reacción en Europa occidental. Tenemos en Alemania se rehusó a provocar una insurrección en Polonia y de golpear al Zar en el terreno de la lucha armada en 1848, erigirse en juez supremo entre Austria, Prusia, y los mini-estados alemanes en Varsovia en 1850, y poner a funcionar de nuevo el viejo Bundestag. No hace mucho – a comienzos de mayo de 1875 en Berlín – el Zar recibió, exactamente como hace 24 años, el homenaje de sus vasallos y demostró ser para siempre el **árbitro** de Europa. Ninguna revolución puede obtener victoria definitiva en Europa occidental sin que el actual Estado ruso no la suscite a su lado. Pero el vecino más inmediato de este es Alemania; será entonces Alemania la destinada a sostener el primer choque con los ejércitos rusos de la reacción. Por ello la caída del Estado ruso, el derrumbe del imperio zarista, es una de las condiciones preliminares para la victoria final de proletariado alemán». (palabras extraídas de su famoso escrito *Las condiciones sociales en Rusia*, 1875 (1)).

Ya en los tiempos de Marx y Engels, la destrucción del poder zarista era esperada como un resultado de gran importancia para toda Europa, y para el mismo movimiento obrero socialista, y materialísticamente obvio, dada la situación general creada luego de las especulaciones fraudulentas del periodo 1871-1873 en las que

participó la alta finanza rusa, ruina de la cual Rusia no saldrá ni siquiera con la guerra contra Turquía y que, al contrario, hizo precipitar todavía más la economía y las finanzas rusas arrojando a condiciones extrema de hambre y miseria a las grandes masas campesinas y al mismo proletariado rusos (2). Situación frente a la que se imponía como urgente la tarea revolucionaria que la burguesía habría debido adoptar ya desde mitad del S. XVIII en adelante, y para la cual debía necesariamente estar interesado, tal como en cada ocasión histórica de superación de los viejos ordenamientos sociales y que los poderes reaccionarios resistían a la presión de las nuevas clases progresistas, que para la época eran precisamente la burguesía, el campesinado pobre y el proletariado.

Pero en Rusia no maduraron las condiciones favorables a la revolución burguesa, tal como sucedió en Europa occidental, y la burguesía – tal como en Alemania – no tenía absolutamente ningún carácter revolucionario como la francesa, prefiriendo desarrollar sus negocios y mantener sus privilegios, a la sombra del poder zarista. Sera necesario que advenga el 1905 proletario, así como también la participación del zarismo en la primera guerra imperialista mundial y luego el 1917 nuevamente proletario, para imprimir a Rusia un curso histórico cuyas bases en realidad ya habían sido establecidas, pero que no se habían encontrado la cita con la historia una clase burguesa dispuesta a desarrollar su tarea histórica. La Primera Guerra Mundial sacude violentamente a todas las clases sociales y a todos sus estratos, polarizando al proletariado y las masas rurales pobres que lo siguen y todas las otras clases y medias clases del lado opuesto; se había abierto la era de las guerras y las revoluciones. Según todo lo previsto por Marx y Engels, «una vez que Rusia sea empujada a la revolución, toda la cara de Europa cambiará (3)»

Y esto es lo que sucede. En Rusia, la revolución iniciada en febrero de 1917, siendo **aún** dominantes las ilusiones democrática y parlamentarias, y terminada en Octubre del mismo año con la victoria del proletariado revolucionario, bajo la guía del partido bolchevique de Lenin, golpea mortalmente tanto al poder zarista como el poder burgués de Kerensky. Fue instaurada la dictadura de clase del proletariado, ejercida por el partido bolchevique, en perfecta continuidad histórica y programática con la Comuna de París de 1871, pero con algunas diferencias sustanciales: el poder proletario no tuvo ningún temor en someter a su control al banco central y al comercio exterior y de hacer públicos los «secretos de Estado» tanto político-diplomáticos como militares; no se dejó ilusionar por las sirenas democráticas que querían una Asamblea Constitucional que fue eliminada; disuelve al ejército y en su puesto armó al «pueblo», esto es, al proletariado y campesinado pobre que habían constituido los soviets; pasó la propiedad de la gran industria y de la tierra al nuevo Estado proletario; negó no solo a las clases aristocráticas y nobiliarias sino también a la clase burguesa, cualquier representación y actividad políticas, y lo más importante, retiró a Rusia de la guerra, proponiendo a las potencias beligerantes una paz «sin anexión ni indemnización» aunque a un precio particularmente elevado, como en realidad fue, dejando en manos de Alemania un cuarto de los territorios europeos junto con sus

poblaciones. El poder proletario y bolchevique sabían que retirar a Rusia de la alianza bélica con las potencias de la Entente, hubiese dado a Alemania la posibilidad de utilizar su potencia económica y militar para arrancar a Rusia mucho territorio, pero el interés de clase del proletariado imperialista – guerra de rapiña por excelencia, y masacre de proletarios en ambos frentes, en favor exclusivo de las fuerzas del capital – podía ser interrumpida solo transformándola en guerra de clases a la cual llamar a los proletarios de todos los países, en primer lugar a los proletarios de los países en guerra, para que luchasen en cada país contra su burguesía! Esto solo tendría una perspectiva con una revolución proletaria victoriosa y con un poder de clase dictatorial instaurado sobre las ruinas del Estado burgués: ninguna fuerza popular, democrática, liberal, podía o hubiera podido llegar al mismo resultado, dando al proletariado de cada país la perspectiva concreta de la lucha por la emancipación general del capitalismo. Y la participación en la revolución rusa del vasto campesinado ruso, liberado de siglos de aislamiento e ignorancia política, demuestra cómo el proletariado revolucionario históricamente tenía la fuerza de arrastrarlo a un movimiento histórico más grande y de saber combatir y vencer la presión sofocante de los estratos sociales burgueses y preburgueses que, a través de los aparatos burocráticos y fiscales, lo confinan a una vida de miseria y hambre.

La Revolución Rusa, en Octubre de 1917, toma las características peculiares de la revolución proletaria y comunista, y fue esto lo que hizo temblar el pulso a todas las cancillerías del mundo. La guerra imperialista continuó y, a pesar de las luchas contra la guerra que estallaran en varios países europeos – en Alemania en particular, pero también en Italia (ver los disturbios de Turin por el pan y contra la guerra en agosto de 1917) – y los amotinamientos en los frentes, como en Francia, y la fraternización entre los soldados de las respectivas **líneas** «enemigas», como entre italianos y austriacos, las potencias imperialistas la acabaron después de 4 años de masacres y millones de muertos y heridos. Los vencedores – Gran Bretaña, Francia e Italia – se repartirán el botín (los territorios y zonas de influencia no solo en Europa sino también en África, Medio y Extremo Oriente), mientras las potencias que perdieron la guerra deberán ceder territorios y conspicuos recursos financieros. Pero la guerra, que fue la «solución» burguesa a la crisis de superproducción y a los contrastes imperialistas llegados a un nivel de tensión incontenible, no hizo sino preparar – justo la afirmación contenida desde 1848 en el *Manifiesto del partido comunista* – los factores de crisis más generales y violentas, como demuestra la historia capitalista posteriormente, a partir de la segunda guerra imperialista mundial y prosiguiendo en la serie interminable de guerras «regionales» que, a su vez, mientras dan un momentáneo escape a tensiones de crisis económicas y financieras que estallan católicamente sin cesar, preparan al mismo tiempo factores ulteriores de crisis y de guerra, en una espiral sin fin hasta que la lucha de clase del proletariado renazca y se refuerce en los países más importantes del mundo, transformándose en lucha revolucionaria a la bolchevique.

Y usamos conscientemente el término «a la bol-

chevique», como usamos conscientemente el término «comunista», aun cuando estos términos, con la victoria de la contrarrevolución burguesa y del estalinismo, han sufrido – y no podía ser de otra manera – las más obscenas falsificaciones que pudiese existir. Se ha hecho pasar, en efecto, por «socialista», y «comunista», al proceso de desarrollo económico en Rusia que el mismo Lenin – dadas las condiciones históricas de atraso económico de la Rusia de aquella época – había definido claramente como capitalista, se hizo pasar por «socialista», y «comunista», a un poder político, por tanto un Estado, que se habían transformado – por fuerza de la victoria contrarrevolucionaria – en poder burgués, en Estado burgués, después de una lenta y desgraciadamente inexorable degeneración política. La guerra que las clases burguesas de todo el mundo habían llevado contra la revolución de Octubre, contra la dictadura proletaria instaurada en Rusia, contra la resistencia del proletariado ruso a los ataques de las bandas blancas y de los contrarrevolucionarios y reaccionarios rusos sostenidos por las muy civilizadas potencias democráticas de Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos no logran derrotar, en tres años de guerra civil – de 1918 a 1921 – al poder proletario bolchevique. Los imperialistas necesitaban de una fuerza política particularmente insidiosa, mucho más venenosa de la que hizo claudicar la Segunda Internacional frente a la primera guerra imperialista y llevó a la mayoría de los partidos socialistas y socialdemócratas del mundo a compartir con sus gobiernos burgueses, traicionando completamente a la causa proletaria y revolucionaria para la cual habían suscrito proclamas y manifiestos, incluso a pocos meses del estallido de la guerra. La degeneración estalinista del partido bolchevique y del marxismo llevó a la formulación de la teoría del «socialismo en un solo país», teoría que condensa todo el proceso de revisión y falsificación del marxismo que había comenzado ya con las primeras oleadas oportunistas estando Marx y Engels en vida en adelante, y que debía inevitablemente desembocar en la teoría del «mercado socialista», con todas las categorías de mercancía, dinero, ganancias, empresa, salario, propiedad privada, etc. Estas categorías 1000% capitalistas fueron etiquetadas como «socialistas» con el pretexto de que eran reguladas por un Estado, heredero de la victoria revolucionario y definido como socialista, aun cuando entonces había sido transformado en un Estado burgués, al servicio del desarrollo capitalista de la economía rusa, y con la introducción de una «planificación económica centralizada» como si esto fuese de por sí el símbolo del socialismo en acción, al mismo tiempo que respondía a las exigencias de tener un industrialismo de Estado gracias al cual se puedan quemar las etapas del desarrollo capitalista.

Las fuerzas productivas, en Rusia no podían contar con el aporte indispensable de la victoria revolucionaria en la Europa capitalista desarrollada, destinada obligatoriamente a desarrollar capitalismo – para que se formase la base indispensable para su transformación en socialismo bajo la guía de la dictadura proletaria – en el aislamiento en el que la dictadura proletaria en Rusia había sido confinada, lo que va a ejercer una gigantesca presión que solo el movimiento del proleta-

riado revolucionario no solo ruso, pero al menos europeo, hubiese podido soportar manteniendo sólidamente la ruta revolucionaria en Rusia (recordemos los veinte años de Lenin, o los cincuenta años de Trotsky) en espera de la reanudación de la lucha revolucionaria de los proletariados de los países capitalístamente avanzados y de su victoria.

El bolchevismo nuestro es el que reivindica el **artículo** publicado en *Il Soviet*, del 23 de febrero de 1919 e intitulado *El bolchevismo, planta de todo clima* (4), y que era dirigido contra los representantes de la democracia italiana (y, *ante letteram*, contra los revisionistas y estalinistas que posteriormente abrazaran exactamente las mismas posiciones), sosteniendo que el bolchevismo no era un fenómeno ruso sino internacional y que no solo se enraizaba ya en un pedazo de Italia – *Il Soviet* era su demostración – sino que se enraizaba en el mundo: «*Bolchievismo y socialismo son la misma cosa – se afirma allí – y para combatir el prejuicio patriótico y el sofisma de la defensa nacional, nosotros no habíamos esperado que Lenin y los bolcheviques, nuestros compañeros de fe y de tendencia desde hace muchos años, llegase a triunfar en Rusia, e incluso sin su glorioso y luminoso ejemplo, el día que las vicisitudes históricas nos hubiese llevado a la victoria, lo habríamos hecho tal como ellos lo hicieron*». **¿Era tal vez una extraña combinación que la Izquierda comunista de Italia y los bolcheviques en tiempos de Lenin tuviesen las mismas posiciones?** Por supuesto que no. «Ellos y nosotros trabajamos ayer y hoy por el mismo programa, por la lucha de clase que niega la solidaridad nacional, por el socialismo revolucionario, por la conquista del poder y por la dictadura de los trabajadores, los sin patria. Ya que esta doctrina y este método no fueron improvisados en 1917, bajo la comisión del Káiser, como solo las inconmensurables burradas de los profesores de disciplina sociológica puede creer, sino que desde 1847 habían sido proclamados por la Internacional Socialista; (...) El bolchevismo vive en Italia, y no como artículo importado, puesto que el socialismo vive y lucha allí donde haya explotados que tiendan a su emancipación».

Para la época, en Rusia la tarea de destruir el feudalismo le tocó al proletariado revolucionario, al cual le tocó también desarrollar la economía capitalista en las formas más cónsonas a un control político férreo con el fin de defender el poder político conquistado y utilizarlo también en la lucha de clase revolucionaria a nivel internacional. El estalinismo, por el contrario, encierra en las «fronteras nacionales rusas» al movimiento proletario, lo ilusiona con «construir socialismo» dentro de los confines nacionales fuera de todo internacionalismo comunista, mientras construía capitalismo nacional y mantenía bases más fuertes que las que pudiese haber tenido a su disposición el viejo zarismo para la típica política capitalista e imperialista de anexiones y colonialismo.

Una vez muerto Stalin y los estalinistas de la primera hora, y frente al derrumbe del viejo poder político que dirigió a la URSS, llevándola a participar en la segunda

guerra imperialista, masacrando y haciendo masacrar a millones de proletarios, a recavar ventajas en términos de anexiones y zonas de influencia directa – controladas militarmente – en Europa del Este, el Cáucaso y Extremo Oriente, y a someter al mundo entero a un control imperialista en condominio con los Estados Unidos de América; frente al derrumbe de aquel poder político falsamente identificado por cada burguesía del mundo como «socialista», en cada cancillería, en cada medio, de cada intelectual célebre se alzó el grito: ¡el comunismo ha muerto, el capitalismo ha vencido!

Que el capitalismo haya vencido, nunca hemos tenido problemas en reconocerlo. Somos los únicos que, desde los años 20, en los debates internacionales, en las tesis y evaluaciones de las situaciones habíamos previsto que, deslizándose hacia tácticas y métodos demasiado elásticas, el movimiento comunista internacional se iba a confrontar con graves desviaciones que abrirían las puertas a un oportunismo más mortífero y venenoso que el de Bernstein y Kautsky. La Izquierda comunista de Italia se torna firme en cuanto a la intransigencia teórica y política, ataca la valoración completamente negativa y destructiva no solo de las tácticas democráticas y parlamentarias, sino también de las consignas y conceptos de democracia, y frente a la derrota general del movimiento comunista, en Rusia y en todo otro país, aceptó esa derrota histórica de manera materialista y dialéctica, preparada para volver a trabajar, tan pronto las condiciones históricas lo hubiesen permitido, para sacar todas las más importantes lecciones de las contrarrevoluciones y el balance dinámico de la revolución comunista de Octubre y de su posterior derrota.

El comunismo nunca ha muerto puesto que, en realidad, no ha habido una victoria completa de la revolución proletaria y comunista en el mundo, pasaje indispensable para que la dictadura internacional del proletariado pueda realizar la transformación económica completa de la sociedad del modo de producción capitalista al modo de producción comunista. Nosotros, Partido Comunista Internacional, hemos asumido la tarea de trabajar en continuidad teórica, programática, política, táctica y a nivel organizativo con la **línea** que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia, a la Izquierda comunista de Italia por la destrucción del capitalismo de todos los países, a partir de los grandes Estados industriales más avanzados del mundo.

(1) Cfr. Marx-Engels. *India? China, Russia*, ediz. Saggiatore, Milano 1960, pp. 216-217.

(2) Cfr. Engels, *La situazione del movimento operaio in Germania, Francia, Stati Uniti e Russia*, publicado en «La Plebe», 22 de enero de 1878, en Marx, Engels, *Scritti italiani*, Edizioni Samonà e Sabelli, Roma 1972, p. 126.

(3) *Ibidem*, p. 126.

(4) Cfr. *Storia della Sinistra comunista*, Edizioni il programma comunista, Milano 1964, vol. I, pp. 369-370.

Las grandes lecciones de Octubre de 1917

«Con la doctrina de Marx ocurre hoy lo que ha ocurrido en la historia repetidas veces con las doctrinas de los pensadores revolucionarios y de los dirigentes de las clases oprimidas, en la lucha por su liberación. En vida de los grandes revolucionarios las clases oprimidas les someten a constantes persecuciones, acogen sus doctrinas con la rabia más salvaje, con el odio más furioso, con la campaña más desenfrenada de mentiras y de calumnias. Después de su muerte se intenta convertirlos en íconos inofensivos, canonizarlos, por así decirlo, para rodear sus nombres de una cierta aureola de gloria, para «consolar» y engañar a las clases oprimidas, castRANDO el contenido de su doctrina revolucionaria, mellando el filo revolucionaria de ésta, envileciéndola». Cuando escribía estas líneas al inicio de El Estado y la Revolución, ciertamente no pensaba Lenin que el mismo «destino» le sería reservado a su «pensamiento» y, más aún, a este glorioso Octubre Rojo al cual se uniría pronto su nombre de forma indisoluble.

Pues bien, con la «rabia más salvaje» fue con la que los ejércitos de la burguesía internacional se arrojaron sobre la dictadura comunista de Rusia, foco de esta revolución proletaria mundial, de la cual se proclamaba la primera fortaleza, y de la cual jamás habría soñado en separar su propio destino. Durante años los guardianes del Capital han mantenido, alrededor del polvorín ruso, el cordón sanitario de intervenciones militares y contraataques políticos. No hay nada que la contrarrevolución burguesa no haya intentado para impedir que la llama revolucionaria de Octubre se propagara hacia las ciudadelas del capitalismo occidental y las destruyese en el incendio de la Revolución Socialista. Allí en donde las armas no fueron suficientes (¡y no lo fueron!) se movilizó la artillería pesada de la mentira y de la calumnia; y cuando éstas se revelaron impotentes, el ejército servil del oportunismo se lanzó al asalto tras la cobertura del Capital. Y con motivo. La burguesía sabía mejor que ninguna otra clase que la revolución de Octubre era un ejemplo vivo, una «lección» evidente; que no se trataba de un acontecimiento local o nacional; que, allí abajo, en Rusia, un eslabón de la cadena de su imperio mundial acababa de romperse. Han pasado cincuenta años desde entonces; la burguesía de todos los países ha olvidado sus miedos de entonces, y, para ellos, Octubre ha pasado a la historia, es una pieza de museo, un cuerpo sin «alma», un arma con el filo mellado. Ya nada impide su conmemoración: Octubre está muerto. Por lo menos, eso se cree.

Los herederos y sucesores de los peores adversarios de los bolcheviques en aquellos lejanos años pueden cantar impunemente sus alabanzas; los herederos y sucesores de ese estalinismo que comenzó su carrera

momificando el cuerpo de Lenin y santificando su «nombre» después de haber desnaturalizado el «contenido» de su doctrina, pueden conmemorarlo a su antojo. Al igual que los dirigentes burgueses clásicos, han colocado a Octubre en los archivos. De un momento crucial en la trágica historia de la lucha de clases ¿no han hecho la fecha de nacimiento del moderno Estado de todas las Rusias? De aquella bandera, de aquella antorcha de la revolución proletaria ¿no ha hecho el punto de reunión de intereses estrictamente nacionales? Octubre pertenecía al proletariado internacional: ellos han hecho de él la razón de ser del Capital que se acumula tras las fronteras bien defendidas de Rusia. Esta radiante enseñanza lanzada a las nuevas generaciones fue transformada en un miserable catecismo para uso de «jóvenes leones» de una patria como tantas otras. Para ellos los orígenes de Octubre son rusos, exclusivamente rusos, al igual que sus resultados históricos. Octubre tiene ya cincuenta años: se va al mausoleo para adquirir conciencia, no se va para aprender y recordar. Octubre está muerto. Descanse en paz.

En 1918 Lenin escribía: «La revolución rusa no es más que un ejemplo, un primer paso en una serie de revoluciones». Y en 1919: «En esencia, la revolución rusa ha sido una repetición general... de la revolución proletaria mundial». Para la pandilla de mixtificadores cuyo vacío cerebro «académico» ha dado a luz las *Tesis para el cincuentenario de la gran Revolución Socialista de Octubre*, ésta, por el contrario, no es más que una excepción a la regla, un fenómeno histórico único que no se repetirá nunca. Así pues, una vez cortadas sus raíces, que residían en el antagonismo mundial entre la burguesía y el proletariado, el contable-archivador de turno bien puede decir, con frialdad de «experto», que Octubre «ha ejercido una influencia muy profunda sobre todo el curso sucesivo de la historia mundial». (La historia mundial ya no es la historia de las clases, sino la historia de todos, curas y esbirros incluidos). Exactamente lo mismo se podría decir de un peñasco desprendido de la montaña, que mediante la simple inercia ha puesto en movimiento a los demás mecánicamente, sin imponerles una dirección determinada, dejándolos «libres» para que cada uno siga su propia vía... nacional, exclusiva, inimitable hacia un destino que se desconoce, puesto que es al misterioso genio nacional, a la historia nacional con todas sus tradiciones y su Panteón, al que corresponde definirle. *Sus* orígenes, su naturaleza de patrimonio colectivo de una *sola* clase, sus perspectivas internacionales, han sido colocadas en el museo de una historia mentirosa y coagulada. Octubre está muerto y bien muerto. Por lo menos eso se cree.

Pero bastarían dos de las frases de Lenin citadas anteriormente para recordar que no fue por esto por lo que los marxistas libraron la gigantesca batalla de Octubre, ni por lo que la conmemoran un año tras otro, ni era lo que los bolcheviques pensaban y sentían. El marxismo no sería una «guía para la acción», como se repite hasta la saciedad invirtiendo por lo demás el sentido de la fórmula, si no fuera una concepción *general y completa* del movimiento de emancipación de la clase obrera («los proletarios no tienen patria», dice con sólida razón su programa), y si no buscara en los grandes periodos de agitación en los cuales las clases empuñan las armas para un combate sin piedad, la verificación de sus previsiones, extrayendo de los mismos hechos el impulso que dará más relieve a estas previsiones, que las dotará de carne y de sangre, gracias a la fuerza persuasiva de los hechos históricos, y las convertirá en irrevocables. En 1848-1849 y en 1871, con el contacto real de las batallas de clase Marx y Engels afilaron las armas de la crítica, batallas cuyo balance no concierne al proletariado francés o alemán, sino al proletariado mundial. Con la mirada fija en Petrogrado, pero no solamente Petrogrado, sino también Londres, Berlín o París, Lenin hace otra vez hincapié en *El Estado y la Revolución* sobre estas luminosas verificaciones de la doctrina, y, como en todo el período que va de 1905 hasta 1917, prevé su plasmación en los acontecimientos reales de la historia, no solamente rusa sino mundial, del grandioso esbozo trazado en 1850 por la *Dirección del Comité Central de la Liga de los Comunistas*, al igual que Trotsky tomó de él el famoso grito de guerra de la revolución permanente. Durante un siglo y medio de asaltos al cielo y recaídas en los infiernos, asaltos alabados y maldecidos por los marxistas, se da siempre la confirmación definitiva de la doctrina y del programa universal que ellos han buscado, y lo que han extraído es una certeza de cara al futuro preocupándose menos de conmemorar el pasado, que es otra forma de enterrarlo.

Y así, unos se imaginan que Octubre ha muerto, y otros que ellos lo han matado. ¡El proletariado revolucionario tiene la misión de redescubrirlo, para arrojarlo a la cara de todos sus enemigos!

* * *

En los primeros capítulos de *La enfermedad infantil del comunismo*, destinados a recordar a los comunistas de todos los países las características de importancia internacional de la revolución de Octubre – «en el sentido más estrecho del término (...) el valor internacional o la repetición histórica inevitable, a escala internacional, de lo que ha sucedido aquí en Rusia» – Lenin señala como «una de las condiciones esenciales del éxito de los bolcheviques» el hecho de haber tenido que buscar fuera de los límites nacionales de Rusia una teoría «verificada por la experiencia universal de todo el siglo XIX» y confirmada posteriormente por «la experiencia de las fluctuaciones y de las vacilaciones, de los errores y de las decepciones del pensamiento revolucionario en Rusia».

Exactamente de la misma manera, Marx y Engels, también ellos exiliados, han encontrado la confirmación de esto en las fluctuaciones y en las vacilaciones de los

socialistas pequeño-burgueses, en el curso de las grandes luchas de 1848 o de los años que precedieron a la Comuna de París.

Los bolcheviques, que se habían propuesto según el programa trazado en el *¿Que Hacer?*, importar el marxismo para la clase obrera rusa, lo habían importado a su vez de Occidente. Su inspiración no la hallaron ni en las profundidades del carácter eslavo, como los paneslavistas, ni en el «modelo» nacional del *mir*, como los populistas, sino en una doctrina nacida de un solo bloque al mismo tiempo que la clase de los asalariados se convierte en carne de su carne. No buscaron sus fuentes en las «particularidades específicas» de los países con un capitalismo más avanzado. Sin haber pretendido nunca descubrir ninguna novedad, supieron leer en el libro ya escrito durante medio siglo de luchas de clase y marxismo. Su vía estaba trazada en él; su gloria, su grandeza de militantes que desdeñaron siempre reivindicar métodos particulares, lo mismo para ellos que para «su» clase obrera, han estado dentro de esta vía, que ya en 1903 se calificaba como «dogmática».

«La revolución rusa no se debe en absoluto a un mérito particular del proletariado ruso, sino al encadenamiento general de los acontecimientos históricos, que hace que este proletariado se encuentre provisionalmente en la vanguardia de la revolución mundial» (Lenin, *Informe sobre la lucha contra el hambre*, Obras, Tomo 27, pág. 449)

Para el marxismo, el destino revolucionario (o contrarrevolucionario, pues los dos últimos términos están ligados dialécticamente) de Rusia se inserta en un conjunto que, desde el *Manifiesto*, es por definición mundial. La sombra de la Rusia zarista, reserva de la contrarrevolución europea, oscureció las perspectivas revolucionarias de 1848: ya no se trata de la lejana tierra de los sármatas tan querida por el publicista burgués, sino de un primer papel en el drama social, como en la Austria de Metternich; sin su derrota, la revolución europea no podía vencer. Después de 1860, en Europa, lo que en la época quería decir en el mundo, la perspectiva marxista cambia de signo: la revolución rusa que se anuncia «tendrá una enorme importancia para toda Europa, y no tendrá lugar más que abatiendo de un solo golpe la última reserva de la reacción europea, intacta hasta el momento»; podrá llevar a cabo el salto «de la comunidad campesina, esta forma ya descompuesta de la antigua propiedad comunal del suelo (...) a la forma comunitaria superior de la gran propiedad», si se convierte «en la señal de una revolución obrera de Occidente, y si ambas se complementan» (Marx y Engels, prefacio a la segunda edición rusa del *Manifiesto*, 1882).

En los años 90 del siglo XIX esta perspectiva hipotética desapareció. Rusia se incorporó al torbellino capitalista, la revolución antifeudal y antizarista se anuncia como el gran trastorno que, arrancando a los campesinos «del aislamiento de sus pueblos, que forman su universo» (¿Es preciso señalar que cualquier patria, para un marxista, es un *mir*, un universo cerrado en donde los explotados están encerrados en una soledad envilecedora?) y empujándoles «hacia la gran escena en donde aprenderán a conocer el mundo exterior y por lo tanto también a conocerse a sí mismos», dará «al movimiento obrero occidental un nuevo impulso, nuevas y mejores

condiciones de lucha y, por lo tanto, acercará esta victoria del proletariado industrial moderno, sin la cual la Rusia de hoy no puede salir ni de la comuna ni del capitalismo para dirigirse hacia una transformación socialista» (Engels, Postfacio a *Soziales aus Russland*).

Desde su nacimiento, el bolchevismo estará en continuidad con esta tradición internacional del marxismo: en estas frases de Engels ¿no se encuentra la perspectiva bolchevique de 1905 y de 1917, además del marco de una posible contrarrevolución que no se realizará más que llegando 1926? Para nosotros, la primera de las lecciones de Octubre, de sus inicios brillantes al igual que de su caída trágica, es la de esta continuidad sin interrupción que establece el Partido, veinte años antes de la Revolución, con las batallas históricas del proletariado de los países de capitalismo plenamente desarrollado, y con la doctrina general y el programa que las anunciarán y que se nutrirán a la vez con ellas. Sin esta continua ligazón no ha sido ni será posible ninguna victoria de la clase obrera. Los bolcheviques supieron abarcar con la misma perspectiva 1917, 1848, 1871 o incluso 1894; por eso mismo, en la fecunda perspectiva de las grandes etapas de las luchas pasadas, en todos los países, y en su reflejo en la doctrina, es donde debemos considerar la futura ofensiva clasista.

La fecundación del movimiento obrero ruso por el marxismo se remonta a los lejanos años en los que Engels, pronosticando que Rusia pasaría inevitablemente por una fase capitalista, abrió a la clase obrera del inmenso país y a su Partido marxista la perspectiva de una revolución que sería ciertamente antifeudal, puesto que debía ante todo permitir a los campesinos el acceso a la tierra, objetivo propio de las revoluciones burguesas, pero que podría también elevarse al nivel de una revolución proletaria, a condición de unirse al movimiento revolucionario del proletariado socialista de Occidente. Ningún otro proletariado asimiló tan plenamente como el ruso la doctrina marxista, ningún otro se la apropió como un solo bloque, conforme a su misma naturaleza. De 1894 (fecha de la polémica con Mikhaïlovski y del último escrito de Engels sobre *Los acontecimientos sociales en Rusia*) a 1905, la lucha de Lenin se resume en una defensa apasionada de la integridad de la teoría marxista, simultáneamente contra la perspectiva de una revolución social y política puramente campesina, que hunde sus raíces en el patrimonio incorrupto del *mir*, con la cual soñaban los populistas, contra el revisionismo de los economistas, y contra el pragmatismo ecléctico de los espontaneístas.

Paralelamente, Lenin pone en evidencia el papel fundamental de la teoría, del programa, del Partido en suma, y de su «importación» por la clase. Ninguna revolución es posible sin la unión de lo que podríamos llamar la «conciencia» – es decir, precisamente la doctrina, el programa, el Partido, como anticipaciones definitivas del curso histórico de las luchas físicas reales del proletariado – y la «espontaneidad» de las acciones de masa. Lenin rechaza abiertamente toda «libertad de crítica» con respecto a la teoría o el programa, aceptando una y otro, como Lenin dice y repite en su «integridad», en su «conjunto», globalmente y sin mutilaciones. He aquí el otro aspecto de esta continuidad, en la cual hemos distinguido la premisa fundamental y la primera «lección» de Oc-

tubre considerada a escala de todo el devenir histórico del cual es su centro.

Si el primer aspecto es la fidelidad teórica y práctica a la visión marxista, en la que la revolución europea y la rusa se condicionan mutuamente, y están condenadas a vencer o sucumbir conjuntamente, ¿cuál es el segundo, si no es la asimilación de la teoría como un todo unitario e invariable? Dos hechos, también de naturaleza internacional, han modelado sus rasgos fundamentales, como lo muestra Lenin en *La enfermedad infantil*: «Sometida al yugo de un zarismo salvaje y reaccionario», la vanguardia proletaria estuvo obligada a buscar su teoría fuera de las fronteras nacionales, en el exilio que la puso en contacto con las grandes luchas, tanto teóricas como prácticas, del movimiento socialista europeo. Lenin se forma en la escuela del exiliado Plejanov; todo el bolchevismo se formara en la escuela del exiliado Lenin. Por otro lado, «ningún otro país ha conocido, en un intervalo de tiempo tan corto una concentración tan rica de formas, de matices, de métodos, en la lucha de todas las clases de la sociedad contemporánea». Y este último hecho es de naturaleza claramente internacional, puesto que este dinamismo nace de la implantación de un capitalismo que llega a una madurez plena en una zona históricamente (y también por lo tanto, económica y socialmente) atrasada.

Como maestros dialécticos que eran, Trotsky y Lenin buscaron ahí la clave de la futura revolución rusa: «En nuestra época – dirá el primero – los criterios escolásticos, inspirados en una obtusa pedantería, no sirven para nada. Es la evolución mundial la que ha sacudido a Rusia de su estado de atraso y de su barbarie asiática». Y el otro escribirá: «La función de primer orden del proletariado de Rusia en el movimiento obrero mundial no se explica por el desarrollo económico de nuestro país: lo cierto es que es exactamente al contrario» (*Informe a la Conferencia de los Comités de fábricas*, 23 julio 1918). Precisamente porque este país económicamente atrasado ha visto un moderno capitalismo injertarse en su estructura «asiática» y «bárbara» es por lo que terribles sacudidas han trastornado los fundamentos, se han quemado las etapas y se han abreviado las demoras; es por lo que las clases burguesas y sub-burguesas han agotado, en un corto período de tiempo, todas las posibilidades de intervenir directamente, de dirigir y de controlar la lucha social y política, y que, casi recién nacido, el proletariado se ha encontrado colocado ante sus tareas históricas.

Frente a «lo último» del capitalismo, le fue preciso buscar «lo último» de la teoría revolucionaria, una doctrina llena de confirmaciones suministradas durante cincuenta años de historia, y a la cual el absolutismo zarista no hizo otra cosa que ayudar. Su joven vanguardia dio prueba de una extraordinaria madurez, es decir, comprendió muy pronto que fuera de ella no había nada. Era la consecuencia dialéctica de la madurez del capitalismo que, como demostrará Trotsky, en una de sus formidables síntesis, que por lo demás se encuentra en mil páginas de Lenin, no se mide en el interior de los límites de un único país, sino a escala mundial.

Si el bolchevismo ha tenido un mérito histórico es el de haber reivindicado la invariabilidad del marxismo, es decir, de haber ocupado la única plataforma en la cual la

clase llamada a destruir el capitalismo no corría el riesgo de «deslizarse hacia el pantano», como decía Lenin en el «¿Qué hacer?». Y si después de 1917 se pudo «re-importar» en Occidente la teoría que éste había olvidado o desfigurado, a esto se debe. Por lo tanto no tienen ningún derecho a conmemorar Octubre aquellos que, poseedores del «marxismo creativo» del Kremlin o del absurdo «marxismo maoísta» de Pekín, han querido hacer del marxismo una doctrina «elástica».

* * *

A su nacimiento, el movimiento marxista ruso encontró su camino totalmente trazado. Ocho años antes de la revolución de 1905, sabía que su función era doble: «La actividad práctica de los socialdemócratas se asigna como tarea dirigir la lucha de clase del proletariado y organizar esta lucha bajo dos aspectos: socialista (lucha contra la clase capitalista, lucha encaminada a destruir el régimen de clase y a organizar la sociedad socialista) y democrática (lucha contra el absolutismo, encaminada a conquistar para Rusia la libertad política y a democratizar el régimen político y social de este país)» (Lenin, *Las tareas de los socialdemócratas rusos*, 1897). Política y social, lo que significa en primer lugar la destrucción de la gran propiedad de la tierra. Para ejecutarlas, deberá apoyar a «las clases progresistas de la sociedad contra los representantes de la propiedad terrateniente privilegiada y de casta, y contra los cuerpos de los funcionarios; a la gran burguesía contra las codicias reaccionarias de la pequeña burguesía» (Qué sopapo para los «leninistas» de hoy, que hacen coro con las lamentaciones de la pequeña burguesía ante los «monopolios»).

Pero esta solidaridad tomó necesariamente un «carácter temporal y condicional», no sólo porque el «proletariado es una clase aparte, que mañana puede ser el adversario de sus aliados de hoy» sino porque su «condición de clase» hace de él la única clase «capaz de llevar a cabo hasta el final la democratización del régimen político y social, ya que dicha democratización pondría a este régimen en manos de los obreros».

Efectivamente, la burguesía se alió con el absolutismo contra los campesinos que reivindicaban la tierra y contra los obreros que exigían condiciones de trabajo más humanas; la pequeña burguesía, como un moderno Jano, presentará alternativamente sus dos caras según se incline hacia una u otra de las clases fundamentales de la sociedad. Por lo que se refiere a la gente instruida y a la «intelligentsia» su agitación no bastará para acabar con su servilismo.

Siguiendo la vía trazada por el *Manifiesto Comunista*, el *Llamamiento de 1850* y Las luchas de clases en Francia y Alemania, el movimiento marxista ruso reconocía por lo tanto en el proletariado el verdadero protagonista de la revolución inminente, aunque esta estuviese dentro de los límites democráticos y por lo tanto burgueses.

Esta es la tarea de la clase obrera en los países que, no habiendo llevado a cabo aún su revolución burguesa, se ven sometidos desde el exterior a la presión de las fuerzas productivas en plena expansión. Todavía es preciso señalar que, para Lenin, «burgués» y «democrático» son siempre términos sinónimos, y que si el proleta-

riado debe cumplir tareas democrático-burguesas (solamente en estos países, nunca en aquellos en los que el capitalismo ha cumplido su ciclo revolucionario) debe hacerlo con una independencia absoluta con respecto a las clases y a los partidos de la burguesía: ¡es él, y solamente él, quien debe llevarlas a cabo íntegramente! Los actuales «conmemoradores» han identificado por el contrario democracia con socialismo, colocando al Partido a remolque de los demócratas, incluso en aquellos países con un capitalismo más que maduro...

Ya que se trata de una revolución burguesa, dirán los pedantes mencheviques antes y después de 1905, la iniciativa y la dirección deben ser dejadas a la burguesía (¡algunos llegaron a plantear que era necesario participar en el gobierno junto a ella!); imbuidos en su idealismo espiritualoso, los populistas, cuyo fin supremo era la destrucción de la gran propiedad señorial, proclamaron por su parte que la iniciativa y la dirección debieran recaer en el campesinado; hasta 1917 y posteriormente, la posición de los bolcheviques era, por el contrario, que la revolución económica y socialmente burguesa no podría llevarse a cabo «hasta el final» sin que la clase obrera tomara la cabeza de la misma, y que si está dispuesta a cargar con este enorme peso es porque sabe que si la revolución llega a ese límite extremo – que la pequeña burguesía y el campesinado nunca franquearán, intentando por el contrario volver atrás desesperadamente – se abrirá, con la ayuda del proletariado de los países con un capitalismo avanzado, la perspectiva de su propia revolución. Lenin dirá en 1905 cuan justificados estaban los «sueños» de los marxistas rusos que pensaban llegar «a realizar con una amplitud sin precedentes todas las transformaciones democráticas, todo (su) programa mínimo», pues, si esto se lograra, «el incendio revolucionario se extendería por toda Europa (...) el obrero europeo se sublevaría y (le) mostraría como actuar». Por lo que se refiere a los actuales «conmemoradores» son ellos (o sus padres espirituales) los que, en la China de 1927, ofrecieron a la clase obrera atada de pies y manos al «partido hermano» del Kuomintang, impidiendo de esta forma al proletariado tomar la dirección de la doble revolución en Extremo Oriente; ¡ellos, que en las zonas subdesarrolladas ordenan a los obreros que se coloquen a remolque de la «burguesía nacional», es decir, de los sátrapas locales!

En esencia, los términos de la perspectiva de los bolcheviques permanecieron invariables hasta Octubre. Sólo cambiaron, bajo la acción de factores extranacionales, las relaciones entre las clases y por lo tanto también la posición del proletariado. En el seno de un mundo muy «evolucionado» desde el punto de vista de las fuerzas productivas, cinco años valen por cincuenta en los países atrasados; las fases históricas se fusionan, a caballo unas sobre otras, se acortan las etapas, y los frentes de la guerra de clases se hacen y deshacen con una extremada rapidez, para volver a formar con un aspecto nuevo. *El Llamamiento de 1850* preveía para Alemania (y bastaba para poder trasladarlo a Rusia) la ruptura entre la burguesía revolucionaria, de un lado, y la pequeña burguesía y el proletariado unidos, del otro lado; inmediatamente después, una nueva ruptura, esta vez entre los obreros y los pequeño-burgueses, que debía tomar la forma final de una lucha armada,

siempre y cuando la revolución estallase en Francia (en el caso de Rusia diríamos que «en Occidente»), revolución socialista dirigida exclusivamente por la clase proletaria. Pero tanto para Marx como para el Lenin de *Tareas de la socialdemocracia*, las etapas históricas son relativamente largas, anticipando que «los obreros alemanes no podrán tomar el poder (...) más que después de un largo proceso revolucionario». En Rusia, como en todos los países subdesarrollados, el curso de la historia es por el contrario infinitamente más rápido: en 1905 la burguesía liberal ya ha quemado todos sus cartuchos revolucionarios y está abiertamente aliada con los grandes terratenientes y con el zarismo; entre las clases o subclases burguesas, el campesino queda pues como el único «aliado» posible (pues, como Lenin siempre repite, el aliado de hoy será el enemigo del mañana). En su avance impetuoso el capitalismo internacional ha cavado una profunda fosa entre las clases, incluso – y tal vez sobre todo – en los países atrasados, obligándolos, no a «saltar» etapas históricas completas, sino a acortarlas considerablemente. En Rusia el proletariado se encuentra por lo tanto en la vanguardia e incluso se ve ya apuntar el día en que se encontrará sólo, abandonado por el único aliado que la ruptura del frente de todas las clases burguesas le había permitido hacer entre Febrero y Octubre.

También es esto hoy una enseñanza de Octubre, que no se aplica en la actualidad más que a ciertas regiones del mundo, lo suficiente para que conserve su importancia. Tras esto, sólo el modo cuartelero obtuso de Stalin y los suyos (al igual que la «inercia histórica» del partido bolchevique entre Febrero y abril 1917. Trotsky hablará a este respecto de «reincidencia socialdemócrata» ante los grandes giros de la historia, e innegable es que este ala de la vieja guardia bolchevique volverá entonces a caer al mismo nivel del menchevismo de los años 1905-1907) podría decretar, como lo hizo en 1926, que, una vez encendida en China la hoguera revolucionaria, se desarrollaría respetando las etapas, claramente diferenciadas pues cada una debiera de estar totalmente «acabada» antes de que se pueda pasar a la siguiente, y concluir con que, a partir de esta concepción mecánica, el proletariado debiera esperar, agrupado tras las clases «nacionales» a que los expertos en estrategia revolucionaria hayan proclamado que ha llegado la hora. El trágico resultado fue, como se sabe, que se percataron demasiado tarde de que esta hora había pasado irremediadamente.

Tanto la esplendorosa victoria rusa como la abrumadora derrota china de 1927 han demostrado que la verdad era exactamente la contraria a esta concepción: incluso si el proletariado se encuentra en último plano, cuando ocurran las primeras sacudidas del terremoto social, se ve inevitablemente empujado a encabezar el movimiento revolucionario en el momento en el que este terremoto alcance su punto culminante. No se trata tampoco de que «empuje» la revolución burguesa «hasta el final», sino de apoderarse del timón por la fuerza y, con el apoyo de los campesinos, imponer su hegemonía a todas las otras clases de la sociedad. La fórmula leninista de «dictadura democrática de los obreros y de los campesinos» no tiene otro sentido.

«Dictadura», porque no puede pasarse de «intervenciones despóticas», de incursiones violentas, no en las

formas de la superestructura política, que no son más que aspectos frágiles y secundarios del desorden social, sino en las relaciones de propiedad, único medio de liberar las fuerzas productivas, a las cuales la gran propiedad nobiliaria frena el desarrollo, y la emancipación de los campesinos del absolutismo, tanto local como central. «Dictadura democrática», porque la democracia es la forma política que responde a la limitación burguesa de la revolución en los planos económico y social. Esta dictadura no por ello se ejerce menos contra la burguesía aliada al feudalismo, porque ella no respeta ninguno de los mitos de la democracia política y de la igualdad jurídica, aunque su misión económica sea burguesa. Porque, «conmemoradores», para Lenin, incluso cuando se trata de ejecutar las tareas históricas burguesas, el proletariado y su Partido necesitan la terrible, la escandalosa, la inconformista Dictadura, sin compartirla con una u otra clase, como es el caso del campesinado.

¿Las perspectivas? Es importante recordarlas, pero no con preocupación académica, sino para iluminar los problemas «posteriores a Octubre». En *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática* (1905), Lenin escribe: «Esa victoria (la victoria decisiva sobre el zarismo) será, precisamente, una dictadura: es decir, deberá apoyarse inevitablemente en *la fuerza de las armas*, en las masas armadas, en la insurrección, y no en algunas instituciones creadas «legalmente», por la «vía pacífica». Sólo puede ser una dictadura, porque la implantación de los cambios absoluta e inmediatamente necesarios para el proletariado y el campesinado provocarán una enconada resistencia de los terratenientes, la gran burguesía y el zarismo. Sin dictadura será imposible aplastar esa resistencia, rechazar los intentos contrarrevolucionarios. Pero, por supuesto, no será una dictadura socialista sino una dictadura democrática, la cual no podrá alterar (sin pasar por toda una serie de grados intermedios de desarrollo revolucionario) los fundamentos del capitalismo. En el mejor de los casos, podrá llevar a cabo una redistribución radical de la propiedad de la tierra a favor de los campesinos, implantar una democracia consecuente hasta llegar a la República; extirpar no solamente de la vida del campo sino también de las fábricas, los restos del despotismo asiático, iniciar una auténtica mejora en la situación de los obreros y elevar su nivel de vida, y finalmente last but not least, extender el incendio revolucionario a Europa. Esta victoria no convertirá aún, ni mucho menos nuestra revolución burguesa en revolución socialista; la revolución democrática no superará inmediatamente el marco de las relaciones sociales y económicas burguesas; pero no obstante tendrá una importancia gigantesca para el desarrollo futuro de Rusia y del mundo entero». Y aún más: «Esta victoria nos permitirá sublevar Europa; y el proletariado socialista de Europa, después de haberse sacudido el yugo de la burguesía, nos ayudará a su vez, a hacer la revolución socialista». Volvemos a encontrar aquí textualmente las últimas palabras de Engels sobre *Las condiciones sociales en Rusia*.

Esta «dictadura a dos» es, como Lenin no dejará jamás de repetir, un proceso ininterrumpido de luchas contra el pasado y por el futuro en el curso de las cuales el proletariado será en realidad la fuerza que «dirigirá a los campesinos». Trotsky dirá «que arrastra tras sí...» (¡y

los pedantes interpretes bíblicos «leninistas» cortarán un pelo en cuatro para hacer de este «matiz» un abismo!). ¿Tiene esta visión algo en común con la coexistencia idílica (la «armonía preestablecida» la llamará Trotsky) que más tarde, por cuenta de y bajo la batuta de Stalin, será presentada por la academia de «rojos profesores» como la imagen auténtica de esas «buenas relaciones» entre la clase obrera y el campesinado, en las cuales veía Lenin un simple preludio de la revolución socialista? Dejemos responder a la pregunta al mismo Lenin: «Llegará el día en el que la lucha contra la autocracia rusa haya terminado, y hasta pasado el período de la revolución democrática; ese día será incluso *ridículo* hablar de «unidad de voluntad» del proletariado y del campesinado, de dictadura democrática, etc. Entonces pensaremos directamente en la dictadura socialista del proletariado (...) El proletariado debe llevar a término la revolución socialista atrayéndose a las masas campesinas para aplastar por la fuerza la resistencia de la autocracia y contrarrestar la inestabilidad de la burguesía. El proletariado debe llevar a cabo la revolución socialista atrayéndose a las masas de elementos semiproletarios de la población para quebrar por la fuerza la resistencia de la burguesía y contrarrestar la inestabilidad del campesinado y de la pequeña burguesía». En efecto, es cierto que cuando el proletariado entre en liza por sus reivindicaciones esenciales, o incluso cuando exponga la mínima reivindicación que debiera satisfacer (pero, que de hecho, jamás satisface) una revolución burguesa conducida por las clases burguesas, concretamente la nacionalización de la tierra (recordemos que ya el *Llamamiento* lo reivindica en 1850) una lucha terrible se desencadenará y «el campesinado, como clase poseedora de tierra, jugará en esta lucha el mismo papel de traición, de inestabilidad, que ahora desempeña la burguesía en la lucha por la democracia».

Conscientes de que «el pequeño propietario se enemistará inevitablemente con el proletariado después de haberse completado la victoria de la revolución democrática», los bolcheviques, con Lenin a la cabeza, vuelven sus miradas hacia la revolución europea: «Nuestra república democrática no tienes otras reservas que no sean las del proletariado socialista de Occidente».

* * *

Si hemos insistido sobre el «prólogo» de Octubre, corriendo el riesgo de sacrificar una parte de la «epopeya» a la que representa es debido a que el oportunismo se esfuerza en presentar la revolución rusa como un «episodio» autónomo e imprevisto, cuando ha sido preparado a lo largo de mucho tiempo de lucha teórica y de práctica ininterrumpida que ha durado muchos años; como un acontecimiento que no sabría insertarse en una estrategia revolucionaria mundial, en una palabra, como una especie de anomalía histórica, un «descubrimiento» sin duda alguna genial, pero que no se repetirá y que es imputable no a un partido, sino al individuo Lenin.

Es, por el contrario, una tesis teórica y una enseñanza práctica fundamental que la revolución de Octubre ha sido el fruto de una larga preparación, en la cual han sido definidos, con creciente nitidez, los siguientes principios: el papel determinante del partido de clase; el pa-

pel dirigente, y por tanto hegemónico, del proletariado en la revolución prevista en Rusia; la necesidad de un puente de unión recíproca entre esa revolución y la revolución europea; la transición inevitable de la alianza entre el proletariado y el campesinado en la revolución burguesa «llevada hasta el extremo» en la lucha por el socialismo, que no terminará con la victoria en Rusia más que con el apoyo del proletariado victorioso del capitalismo moderno.

Este «prólogo» revolucionario demuestra (y especialmente por esto nos hemos retrasado) que, totalmente fieles al marxismo, los bolcheviques han excluido totalmente toda posibilidad de «construir el socialismo» en Rusia sin el apoyo de una revolución comunista mundial.

Esta perspectiva internacional mil veces invocada se convierte en una realidad tangible, con el estallido de la guerra mundial de 1914-1918. Los bolcheviques proclaman sin ningún titubeo que la «fase suprema del capitalismo» comienza; para todo el período histórico abierto por la primera masacre mundial, y para todos los países, la alternativa es «guerra o revolución», y desde su nacimiento la III Internacional traducirá esta perspectiva en los siguientes términos políticos: «O dictadura del proletariado o dictadura de la burguesía». Todas las justificaciones anticipadas para inducir a la clase obrera a renegar de su misión histórica, adhiriéndose a la guerra serán irrevocablemente rechazadas; bajo ningún pretexto será admitido ningún tipo de defensismo; el proletariado no tiene ninguna «civilización», ninguna «democracia», no tiene ninguna «patria» que salvar o defender, tanto menos en cuanto no es por estas cosas por lo que las grandes potencias han entrado en guerra, sino para repartirse el mundo, para conquistar mercados y para oprimir a otros pueblos prolongadamente.

No hay nada que salvar o defender; es preciso atacar y destruir. ¡Que el proletariado no implore la paz, que practique el derrotismo revolucionario, que fraternice con sus hermanos de clase por encima de las trincheras, que sabotee su «patria», que luche por «transformar la guerra imperialista en guerra civil», que acuñe su repulsa y su condena a la adhesión abierta a la guerra oponiéndola la única solución proletaria: la Revolución! Estas consignas no conocen fronteras: valen tanto para el proletariado de Francia como para el de Alemania, el de Inglaterra o el de Rusia, puesto que si ésta no es lo bastante burguesa para ser capitalista, es lo suficiente como para ser imperialista, y que la marcha infernal del imperialismo lo ha unido en el «mismo mar de sangre» con las demás burguesías del mundo y con su destino. Tanto en Petrogrado como en París o Londres, como en Viena o Berlín, es vano invocar la necesidad de defender la patria para salvaguardar el bien supremo de la «democracia» o de la «civilización» amenazada. Vano para el zarismo aliado a las democracias occidentales, y vano también para la democracia burguesa post-zarista, todavía más interesada en la victoria militar de la Entente.

La perspectiva bolchevique es única, insistimos en ello, e inmediata; su marco es mundial: la revolución estallará en Rusia y, al menos al principio, será «una revolución democrática llevada hasta el extremo»; en Europa, estallará la revolución socialista. «En todos los países avanzados la guerra pone en el orden del día la revo-

lución socialista, consigna que se impone tanto más imperiosamente en cuanto que el peso de la guerra recae sobre las espaldas del proletariado y que el papel de éste último deberá ser más activo en la reconstrucción de Europa, tras los horrores de la actual barbarie «patriótica», multiplicados por los gigantescos progresos técnicos del capitalismo» (Lenin, *La guerra y la socialdemocracia rusa*, 1º de noviembre de 1914). En resumen la continuación de la guerra pondrá más aún en primer plano la necesidad de fundar una nueva Internacional sobre las ruinas de la Segunda, es decir, la de los partidos social-chauvinistas o social-pacifistas, en los cuales el «centro» conciliador es tan reaccionario como la «derecha» o incluso más.

La Revolución de Octubre nacerá entre el fracaso de estas proclamas repetidas y amplificadas sin cesar, que anuncia el inicio de un ciclo irreversible y mundial de revoluciones, capitaneadas por aquellos que aún se llaman socialdemócratas, pero que pronto se despojarán de su «camisa sucia» para retomar el nombre de comunistas. ¿Es Octubre una excepción? ¿Es una anomalía en la regla del pacífico acceso al poder? ¿La hazaña exclusiva de un único proletariado, y lo que es más, uno de los pocos para el cual podría parecer que tal excepción sería posible, dadas las particulares condiciones de su lucha? ¡No! El triunfo de la norma general, la victoria de directrices universales e invariables, claramente definidas por adelantado.

¿En que se basa, entonces, la innoble leyenda de vías no-revolucionarias, o, aún peor, de «vías nacionales al socialismo»? Sin duda la historia impide a los países subdesarrollados atravesar por sus propios medios los niveles económicos que llevan al socialismo pleno y que los países «adelantados» ya han alcanzado (¡pero con que desprecio habla Lenin de «los gigantescos progresos técnicos del gran capital»!). Pero eso no es más que un aspecto particular de un hecho histórico determinado por las relaciones internacionales, y que por lo tanto no tiene nada de «nacional». ¿Se trata, por tanto, en una primera etapa, de instalar las «bases del socialismo», es decir, elevar a la sociedad desde el más bajo nivel económico, representado por estructuras pre-capitalistas o incluso patriarcales, hasta el grado más elevado, es decir al pleno capitalismo? Incluso ahí la historia no conoce más medio que la revolución, la férrea dictadura del proletariado dirigente de los campesinos, el antidemocratismo y el internacionalismo.

El Lenin que, en Zimmerwald y en Kienthal, en *El imperialismo* y en innumerables escritos del período de guerra (¡*Contra la corriente!*) insistía sin cesar, con todas sus fuerzas, en torno a la tarea histórica vital y urgente de «transformar la guerra imperialista en guerra civil», el Lenin que fustigaba tan duramente las ilusiones pacifistas, el Lenin que trabajaba fervorosamente para la creación de una nueva Internacional fundada sobre estos principios, el Lenin que contemplaba conjuntamente y que asociaba siempre las revoluciones de Occidente y de Oriente, que mostraba al proletariado de todas partes, y a su Partido, en cada país, el camino de la conquista revolucionaria del poder, independientemente del programa económico inmediato impuesto por las condiciones objetivas, ¿sería ese Lenin el padre de las «vías pacíficas y nacionales al socialismo», el teórico de

la «coexistencia pacífica», y no su enemigo mortal? El Lenin del *Programa militar de la revolución proletaria* ¿sería el abanderado de las manifestaciones por la paz, el respetuoso defensor de los «valores» nacionales y democráticos?

En resumen... ¿habría sido Lenin el primer traidor a Octubre Rojo?

* * *

No podremos seguir paso a paso la densa historia de los meses que separan la vuelta de Lenin a Rusia, en abril de 1917, de la fulgurante victoria de Octubre; por lo demás, numerosos textos y reuniones de nuestro Partido se han dedicado a ello. Es importante, por el contrario, desprender las principales líneas que se prolongarán mucho en el tiempo tras los acontecimientos, insistiendo sobre el alcance general de las enseñanzas que de ello resultan.

Las principales etapas son ya conocidas: de las *Tesis de Abril* a la Conferencia del Partido de ese mismo mes; del primer Congreso Panruso de los Soviets a las Jornadas de Julio; del VI Congreso clandestino de julio a la lucha contra Kornilov en agosto; la intensa preparación armada del Partido, consagrado simultáneamente a la restauración de la doctrina marxista (*El Estado y la Revolución*) y a la lucha contra las resistencias a la insurrección que se manifestaban en el mismo Comité Central; de la insurrección, y el boicot al pre-parlamento de Kerensky a la toma del poder y la constitución del Consejo de Comisarios del pueblo; de los primeros grandes decretos a la disolución de la Asamblea constituyente; de la paz de Brest-Litovsk a la liquidación de los residuos de la alianza con los social-revolucionarios de izquierda, y el comienzo de la guerra civil en todos los frentes. En todos estos meses que finalizan toda una fase histórica, decenios enteros que descargarán su peso sobre decenios futuros, ¿en donde buscar las lecciones del Octubre proletario y comunista?

¿En el programa económico de la revolución, en sus intervenciones autoritarias en el ámbito de la producción y la distribución? No. En una serie de textos publicados antes y después de la revolución y hasta en el célebre discurso *Sobre el Impuesto en Especie* de 1921, Lenin no dejará de repetir, en nombre de los bolcheviques, que estas medidas estaban destinadas a encaminar la Rusia atrasada hacia el capitalismo plenamente desarrollado o, mejor dicho, para edificar las «bases del socialismo», al precio de una áspera lucha con la pequeña producción pequeñoburguesa, rural y urbana, dependiendo su resolución de la extensión de la revolución proletaria en los países capitalistas desarrollados. Este programa no disimula en absoluto las dificultades que se presentan, no hace concesiones a la demagogia de las promesas irrealizables en el interior de una Rusia solitaria, y se inserta perfectamente en la tradición marxista: basta con releer el *Manifiesto Comunista* de 1848 o el *Llamamiento* de 1850 para convencerse. Por otro lado, nada hace suponer que la aplicación de otro programa hubiese sido posible o incluso deseable, ni que aquel fuera demasiado «modesto», como algunos militantes llevados por su entusiasmo revolucionario, pudieron creer entonces.

Sin embargo, no es en el programa económico en donde encontraremos la marca proletaria y comunista de Octubre, la chispa que incendiará a las masas proletarias del mundo entero, en los años vibrantes de la primera post-guerra, porque, en sí mismo, no indica en absoluto la vía universal de la emancipación obrera. Llevándole a cabo, el poder proletario victorioso trabajaría ante todo para su propia consolidación, a la espera de que la revolución comunista europea (al menos europea) llegara a librar a Rusia de su atraso, cortando su nudo gordiano gracias a una aportación masiva de fuerzas productivas y de recursos técnicos arrancados al capitalismo avanzado. Una vez nacionalizada la tierra, se debiera probar a encarrilar la agricultura hacia formas más desarrolladas de trabajo asociado; la industria, al igual que su aparato financiero y comercial, debía ser en primer lugar controlada, y después forzada a la concentración (una «cartelización» impuesta), para ser, en resumen, gestionada por el Estado que propondría utilizarla como un arma política más que económica, para acelerar la evolución agrícola y prepararse, en el caso de un retraso en la revolución exterior, para afrontar en solitario el inevitable conflicto con el campesinado.

Solamente después de haber roto los lazos vitales que ligaban este programa económico al programa político – ¡dictadura mundial del Partido comunista! – y liquidado físicamente el Partido mismo por medio de la represión estatal, pudo el estalinismo desarrollar no sólo un «capitalismo económico» sino también un «capitalismo político». De la Rusia de Octubre, hizo una gran nación; de partidos revolucionarios hizo los guardianes de la democracia y el orden, y los arrojó en la hoguera de la segunda guerra mundial imperialista para defender los mismos cimientos del Capital. Ha sido sobre esta ruptura política, y sobre la explotación de las bases económicas duramente conquistadas por la revolución, sobre las que se ha construido la URSS de la coexistencia pacífica. Solamente esta victoria de la contrarrevolución ha permitido a la burguesía internacional conmemorar un Octubre tan «esterilizado» que podría tener lugar en el palacio de la «Cultura», integrándose en ese «patrimonio común» llamado Historia, que planea por encima de las clases. En resumen, un Octubre del que no queda nada. Pero nosotros sabemos que el verdadero Octubre puede muy bien resurgir de esta nada antes de lo que se podría pensar, con toda su fuerza y su esplendor.

Esta fuerza y este esplendor les son tan simulados a la clase explotada de manera que ésta no pueda vislumbrar otro porvenir que no sea la agonía sin fin de la sociedad burguesa decadente de hoy. Por el contrario, esa clase aprovecharía enormemente un cuadro fiel del conjunto de la Revolución, incluyendo las medidas económicas de los años 1917-1921 apropiadamente adaptadas a su situación histórica, con su verdadero significado.

Desde las *Tesis de Abril* a la fundación de la III Internacional, la línea política defendida por el Partido bolchevique forma un conjunto sin fisuras. En su lucha encarnizada, se desembaraza de cualquier elemento, incluso puramente formal, que pudiera hacer creer que existe algún lazo entre democracia y socialismo. «El término democracia, aplicado al Partido comunista, no es solamente inexacto desde el punto de vista científico. Hoy, después marzo 1917, es una venda colocada sobre los

ojos del pueblo revolucionario, que le impide hacer lo nuevo de forma intrépida y libre, es decir, organizar los Soviets de diputados obreros, campesinos y otros, en tanto que único poder en el Estado, en tanto que heraldos de la «extinción» de todo Estado» (Lenin, *Las tareas del proletariado en nuestra revolución*, 10 abril 1917). El partido, y con él la Internacional, será simplemente comunista.

Habiendo sido colocado por primera vez el Partido bolchevique en una situación revolucionaria por el hundimiento del zarismo, es plenamente consciente de las responsabilidades internacionales que le da este «privilegio histórico»: «A quien mucho se ha dado, mucho le será exigido. Precisamente a nosotros, y precisamente ahora, a quien corresponde fundar sin demora una nueva Internacional, una Internacional revolucionaria, proletaria; más concretamente, no debemos temer el proclamar abiertamente que esa Internacional ya está fundada y en acción. Es la Internacional de los «verdaderos internacionalistas» (...) Ellos y solamente ellos son los representantes, y no los corruptores, de las masas internacionalistas revolucionarias». Que estos comunistas internacionalistas sean de hecho poco numerosos no debe asustar: «no es el número lo que importa, sino la expresión fiel de las ideas y de la política del proletariado auténticamente revolucionario. Lo esencial no es «proclamar» el internacionalismo; es saber ser, incluso en los momentos más difíciles, auténticos internacionalistas». Si un conjunto de circunstancias históricas, independientes de la voluntad de la burguesía al ser impuestas por el avance inevitable de la lucha de clases, hace de Rusia un país más «libre» que otros, «aprovechemos esta libertad no para rogar el apoyo o el «extremo radicalismo revolucionario» burgués, sino para establecer sólida y honestamente, como proletarios, al estilo de Liebknecht, la III Internacional, enemigo irreductible tanto de los traidores social-chauvinistas como de los «centristas» vacilantes».

Este deber para con el proletariado internacional está presente siempre en el primer plano de la conciencia del Partido, que lo considera como su principal tarea. Proporcionará a la nueva Internacional un marxismo restaurado en su integridad revolucionaria y realzado por las victorias de Petrogrado y Moscú: *El Estado y la Revolución* y Octubre son contemporáneos; *La revolución proletaria y el renegado Kautsky* de Lenin y *Terrorismo y comunismo*, de Trotsky, configuran el balance teórico y práctico de tres años de guerra civil; las Tesis del I y del II Congreso de la Internacional envían a los proletarios del mundo entero el mensaje, no del Partido ruso como tal, sino del marxismo integral, en el cual la dinámica de la guerra entre las clases constituye de nuevo el polo de atracción de las clases explotadas del mundo entero.

* * *

Para evocar correctamente 1917 sería preciso la pluma de un Trotsky, pero lo que queremos es simplemente demostrar que los perfiles de Octubre se dibujaron, mucho antes de la victoria de la insurrección, en los escritos, en los discursos, en las tesis y las luchas del Partido bolchevique. Porque Octubre no solamente engloba la

guerra civil y la creación de la Internacional Comunista y sus primeros congresos, sino la NEP, no sólo la victoria, sino también la contrarrevolución, no solamente los acontecimientos en Rusia, sino también los sucesos en el mundo que están a ellos ligados.

El Partido bolchevique no se lanzó a ciegas a la revolución. No esperaba del movimiento de masas que resolviera los enigmas de la Historia, indicándole el camino a seguir, el objetivo deseado; para ellos, Octubre era por el contrario, el punto previsto, esperado, preparado, anunciado cotidianamente a las masas mediante la palabra y la acción, un punto de llegada que debía de convertirse en punto de partida.

La revolución de Febrero transmitió el poder desde las manos ensangrentadas del zarismo a las manos de la burguesía, también impaciente por teñirse también ella en esa misma sangre. Pero también creó al mismo tiempo, con el Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado, un «poder que no se apoyaba en la ley, sino en la fuerza directa de las masas armadas». Dos poderes no pueden coexistir durante mucho tiempo en el seno de un mismo Estado; ¿Qué es lo que en Rusia los mantiene trabados? ¿Qué es lo que lleva al Soviet de Petrogrado a «entregar voluntariamente el poder estatal a la burguesía y a su Gobierno provisional» para que disponga de él? La «imponente ola pequeño-burguesa», responde Lenin; la que «ha sumergido todo; la que ha aplastado al proletariado consciente no sólo en número, sino también por su ideología, arrastrando a amplios sectores obreros, contaminándolos con sus ideas políticas pequeño-burguesas». La epidemia, añadimos nosotros, ha afectado incluso a una fracción del Partido bolchevique.

Octubre, «segunda etapa» de la revolución que, según las *Tesis de Abril*, «debe dar el poder al proletariado y a las capas más humildes del campesinado», no será posible más que cuando se «derrame hiel y vinagre en el agua azucarada de la fraseología democrática revolucionaria» y si se «desintoxica al proletariado de la embriaguez pequeño-burguesa general». Ahí se encuentra el freno que impide a las masas efervescentes seguir su camino, la posibilidad, para el enemigo de poner un dique a la marea ascendente «del proletariado y de las capas más pobres del campesinado», siempre manteniendo en la reserva el ejército de la represión burguesa directa.

¿Es una experiencia puramente rusa? ¿Un fenómeno «nacional»? En absoluto. Teniendo tras de sí tres cuartos de siglo de lucha proletaria, apoyados por el balance hecho por Marx y Engels de las luchas de clase en Alemania y en Francia, el Partido bolchevique puede afirmar en la víspera de Octubre y ante cualquier otro futuro Octubre, que «la experiencia mundial de los gobiernos burgueses y de los grandes terratenientes ha desarrollado dos métodos para someter al pueblo a la opresión. El primero es la violencia. Nicolás Romanov (apodado Nicolás El Garrote) y Nicolás II (el Sanguinario) demostraron al pueblo ruso el máximo de lo que puede y no puede hacerse por lo que se refiere a las prácticas de verdugo. Pero existe otro método, desarrollado a la perfección por la burguesía inglesa y francesa (¡campeones y modelos de democracia!) «aleccionadas» por una larga serie de revoluciones y de movimientos revolucionarios de las

masas. Es el método del engaño, de la adulación, de las lindas frases, de las innumerables promesas, de las limosnas insignificantes y de concesiones insignificantes para conservar lo esencial». Esta enseñanza es permanente y universal: la revolución proletaria no puede vencer sin aplastar a este enemigo insidioso que es la ideología pequeño burguesa, arraigada en la pequeña producción rural y urbana. «Los dirigentes de la pequeña burguesía «deben» (en efecto, se trata de un hecho objetivo, determinado por las relaciones de clase reales) enseñar al proletariado a confiar en la burguesía. Los proletarios deben enseñar al pueblo a desconfiar de la burguesía». Esta es la primera lección que aprenderá la Internacional comunista. ¡A cincuenta años de distancia, esa lección va dirigida contra vosotros, conmemoradores-sepultureros!

La fosa excavada por Octubre separaba al proletariado no sólo de la burguesía, sino también de todas las clases intermedias. Es aquí en donde la revolución rusa manifestaba su carácter proletario y comunista, es aquí en donde nos corresponde y condena los partidos, las tendencias o las personas que disfrutaban con el «agua azucarada» de la «fraseología democrática» y que hoy ya no tienen nada de revolucionarias. He aquí la causa por la cual, en agosto 1918, los bolcheviques pudieron proclamar: «Nuestra revolución ha comenzado como una revolución mundial», he aquí por lo que podemos repetirlo ahora, cincuenta años más tarde.

Cuando llega el golpe de timón de las *Tesis de Abril* – este (llamémosle) golpe de timón no estaba destinado a cambiar el rumbo seguido hasta entonces por el Partido bolchevique, sino a reaccionar enérgicamente contra el abandono del programa por los «conciliadores» bolcheviques – Lenin afirma en primer lugar que, bajo el nuevo régimen democrático burgués, la guerra «sigue siendo indudablemente una guerra imperialista de rapiña», pues no se podrá salir de ella sin «derribar el Capital». A estos efectos es preciso difundir el derrotismo en las filas del ejército, alentar la confraternización por encima de las fronteras y transformar la guerra imperialista en guerra civil, «porque objetivamente el problema de la guerra no se apoya más que sobre el plano revolucionario».

Una vez más, ¿qué es lo que impedía su comprensión a las masas? Lenin responde: «La actitud «defensista revolucionaria» debe ser considerada como la manifestación más importante, más notable de la ola pequeño-burguesa que ha barrido casi todo. Es el peor enemigo del progreso posterior y del éxito de la revolución rusa». Participación en la «defensa de la patria» bajo el pretexto de que las conquistas democráticas están amenazadas, sueños pequeño burgueses de alianzas entre los gobiernos beligerantes, llamamientos a la «buena voluntad», «internacionalismo de palabra, oportunismo pusilánime y complaciente para los social-chauvinistas», votos piadosos de desarme: la crítica bolchevique se abate inexorablemente sobre todo ese «reino de fraseología pequeño-burguesa atiborrada de buenas intenciones».

Para Lenin, los social-chauvinistas y sus lacayos de «centro» representan un fenómeno objetivo: defienden directa o indirectamente la dominación burguesa, pero la revolución ha dado ya su primer paso, y debe ahora

pasar al segundo, es decir, dar el poder estatal al proletariado, que es el único que puede «asegurar el fin de la guerra». Y añade «Esto supondrá a escala mundial el principio de la ruptura del frente – del frente de los intereses del Capital – y sólo la ruptura de ese frente permitirá evitar a la humanidad los horrores de la guerra, procurándola los beneficios de una paz duradera» (*Las tareas del proletariado en nuestra revolución*). El pacifismo no tiene sitio dentro del programa de Octubre: guerra a la guerra, con todos los recursos del derrotismo revolucionario, hasta la conquista revolucionaria del poder estatal; solamente entonces, si el «frente mundial del Capital» es derribado, podrá reinar la paz.

La lucha bolchevique contra los «pretextos» de la ideología pequeño-burguesa (que brota continuamente intentando arrastrar al proletariado a la masacre imperialista) no dejará de profundizarse y amplificarse entre Febrero y Octubre. Los inmensos e incesantes esfuerzos que el Partido bolchevique despliega para convencer al proletariado de que es necesaria la toma del poder, aunque sólo fuera para poner fin a la terrible hemorragia de la guerra mundial. Con los ojos puestos en esta solución mundial, el poder proletario, el Partido comunista, firmará en marzo de 1918 la paz «increíblemente pesada y humillante» de Brest-Litovsk, su «tratado de Tilsit». Si la firmó no fue por pacifismo, sino en nombre de la revolución proletaria internacional. Si la revolución hubiera estallado en Europa catapultada por Octubre, no hubiera tenido que hacerlo; pero obligado a ello, consiente en esa «paz infame», con la certeza de que cualesquiera que sean los sacrificios impuestos, su retirada de la guerra imperialista no solamente reforzará los lazos entre la dictadura del proletariado y las masas en Rusia, sino que establecerá el fermento del derrotismo en los ejércitos imperialistas todavía en liza en Europa.

Acepta también «en interés de una seria preparación» de la guerra revolucionaria, cuya necesidad ha sido reconocida desde hace mucho tiempo, ya sea defensiva, e impuesta por el ataque previsible e incluso inevitable, de las burguesías extranjeras, aún no desposeídas del poder por la revolución, u ofensiva y desencadenada por el primer Estado proletario contras las potencias capitalistas. Que le cercan, con el fin de acudir en ayuda de los proletarios insurgentes, o a punto de levantarse contra el Capital.

Estos dos casos están previstos explícitamente en *El oportunismo y la bancarrota de la II Internacional* (1915) y en *La consigna de los Estados Unidos de Europa* (1916). Las *Tesis de Abril*, igualmente, justifican el recurso a la guerra revolucionaria siempre que se cumplieran las siguientes condiciones «a) toma del poder por el proletariado y de las capas pobres del campesinado, cercanas al proletariado b) renuncia efectiva, y no sólo verbal, a toda anexión c) ruptura total y efectiva con todos los intereses del Capital».

¡Ni antes, ni después de la conquista del poder, no hay la menor traza de pacifismo en el programa de Octubre! En su *Informe sobre la guerra y la paz* (Obras, Tomo 27, pag. 23) en marzo 1918, Lenin proclamará: «Nuestra consigna no puede ser más que esta: estudiar en profundidad el arte militar», y, dirigiéndose a los camaradas impacientes para partir hacia el frente de la guerra revolucionaria mundial: «Aprovechar la tregua, aunque sea

de una hora, ya que está disponible, para mantener el contacto con la zona alejada de la retaguardia, y formar allí nuevos ejércitos». En *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, Lenin definirá, en un magnífico resumen dialéctico, las dos fases inseparables de la conquista y del ejercicio revolucionario del poder: «No ha existido ninguna gran revolución que haya evitado y pueda evitar la «desorganización» del ejército (...) La primera atención de toda revolución victoriosa – Marx y Engels lo han señalado muchas veces – ha sido la de destruir el viejo ejército, licenciarlo, remplazándolo por uno nuevo». ¡Lo cual no quiere decir ni mucho menos que se trate solamente de la guerra civil interior! ¡Para Lenin, la guerra civil, al igual que la revolución, es un «hecho internacional», que ni conoce fronteras ni tolera abandonos, incluso existiendo «treguas»!

* * *

Los bolcheviques han ilustrado el inmenso alcance de la Revolución de Octubre quitando el polvo a la doctrina marxista olvidada por los reformistas. Los conmemoradores-sepultureros de hoy no sólo han olvidado enteramente este hecho, sino que también trabajan para borrar de la memoria del proletariado todo vestigio de los grandes textos marxistas y de la lección magistral de las luchas revolucionarias. Los bolcheviques tomaron la misma vía histórica de los communards, la que Marx y Engels habían preconizado siempre, antes, durante y después de la Commune de París, la vía maestra, la única vía que los comunistas reconocen cualquiera que sea su país y su generación.

No es por casualidad que las *Tesis de Abril* asignen al Partido (que debe volver a ser lo que es despojándose de su «camisa sucia») la tarea de volver a definir su programa, sobre todo en lo que concierne a «la actitud hacia el Estado y nuestra reivindicación de «Estado-Comuna». Era necesario hacer esto, para que desapareciera el absurdo histórico de la «dualidad de poderes» y para que una vez liberado de la fraseología pequeño-burguesa gracias a la influencia decisiva del Partido, el Soviet encontrara la fuerza para desafiar abiertamente a la clase dominante, y no sólo de proclamar «¡Ningún apoyo al Gobierno provisional!», sino, sobre todo, «¡Abajo la república parlamentaria!»».

Para que el Soviet aceptara convertirse en «el poder único del Estado» era necesario un poder que no se apoyase sobre ninguna ley, sino sobre la «fuerza armada de las masas». Debía por tanto quedar muy claro que no hay que abrigar ni por un momento la esperanza de un paso gradual de la primera etapa a la segunda, que una revolución así estaba excluida, y que se trataba de un salto cualitativo, ya que era necesario destruir la máquina del Estado burgués y construir otra, un Estado tan dictatorial como el antiguo, pero de naturaleza proletaria; un Estado de clase, como el Estado burgués pero sin disimular su naturaleza, contrariamente a este último, un Estado destinado a reprimir a la clase enemiga, como el Estado burgués ha hecho siempre sin importarle nunca lo más mínimo lo que los proletarios harán o dirán.

Pero – sugieren los portavoces de la «Cultura» – ese salto, la insurrección armada y el ejercicio dictatorial del poder, es decir la supresión de la «democracia pura» de

los burgueses ¿no le ha sido impuesto a Rusia por sus particularidades históricas, geográficas y también raciales? Rusia... es Rusia; ¿por qué no puede tomar otra vía diferente en otro lugar? ¡Claro que no! «El éxito de la revolución rusa y de la revolución mundial (¿cuándo hemos encontrado estos dos términos separados en la literatura revolucionaria de Octubre?) depende de dos o tres días de lucha», Lenin, «*Consejos de un ausente*» 8/21 octubre 1917). En ese mes de intensa lucha, cuando la historia obliga implacablemente al Comité Central bolchevique a tomar sus responsabilidades, *El Estado y la Revolución* responde a esta cuestión de una manera definitiva:

1) «El Estado burgués no puede ceder el puesto al Estado proletario (a la dictadura del proletariado) mediante una «extinción», sino solamente, como regla general, por una revolución violenta».

2) «La doctrina de lucha de clases aplicada por Marx al Estado y a la revolución socialistas conduce necesariamente al reconocimiento del dominio político del proletariado, de su dictadura, es decir de un poder que no comparte con nadie y que se apoya directamente sobre la fuerza armada de las masas (...) «El Estado, es decir el proletariado organizado en clase dominante», esta teoría marxista, está indisolublemente ligada a toda su doctrina sobre la función revolucionaria del proletariado en la historia. El resultado de esta función es la dictadura proletaria, la dominación política del proletariado. Pero si el proletariado tiene necesidad del Estado en tanto que organización especial de la violencia contra la burguesía, se plantea un interrogante: ¿se puede concebir tal organización sin que previamente sea destruida, demolida, la máquina del Estado que la burguesía ha construido para sí misma?».

3) «Los únicos que han asimilado la doctrina de Marx sobre el Estado son los que han comprendido que la dictadura de una clase es necesaria no solamente en una sociedad dividida en clases en general, no solamente para el proletariado que habrá derrotado a la burguesía, sino incluso para todo el periodo histórico que separa al capitalismo de la «sociedad sin clases», del comunismo. Las formas del Estado burgués son extremadamente variadas, pero en esencia es una: en último término todos estos Estados son, de una manera u otra, pero necesariamente, una dictadura de la burguesía. El paso del capitalismo al comunismo no puede evidentemente dejar de producir una gran variedad de formas políticas, pero su esencia será necesariamente única: la dictadura del proletariado».

La reivindicación de la dictadura del proletariado «para todo un período histórico», lejos de ser una pretensión subjetiva de esta clase, no es más que la traducción de una exigencia objetiva en la medida en que la burguesía y el proletariado son los únicos protagonistas del drama histórico contemporáneo:

«La dominación de la burguesía no puede ser derrocada más que por el proletariado, clase distinta, a la cual sus condiciones económicas de existencia preparan para este derrocamiento, y a la que ofrecen la posibilidad y la fuerza de llevarlo a cabo. Mientras que la burguesía fracciona y disemina al campesinado y a todas las capas pequeño-burguesas, agrupa, une y organiza al proletariado. Dado el papel económico que jue-

ga en la gran producción, sólo el proletariado es capaz de ser el guía de todas las masas trabajadoras y explotadas que, frecuentemente, la burguesía explota y oprime, no ya menos, sino más que a los proletarios, y que son incapaces de una lucha independiente para su liberación (...) El proletariado necesita el poder estatal, el poder de una organización centralizada de la fuerza, de una organización de la violencia, tanto para reprimir la resistencia de los explotadores como para dirigir a la gran masa de la población (campesinado, pequeña burguesía, semiproletarios) en la «puesta a punto» de la economía socialista».

Este párrafo es capital. Toda la experiencia de los meses que preceden a Octubre muestra, en efecto, que la pequeña burguesía frena necesariamente el movimiento ascendente de la revolución. Es por su influencia insidiosa por lo que el Soviet, «única forma posible de gobierno revolucionario», retrocede desde Febrero ante la tarea que le confiaba la Historia: tomar y ejercer todo el poder, sin compartirlo con nadie. Y esta experiencia tiene un valor general, es un dato de «ingeniería social», destinado a esquivar, allí donde haga falta, el peligroso escollo que amenaza a toda revolución comunista. «Después de la experiencia de julio 1917 es precisamente el proletariado revolucionario el que debe tomar el poder: fuera de esto no hay victoria posible para la revolución», había escrito Lenin algunos meses antes (*A propósito de las consignas*, Obras, Tomo 25, pag. 204-205), mostrando que si los comunistas eran «partidarios de un Estado basado en los Soviets» no podía tratarse «de los Soviets de hoy, de estos órganos acordes con la burguesía», sino de «órganos de la lucha revolucionaria contra la burguesía» que surgirían de la nueva revolución.

En virtud de esta necesidad de «dirigir» dictatorialmente a las masas, Octubre será la toma totalitaria y violenta del poder por el Partido apoyándose sobre la fuerza armada de la clase obrera: la liquidación de toda ficción democrática y parlamentaria, primero con el boicot al pre-Parlamento, y a continuación la disolución de la Asamblea Constituyente; la intervención despótica en la economía y la construcción de un nuevo ejército sobre las ruinas del ejército democrático-zarista. También es esto ejemplar, la mano que escribía *El Estado y la Revolución* dejará inacabado el folleto para coger el timón de la insurrección: hubiera sido algo en vano trazar la vía revolucionaria en los textos históricos, para luego no emprenderla, en el momento oportuno, en la realidad de la lucha de clases. ¡Vencedor o vencido, es en el combate donde se prepara el futuro!

La redacción del VII capítulo de *El Estado y la Revolución* («La experiencia de las revoluciones rusas de 1905 y 1907») no ha ido más allá del título, pues «es más agradable y más útil tener la experiencia de una revolución que escribir sobre ella», dirá Lenin a manera de justificación. Añadimos que nosotros dejamos a los filisteos la idea de que la obra literaria o de que el jefe revolucionario Lenin pertenecen a un «hombre», a un «individuo excepcional»: para nosotros Lenin, más allá de sus dotes personales, era y es el arma de una clase y de un Partido – y es el mayor homenaje que se le puede hacer.

Enero de 1918: «Es cierto, la victoria definitiva del

socialismo es imposible en un solo país» (¡temblad, herederos del estalinismo!), pero veamos lo que sí es posible: «El ejemplo vivo, la acción iniciada en un país cualquiera, es más eficaz que todas las proclamaciones y todas las conferencias; es lo que entusiasma a las masas trabajadoras de todos los países» (Lenin, *Informe sobre la actividad del Consejo de Comisarios del Pueblo al III congreso de los Soviets*, 24 enero 1918). En julio 1918, cuando el incendio de la guerra civil arroja sus primeras llamaradas: «Accediendo al poder en tanto que partido comunista proletario mientras la burguesía capitalista mantenía todavía su dominación en los demás países, nuestro deber más urgente era, repito, mantener este poder, esta antorcha del socialismo, con el fin de que pueda lanzar la mayor cantidad de chispas posible sobre el incendio creciente de la revolución mundial» (Lenin, Discurso a la Sesión común del C.E.C., 29 julio 1918).

¡Así es la enseñanza de Octubre! ¿Y vosotros pretendéis, conmemoradores-sepultureros, que Octubre no haya significada nada más que el desarrollo del «comercio equitativo», de la «coexistencia pacífica», de «la vía indolora» a lo que llamáis socialismo? ¿Vosotros pretendéis que el «ejemplo viviente» ha quedado para siempre enterrado en el suelo de la Rusia de 1917-1918?

«Dirigir a las masas». Dirigirlas en primer lugar hacia la conquista insurreccional del poder por los Soviets templados y purificados en la lucha; dirigirlas a continuación en la gigantesca lucha contra «la resistencia de los explotadores, que no pueden ser despojados de repente de sus riquezas, de las ventajas de su organización y de su saber, y que en consecuencia, no dejarán de multiplicar durante un período bastante largo las tentativas encaminadas a derrocar el execrado poder de los pobres» (Lenin, *Las tareas inmediatas del poder de los Soviets*), y contra el peso de las tradiciones, de los hábitos, de la tenaz influencia de la ideología pequeño burguesa que se insinúan en todos los poros de una sociedad que cambia dolorosamente.

¿Cómo dirigirles? No basta con educar, es necesario «neutralizar» y «reprimir» a las fuerzas del pasado que resurgen sin cesar y amenazan el futuro; es necesario saber que «toda gran revolución en general, y toda revolución socialista en particular es impensable sin una guerra interior, es decir, sin una guerra civil, que trae consigo una ruina económica aún mayor que la guerra exterior, que implica millones y millones de ejemplos de vacilación y de paso de un campo al otro, un estado extremo de incertidumbre, de desequilibrio y de caos»; es necesario por lo tanto dirigir dictatorialmente, pues «es evidente que todos los elementos de descomposición de la vieja sociedad desgraciadamente muy numerosos y ligados mayoritariamente a la pequeña burguesía, no pueden dejar de «manifestarse» en una revolución tan profunda (...) Para llevarla a cabo es necesario tiempo y una mano de hierro». Esta es la gran lección del Octubre Rojo: la batalla sin tregua en todos los frentes de la guerra desencadenada por la contrarrevolución interior y exterior, por la burguesía nacional e internacional, debe acompañarse de un control dictatorial por parte de una sola clase sobre los «elementos de descomposición» que nacen y renacen sin cesar en el mismo seno de las clases intermedias, esos desechos de una «historia muerta» que se agarran desesperadamente a la «his-

toria viva» y amenazan con llevarla a pique.

Por todas estas razones, sin que una sola de ellas pueda omitirse, Lenin dirá en su polémica contra Kautsky que «la dictadura revolucionaria del proletariado es un poder conquistado y mantenido por la violencia, que el proletariado ejerce sobre la burguesía, poder que no está ligado a ninguna ley»; en consecuencia, «el índice necesario, la condición expresa de la dictadura es la represión violenta de los explotadores como clase y en consecuencia la violación de la ‘democracia pura’» (*La revolución proletaria y el renegado Kautsky*). La Revolución de Octubre no solamente privará a los burgueses de todo derecho político, sino que impondrá a la pequeña burguesía campesina derechos inferiores a los del proletariado. Por todas estas razones e incluso sin guerra exterior el necesario Terror rojo es la manifestación política de la dictadura proletaria, su medio de intervención en las relaciones económicas y sociales, su instrumento de acción militar. Por todas estas razones, comunes a todos los países, la dictadura del proletariado implica la existencia del Partido político.

* * *

Hegemonía del proletariado, hegemonía del Partido. Los dos términos son inseparables, lo mismo que en el Manifiesto la «organización del proletariado en clase dominante» es inconcebible sin la «organización del proletariado en clase y por lo tanto en Partido».

La historia de Octubre es la de dos procesos inversos en los cuales los puntos de contacto son choques sangrientos. Mientras que las masas se apartan del Gobierno provisional, desertan en el frente, se enfrentan en la calle a las fuerzas del orden, empujan hacia la insurrección, exigen el poder a tiro limpio y no mediante papeletas de voto, los partidos que se reclaman de la clase obrera, pero que reflejan las dudas, la cobardía, el servilismo de la pequeña burguesía, se alinean uno tras otro sobre el frente de la democracia parlamentaria y de la guerra. Inversamente, el Partido que desde Abril proclama la urgencia de destruir ese frente maldito y trabaja efectivamente para conquistar el poder en nombre «del proletariado y de las capas pobres del campesinado» aparece cada más más sobre la escena política y social como el Partido único de la revolución y de la dictadura. Después de la demostración de fuerza al disolver la Asamblea Constituyente no le queda a este partido más que un último aliado posible: los socialistas-revolucionarios de izquierda. La paz de Brest-Litovsk romperá este último lazo, y en la guerra civil, hasta Kronstadt y posteriormente, el poder proletario chocará a cada paso con resurgimientos democráticos, populares, centrífugos o anarquistas de los antiguos grupos o partidos, y los barrerá en su marcha hacia delante.

Esta «decantación» de las fuerzas políticas y sociales no era un hecho nuevo. En su estudio de las luchas de clase en Francia y en Alemania, Marx y Engels habían mostrado ya, para la organización del proletariado revolucionario y de su Partido, que era inevitable que los grupos y los partidos que defienden a las clases intermedias y que encarnan sus intereses económicos, sus hábitos y su ideología pasen progresivamente al enemigo. La grandeza de los bolcheviques reside justamente

en que, por primera vez en la historia del movimiento obrero, extrajeran de esta dura lección negativa una fuerza activa, un factor de victoria. Dejando que los muertos entierren a los muertos, aceptaron ellos solos la responsabilidad del poder.

Nada podía hacerles dudar, ni siquiera la indecisión y los «escrúpulos democráticos» de algunos de sus camaradas (camaradas con un largo pasado como militantes comunistas) que retrocedieron ante ese «salto hacia lo desconocido» que era la insurrección, ni siquiera las inevitables deserciones. No hicieron en absoluto nada imprevisto, fueron más allá y abrieron conscientemente la era de la dictadura del Partido en nombre de la clase. Las sanas energías proletarias se habían desligado del magma que componían las fuerzas sociales. Fue la necesidad histórica la que hizo de la revolución de una sola clase la revolución de un solo partido: la hegemonía del proletariado no podía traducirse más que por medio de la hegemonía del Partido que era a la vez la conciencia teórica, la voluntad organizada, el órgano de la conquista y del ejercicio del poder. Y de ahí vino la victoria.

En septiembre de 1917, ligando como siempre los «saltos cualitativos» de la revolución rusa a la experiencia de la lucha proletaria mundial, Lenin ya escribía: «El vergonzoso final de los partidos socialista-menchevique y menchevique no es producto de la casualidad; es el resultado, numerosas veces confirmado por la experiencia europea, de la situación económica de los pequeños patronos, de la pequeña burguesía» (*Las enseñanzas de la Revolución*). En consecuencia, el Partido dirigirá él solo la insurrección, tomará él solo el poder sabiendo muy bien que no se determina el movimiento real de la clase escrutando el alma de los partidos infestados por la inercia pequeño burguesa, ni tampoco por la de los órganos de masas nacidos de la Revolución, en los que las dudas, el «seguidismo», la «fuerza de la costumbre» propios de la vieja sociedad tienen campo abierto para manifestarse. Solamente la teoría basada en un balance de las luchas de clases pasadas permite prever la disposición natural de las fuerzas de clase en el momento decisivo, de saber que esta hora ha sonado y de intervenir por lo tanto, no para «hacer» la revolución, sino para dirigirla, y dirigirla más allá de la toma del poder, ya que esta no es más que el primer acto del drama social, puesto que el enemigo no dejará de levantar nuevamente la cabeza y que el Partido (un único Partido) será más necesario que nunca para ejercer el poder.

En 1920, en *La enfermedad infantil del comunismo*, Lenin restituirá al proletariado occidental la lección recibida de él y enriquecida por el balance de tres años de guerra civil y de dictadura comunista:

«La dictadura del proletariado es la guerra más heroica y la más implacable de la nueva clase contra un enemigo más poderoso, contra la burguesía cuya resistencia está decuplicada por el hecho de su caída (esto no ocurrió nada más que en un único país) y cuyo poderío no reside solamente en la fuerza del capital internacional, en la fuerza y la solidez de los lazos internacionales de la burguesía, sino todavía en la fuerza de la costumbre, en la fuerza de la pequeña producción (...) Quien debilite, por poco que sea la disciplina de hierro en el partido del proletariado (sobre todo durante su dictadura), ayuda en realidad a la burguesía contra el prole-

tariado (...) Negar la necesidad del Partido (y para Lenin se trataba evidentemente del Partido comunista) y de la disciplina del Partido (...) esto equivale, precisamente a hacer suyos esos defectos de la pequeña burguesía que son la dispersión, la inestabilidad, su ineptitud a la firmeza, a la unión, a la acción conjunta, defectos que causarán inevitablemente la pérdida de todo movimiento revolucionario del proletariado, por poco que se les anime».

La dictadura del proletariado es la centralización y la disciplina, y por lo tanto la dictadura del Partido. Trotsky expresará la misma idea en una fórmula lapidaria que tiene el mérito de ligar esta «disciplina de hierro» del Partido a los mismos fundamentos de la centralización real, es decir la continuidad del programa y de organización y su unión orgánica con la táctica empleada, que se oponen al eclecticismo doctrinal, completado por la tendencia a la improvisación práctica tan arraigada en los partidos «obreros» influenciados por la pequeña burguesía y su intelligentsia. Es este un aspecto esencial sobre el que nuestra corriente insistirá continuamente en los Congresos de la Internacional comunista, no por lujo académico, sino porque es una exigencia vital del movimiento revolucionario.

«Solamente con la ayuda de un partido que se apoya en su pasado histórico, que prevé teóricamente el curso del desarrollo y todas sus etapas, y deduce de él qué tipo de acción es la correcta en un momento dado, solamente con la ayuda de un Partido así, puede el proletariado liberarse de la necesidad de repetir su propia historia, sus propias oscilaciones, su propia indecisión y sus propios errores» (*Las enseñanzas de la Comuna*, 1920)

¡Léase atentamente: es de la previsión teórica del desarrollo histórico de donde él «deduce» y no de ese tipo de observación pasiva de la historia que conduce a cualquier «descubrimiento» imprevisible!

De esta fuerza que permite a la insurrección de Octubre triunfar y al proletariado vencer en la guerra civil, la revolución del mañana deberá volver a encontrar su secreto, so pena de muerte. Escribiendo las líneas citadas más arriba, Lenin y Trotsky pensaban más en el terrible período de la guerra civil que en la breve fase de la insurrección, o en sus consecuencias inmediatas, como la disolución de la Asamblea Constituyente y la ruptura con los socialistas-revolucionarios de izquierda. Nosotros podríamos resumir así su enseñanza capital: mientras que la clase obrera se presente sobre la escena histórica (o peor, sobre la escena parlamentaria, pero esto le concierne muy poco a la Rusia de 1917) dividida en numerosos partidos, la solución no es el reparto del poder entre estos partidos, sino la liquidación de todos los lacayos del capitalismo disfrazados de partidos obreros, unos tras otros hasta que todo el poder caiga en las manos del único partido de clase.

Este principio de la hegemonía del Partido se encuentra en la obra de Marx y Engels, y más especialmente en su larga polémica contra los anarquistas que atacaban al Consejo General de la I Internacional, pero la gran fuerza de las revoluciones, incluso aunque sean vencidas finalmente, es la de poner a la luz y en relieve los principios permanentes de la doctrina y del programa. No hay por lo tanto nada nuevo en las *Tesis sobre el papel del Partido Comunista en la Revolución proletaria* que el

II Congreso de la Internacional Comunista adoptó en 1920, al término de la sangrienta guerra civil en Rusia; simplemente la lucha heroica del proletariado bolchevique daba un peso nuevo a los principios de siempre.

«La Internacional Comunista rechaza de la manera más categórica la opinión según la cual el proletariado puede llevar a cabo su revolución sin tener su Partido político. El objetivo de esta lucha, que tiene inevitablemente a transformarse en guerra civil, es la conquista del poder político. Pero el poder político no puede ser tomado, organizado y dirigido nada más que por un Partido político (...)

«La aparición de los Soviets, forma histórica principal de la dictadura del proletariado, no disminuye en absoluto el papel dirigente del Partido Comunista en la revolución proletaria (...)

«La historia de la revolución rusa nos muestra en un cierto momento a los Soviets yendo contra el Partido proletario y sosteniendo a los agentes de la burguesía. Se ha podido observar lo mismo en Alemania y puede producirse también en los demás países. Para que los Soviets puedan llevar a cabo su misión histórica, es necesaria la existencia de un Partido Comunista lo bastante fuerte para ejercer una influencia decisiva sobre los Soviets en lugar de «adaptarse» a ellos, es decir, para constreñirlos a «no adaptarse» a la burguesía. El Partido Comunista no es necesario solamente para la clase obrera antes y durante la conquista del poder, sino después de ella (...)

«La necesidad de un Partido político del proletariado no desaparece más que al desaparecer las clases sociales».

* * *

Un profundo internacionalismo impregna toda esta Revolución de Octubre en la cual la lucha del Partido para la transformación de la guerra imperialista en guerra civil, en revolución socialista mundial, se funde totalmente con el empuje impetuoso de las masas obreras de los grandes centros industriales de Rusia.

Cuando Trotsky y Lenin definían la revolución en marcha como «un eslabón de la cadena de la revolución internacional» las masas rusas defendían con las armas el poder conquistado como un «destacamento del ejército internacional del proletariado», Rusia como «una fortaleza asediada» esperaba que los «demás destacamentos de la Revolución internacional» viniesen en su ayuda, no eran solamente los militantes del Partido, sino todos los proletarios de Rusia quienes sentían la verdad de estas palabras ardientes, porque entonces la «educación política se hacía rápidamente» (algunos días, algunos meses) en las fábricas y en los barrios populares, en medio de mítines y manifestaciones revolucionarias. En el magnífico preámbulo de la *Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado* la República de los Soviets se daba por tarea «la victoria del socialismo en todos los países» y en la tribuna del III Congreso pan-ruso de los Soviets en esta era la grandiosa perspectiva que Lenin proponía a su auditorio: «Los acontecimientos (...) nos han conferido el honorable papel de vanguardia de la revolución socialista internacional, y vemos ahora claramente la perspectiva del desarrollo de

la revolución: el ruso ha comenzado (y además: aquel que se encuentre en la situación más favorable debe comenzar), el alemán, el francés, el inglés triunfarán y el socialismo triunfará» (Obras, Tomo 26 pág. 494).

Se trataba de más que palabras; evitando la retórica, secamente, la revolución expresaba el *sentimiento* y la *pasión* que armaban los brazos y movilizaban el cerebro de inmensas masas proletarias. Era el lenguaje impersonal de una lucha de clase en la que los combatientes no habían podido nunca admitir que fuera simplemente «rusa», estrechamente «nacional»; los ojos abiertos sobre el mundo, la voluntad tendida, dispuestos para todos los sacrificios, no conocían ninguna frontera y sus corazones se inflamaban con las noticias de la lucha de sus hermanos de clase por encima de esas fronteras, que la revolución se daba justamente como objetivo de destrucción. «No estamos solos, ante nosotros está Europa entera» gritaba Lenin a los vacilantes, a los conciliadores, a los cobardes, y los proletarios que se habían batido sin tregua durante nueve meses tumultuosos, y que debían aún batirse durante los dos años y medio de la guerra civil, sabían como él, por instinto, sin haber leído nunca seguramente el grito final del *Manifiesto*, que ellos eran los combatientes de una guerra de clase internacional. Para estos proletarios era evidente que su revolución era el principio de una revolución mundial.

En abril, Lenin había dicho que la Internacional de los «internacionalistas de hecho» actuaba ya, aunque no tuviese todavía una existencia formal: se encarnaba en los proletarios de Petrogrado y de Moscú, en Liebknecht en Berlín, manifestaba un internacionalismo práctico y activo, por una devoción sin límites a la causa universal del socialismo. Durante el episodio dramático de Brest-Litovsk, cuando la causa revolucionaria pudo parecer perdida, Lenin justificó con su coraje y su franqueza habituales el tratado «ignominioso» y (escuchad, conmemoradores-enterradores) lo definió como el «mayor problema histórico de la Revolución rusa», como la «mayor dificultad» que tuvo que vencer, la «necesidad de resolver los problemas internacionales, la necesidad de suscitar una revolución internacional, de llevar a cabo este episodio de nuestra revolución, estrictamente nacional, a la revolución mundial» (*Informe sobre la guerra y la paz al VII Congreso del P.C. ruso*, 6 y 8 marzo 1918).

Nacida como revolución mundial, Octubre ponía en un primer plano sus tareas internacionales, sus deberes con respecto a la revolución mundial, deberes que no derivaban de ningún código moral, sino que venían impuestos por el carácter internacional de la lucha emancipadora del proletariado y de la expansión capitalista. Una vez más, se le pedirá mucho a quien mucho había dado ya: los magníficos proletarios de Octubre no titubearon en dar lo mejor de sí mismos para que «el alemán, el francés el inglés» pudiesen terminar la obra empezada, porque, si bien les debía ser más fácil llevarla a término, «les era infinitamente más difícil comenzar la revolución».

Antes incluso de que los comunistas de «los diferentes países de Europa, América y Asia» se reunieran en Moscú para fundar la III Internacional, el internacionalismo era la sangre y el oxígeno con el cual se nutrían cotidianamente los combatientes de la gigantesca guerra civil de Rusia. Los «boletines» del frente de la lucha

de clases europea se mezclaban con los ardientes comunicados que Trotsky expedía desde los mil frentes de la guerra civil, y fue así como los obreros y campesinos rusos en armas aprendieron que su enemigo era la burguesía internacional. «Sabéis – dirá Lenin al VIII Congreso pan-ruso de los Soviets – hasta que punto el capital es una fuerza internacional, hasta que punto las fábricas, las empresas y los almacenes capitalistas más importantes están ligados entre ellos en el mundo entero y que, por consiguiente, para abatirlo definitivamente es necesaria una acción común de los obreros a escala internacional». Nadie, en verdad, podía saberlo mejor que el heroico destacamento ruso del ejército revolucionario mundial del proletariado, pues nadie en sus filas creía que el choque entre las clases pudiese tener unas causas y un destino diferente según las naciones. Que los proletarios «no tienen patria» se lo había enseñado una ruda experiencia.

En sus *Principios del Comunismo*, primer esbozo del *Manifiesto del Partido Comunista*, escrito en 1847, Engels responde a la pregunta: «¿Tendrá lugar la revolución proletaria en un solo país?» con idéntica nitidez: «No (...) Será una revolución mundial y deberá por consiguiente tener un campo mundial».

Los hombres, el Partido, los proletarios, para los que la revolución rusa había nacido como revolución mundial y no tenía «mayor problema histórico» que el de salir de su marco estrechamente nacional para extenderse por el mundo entero ¿podían tener otra perspectiva que la de Lenin? «La salvación no es posible más que en el camino de la revolución socialista internacional en la cual estamos empeñados. Mientras estemos solos nuestra tarea es la de salvar la revolución, de conservar en ella una cierta dosis de socialismo, por débil que sea, hasta que la revolución estalle en los demás países y otros destacamentos vengan en nuestra ayuda» (*La tarea principal en nuestros días*) ¿Podían concebir «su» revolución de forma diferente a una «repetición general de la revolución proletaria mundial»? (*El ABC del comunismo*, de Bujarin y Preobazhenski).

Convencidos del estallido de una revolución al menos en Europa, los bolcheviques se habían asegurado un momento de respiro con la paz de Brest-Litovsk y habían vencido a las hordas blancas; «pasados de la guerra a la paz» en 1920, no olvidaban que «mientras coexistan el socialismo y el capitalismo no se podrá vivir en paz; al final, uno u otro debe permanecer: sería necesaria una misa de réquiem, bien para la República de los Soviets, bien para el imperialismo mundial». Sabían que para vencer a la organización mundial del capitalismo no existía más que una sola arma: «la extensión de la revolución, por lo menos, a algunos países avanzados».

Era una condición vital, incluso simplemente para el mantenimiento del poder político de los bolcheviques. Pero la revolución de Octubre se dirigía al socialismo, y por ello el internacionalismo no era para ella una fórmula ritual, sino la condición misma de la victoria.

Por otra parte era muy cierto que se trataba de una doble revolución, y que el proletariado en el poder tenía que llevar a cabo también las tareas de una revolución burguesa «llevada hasta el final».

En el Manifiesto de 1848, Marx y Engels prestaron a Alemania una atención particular; era un país en el que

las estructuras feudales dominaban todavía la economía y la política, y que se encontraba en «la víspera de una revolución burguesa»; en esta revolución ellos veían «el preludio inmediato de una revolución proletaria» que debería tomar unas dimensiones europeas (¿dónde ha podido descubrir el pedantismo socialdemócrata que, para Marx y Engels, la revolución debía estallar necesariamente en un país avanzado?), porque, decían ellos, Alemania «llevará a cabo esta revolución en las condiciones más avanzadas de la civilización europea y con un proletariado infinitamente más desarrollado que Inglaterra y Francia en los siglos XVII y XVIII». Dejemos al filisteo oportunista medir el grado de madurez de la revolución socialista evaluando el «nivel económico y social» alcanzado en tal país considerado aisladamente: para el marxismo, este grado de madurez se evalúa a escala mundial (¿en 1848, el mundo se reducía a Europa!) y en la misma medida la revolución proletaria puede triunfar o perecer.

En Rusia, igualmente, las «condiciones más avanzadas de la civilización europea» (y mundial) y la existencia de un proletariado no solamente más numeroso que en la época de las revoluciones burguesas inglesa y francesa, sino extremadamente concentrado (al igual que el poder político semifeudal del zarismo) habían acelerado el curso revolucionario: partiendo del estancamiento «asiático y bárbaro» habían llegado al poder político proletario después de un breve paréntesis de poder burgués: el «preludio inmediato» había llegado a ser el «desarrollo» de la revolución burguesa en revolución proletaria, haciendo anacrónico el triunfo de la segunda el cumplimiento de las tareas políticas de la primera. Esta revolución no bastaba para liquidar el atraso de Rusia con respecto a una civilización mundial «más avanzada», sino, como Lenin dijo en 1918 y repitió en 1920, sin este atraso, precisamente, el proletariado no habría tomado el poder tan fácilmente «como se levanta una pluma».

El afortunado encuentro de estas dos condiciones (que sólo pueden parecer contradictorias a aquellos que limitan su horizonte con las fronteras nacionales) había colocado a la clase obrera rusa en la vanguardia de la revolución socialista mundial; pero el atraso persistía y «más atrasado es el país que ha tenido, por los zigzags de la historia, que comenzar la revolución socialista, y más difícil le es pasar de las antiguas relaciones capitalistas a las relaciones socialistas» (Lenin, *Informe al VII Congreso del PCR*, 7 marzo 1918). ¿Cómo se resolvía este problema histórico, mucho más complejo que el de la toma del poder, en la perspectiva europea (es decir, mundial de la época) de Marx y Engels? El proletariado alemán de 1848 debía aportar la doctrina y podía llegar a ser el protagonista de la revolución doble en Alemania, en la medida en que las condiciones políticas de la revolución socialista se habían llevado a cabo en Francia, y las condiciones económicas y sociales en Inglaterra: de esta forma podía acelerarse la conquista del poder en Alemania y rellenado el foso secular que separaba las economías de Europa central y de Europa occidental.

Para los bolcheviques, la perspectiva no era diferente. El socialismo supone la gran industria y la agricultura modernas; la primera era manifiestamente insuficiente en Rusia, la segunda estaba casi ausente por completo,

pero «si se piensa en una gran industria próspera, susceptible de satisfacer al campesinado abasteciéndole sin demora de todos los productos que necesita, se debe decir que ésta condición existe; considerando esta cuestión a escala mundial, esta gran industria floreciente, capaz de abastecer al mundo de todos los productos, existe sobre la tierra (...) Está en los países dotados de una gran industria evolucionada, suficiente para aprovisionar sobre el terreno a los centenares de millones de campesinos atrasados. Nosotros colocamos esta idea en la base de nuestros cálculos» (Lenin, *Informe al IX Congreso de los Soviets*).

La condición material para el paso al socialismo es, por lo tanto, la revolución mundial, o, al menos, europea, esperadas por la dictadura proletaria en Rusia. Solamente de esta manera pueden ser establecidas las bases de un gigantesco salto delante de la industria, en primer lugar, y de la agricultura a continuación: como dicen las *Tesis sobre la cuestión nacional y colonial* adoptadas en 1920 en el II Congreso de la Internacional Comunista, este salto adelante por encima de la fase capitalista (enfocada en este caso a los países coloniales, todavía más atrasados que la Rusia de entonces) no es posible más que por la «creación de una economía mundial que forme un todo único, sobre la base de un plan universal controlado por el proletariado de todas las naciones».

La extensión de la revolución socialista al menos hacia algunos países avanzados es, por lo tanto, la primera condición de la existencia de una economía socialista en Rusia: «No se puede realizar la revolución socialista en un país en el que la mayoría de la población está formada por pequeños productores agrícolas más que por medio de toda una serie de medidas transitorias especiales, perfectamente inútiles en los países capitalistas evolucionados en donde los obreros asalariados industriales y agrícolas están en aplastante mayoría (...) Hemos subrayado abundantemente en los hechos, en todas nuestras intervenciones, en toda la prensa, que la situación es diferente en Rusia: los obreros industriales están en minoría y los pequeños cultivadores en aplastante mayoría. En este país la revolución socialista no puede vencer definitivamente más que con dos condiciones. En primer lugar, si está sostenida en el momento oportuno por una revolución socialista en uno o varios países avanzados...» (Lenin, *Informe sobre el impuesto en especie* al X Congreso del P.C.R., 15 marzo 1921).

Retomando la gran perspectiva de Marx en 1848, se puede decir que el proletariado ruso aportó a la revolución europea la llama política, así como una completa restauración de la doctrina (papeles adquiridos en otras ocasiones por Francia y Alemania); Alemania, Inglaterra, Francia, o incluso sólo una de ellas, le habrían aportado su base económica. Durante ese tiempo de espera, ya que la revolución internacional no puede explotar ni por encargo, ni siguiendo una «progresión metódica», ni de manera simultánea, el poder comunista debía administrar una economía atrasada con la ayuda de «medidas transitorias, completamente inútiles, en los países capitalistas avanzados», análogas en su esencia a las «intervenciones despóticas» preconizadas por el *Manifiesto* y cuyos resultados no pueden sobrepasar la construcción de las bases materiales del socialismo.

Lejos de hacer un misterio de esto, los bolcheviques

lo habían dicho y repetido, y las *Tesis de Abril* lo declaran con la mayor franqueza: «Nuestra tarea inmediata no es la de «introducir» el socialismo, sino únicamente la de pasar enseguida al control de la producción social y del reparto de los productos por los Soviets de diputados obreros». Cinco meses más tarde, en septiembre, Lenin definía de esta forma las medidas adoptadas para «conjurar la inminente catástrofe»: «El control, la vigilancia, el reparto racional de la mano de obra en la producción y distribución de los productos, la economía de las fuerzas populares, la supresión de todo derroche de esas fuerzas», lo que, en el campo de la producción industrial y de su aparato financiero suponía «la fusión de todos los bancos en uno sólo; la nacionalización de los sindicatos capitalistas, la supresión del secreto comercial, la cartelización forzosa, el reagrupamiento obligatorio o el estímulo al reagrupamiento de la población en sociedades de consumo y un control ejercido sobre esta agrupación».

Pero él también explicaba que estas medidas, que sólo el poder dictatorial de los obreros y de los campesinos podía aplicar, representarían un «paso hacia el socialismo, pues el socialismo no es otra cosa que la etapa inmediatamente consecutiva al monopolio capitalista del Estado (...) La guerra imperialista marca la víspera de la revolución socialista. No solamente porque sus horrores engendren la insurrección proletaria – ninguna insurrección creará el socialismo si este no está maduro – sino porque el capitalismo monopolista de Estado es la preparación material más completa del socialismo, la antesala del socialismo, la etapa de la Historia que ninguna otra etapa intermedia separa del socialismo» (Lenin, *La catástrofe inmediata y los medios de conjurarla*).

Inquietos por encontrar una cobertura de «izquierda» a su colaboración de clase, los mencheviques y los socialistas revolucionarios gritaban que ese programa era demasiado tímido, que no era «socialista», sin comprender que solamente se trataba de «progresar hacia el socialismo (progreso condicionado y determinado por el nivel de la técnica y de la cultura)», que el socialismo era en todo lugar «el fin de todas las vías del capitalismo contemporáneo», que aparece «directa y prácticamente en cada disposición importante, constituyendo un paso adelante sobre la base de este capitalismo moderno». El programa bolchevique era tímido comparado con los objetivos finales del socialismo, pero audaz si se tiene en cuenta el nivel alcanzado por «la técnica y la cultura, poco y mucho a la vez, si bien sin revolución socialista mundial para rellenar el hueco existente entre sus aspiraciones y sus posibilidades, el socialismo no es posible en Rusia».

«Si se afrontan las cosas a escala mundial, es absolutamente cierto que la victoria final de nuestra revolución, si debe quedarse aislada, si no hay ningún movimiento revolucionario en los demás países no tendrá esperanza» (Lenin, *VII Congreso del P.C.R.*).

«Nosotros no sabemos nada, ni podemos saberlo, sobre cuantas etapas transitorias tendremos que atravesar hacia el socialismo. Esto depende de momento en que la revolución europea comience a gran escala» (Lenin, *Informe sobre la revisión del programa y el cambio de denominación del Partido*, VII Congreso del P.C.R.). La cuestión de las «etapas hacia el socialismo» no era

por tanto administrativa, sino política, y, dependiendo de las condiciones internacionales, no podía ser resuelta a voluntad por los revolucionarios rusos.

Por lo que concierne a la agricultura, las medidas preconizadas sin cesar por los bolcheviques de 1906 a 1907, más radicales si se tiene en cuenta el grado de desarrollo extremadamente débil de las fuerzas productivas agrarias, ¿salían de los límites de una revolución democrático-burguesa?

Ciertamente, sólo un poder revolucionario en manos del proletariado y apoyado por los campesinos pobres podía nacionalizar la tierra, pero esta nacionalización no por eso dejaba de ser «una medida burguesa» (Lenin, *Resolución de la VII Conferencia del POSDR sobre la cuestión agraria*, mayo 1917). Esto no impide que el Partido del proletariado deba esforzarse en realizarla por todos los medios, pues ella «deja vía libre a la lucha de clases, tal como es posible y concebible en la sociedad capitalista, así como a un disfrute libre del suelo, desembarazo de todas las supervivencias anteriores al régimen burgués». Además, debiera asestar «prácticamente un formidable golpe a la propiedad privada de todos los medios de producción en general».

Por otro lado, el Partido sabía al menos desde 1906 que «cuanto más se hagan con resolución la destrucción y la supresión de la gran propiedad terrateniente, más se procederá con resolución y espíritu, a continuación y de manera general, a la reforma agraria democrática-burguesa en Rusia, y más rápidamente se desarrollará la lucha de clase del proletariado agrícola contra el campesinado rico (la burguesía rural)». Por consiguiente, «dependiendo de que el proletariado urbano consiga unirse al proletariado rural y atraer a la masa de semiproletarios del campo, o bien de que esta masa siga a la burguesía campesina propensa a abrazarse a los capitalistas y a los grandes propietarios terratenientes y, de una manera general, a la contrarrevolución, la suerte y el final de la revolución rusa estarán decididas en un sentido u otro, mientras que la revolución proletaria que empieza en Europa no ejerza directamente, sobre nuestro país, su poderosa influencia».

Palabras proféticas: la revolución europea tardó efectivamente en llegar y si bien sus sobresaltos en Alemania, en Baviera, en Hungría, sus oleadas en Italia o en Bulgaria, sirvieron para aflojar la presión de la contrarrevolución extranjera que amenazaba a la dictadura proletaria, no sirvieron para sacar a Rusia de su «bárbaro» aislamiento. Todo el destino de la Revolución de Octubre después de 1918, fecha en la cual Lenin trazaba ya las grandes líneas de la futura NEP (todavía irrealizable debido a la guerra civil) dependía de la respuesta de los hechos a esta pregunta fundamental: «¿Podremos mantenernos con nuestra pequeña y pequeñísima producción campesina, con el estado de ruina de nuestro país, hasta el día en que los países capitalistas de Europa Occidental hayan concluido su desarrollo hacia el socialismo?... Nosotros no estamos tan civilizados como para poder pasar directamente al socialismo, aunque tengamos las premisas políticas para ello» (*El impuesto en especie*, 1921).

La nacionalización integral de la industria, impuesta en 1918 por las necesidades de la guerra civil, y el monopolio del comercio exterior, darán a la dictadura proleta-

ria una ventaja más política que económica: un medio de controlar la hidra siempre renaciente de la microproducción, un instrumento para acelerar, con los medios de producción modernos, la evolución hacia la gran producción agrícola empleando el trabajo asociado, y sobre todo un arma contra el enemigo exterior y sobre todo interior. De esta forma será posible «utilizar el capitalismo (sobre todo orientándolo en la vía del capitalismo de Estado) como eslabón intermedio entre la pequeña producción y el socialismo; como medio, vía, procedimiento, modalidad que asegura el incremento de las fuerzas productivas» (Lenin, *Tesis sobre la táctica del P.C.R.*, III Congreso de la I.C. 1921), y de «llegar, mediante una larga serie de transiciones graduales a la gran agricultura colectiva mecanizada» (Lenin, *Por el cuarto aniversario de la revolución de Octubre*, 1921); será posible colocar «en su sitio los fundamentos económicos del nuevo edificio socialista, en lugar del edificio feudal demolido y del edificio capitalista demolido a la mitad».

Esto no debía realizar el socialismo, pero constituía una lucha radical entre el poder proletario controlando el capitalismo de Estado y utilizándolo como arma política de transformación económica y «los millones y millones de pequeños patronos (que), por su actividad cotidiana, usual, invisible, imperceptible, disolvente, realizan los mismos resultados que le son necesarios a la burguesía, que restauran la burguesía» (Lenin, *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, 1920).

Esto debía ser la continuación de la guerra civil por otros medios, y la salida de esta nueva fase de la lucha de clase no debía depender solamente de la posesión del poder y del control sobre la gran industria, sino también y sobre todo de las vicisitudes de la lucha internacional entre burguesía y proletariado. En sus *Tesis sobre la situación económica y las tareas de la revolución socialista*, presentadas al IV Congreso de la Internacional Comunista, Trotsky dirá: «Al igual que en la guerra civil nosotros combatimos en gran parte para conquistar políticamente al campesinado, hoy igualmente la lucha tiene como objetivo principal la dominación del mercado campesino. En esta lucha el proletariado posee grandes ventajas: las fuerzas productivas más ampliamente desarrolladas del país y el poder político; la burguesía por su parte dispone de una mayor habilidad, y en una cierta medida, de sus relaciones con el capital extranjero, el capital de la emigración especialmente». El hecho de que el proletariado de los países «más evolucionados» no se haya enfrentado con las armas en la mano a esta fuerza burguesa internacional, constituye el drama de los años 1920 a 1926.

Definiendo la NEP, Lenin había declarado: «La historia (...) ha seguido caminos tan particulares que ha dado nacimiento, en 1918, a dos mitades de socialismo, separadas y próximas como dos futuros polluelos bajo el cascarón común del imperialismo internacional. Alemania y Rusia encarnan en 1918, con una evidencia particular, la realización material de las condiciones del socialismo, de las condiciones económicas, productivas y sociales, por una parte, y condiciones políticas por otra. Una revolución proletaria victoriosa en Alemania rompería al primer empuje, con la mayor facilidad, todos los cascarones del imperialismo (...) y aseguraría plenamente la

victoria del socialismo mundial (e igualmente por tanto la victoria del socialismo en Rusia - *NdR*) sin dificultades o con dificultades insignificantes, a condición de considerar evidentemente las «dificultades» en la escala de la historia mundial, y no en la de cualquier grupo de filisteos» (Lenin, *Sobre el infantilismo de izquierda*, Obras, Tomo 27 pág 355).

Las dos mitades separadas del socialismo no pudieron ser reunidas. Y si el poder revolucionario ruso pudo colocarse en la escuela del capitalismo de Estado de los alemanes, aplicarse con todas sus fuerzas en asimilarlo, manejando con mayor rapidez los procedimientos dictatoriales de lo que lo hizo Pedro I para implantarlos en la vieja Rusia bárbara, sin retroceder ante el empleo de métodos bárbaros contra la barbarie (¡muy distinto, como puede verse, a la «construcción del socialismo en un solo país», «bárbaro», además!) no pudo impedir, privado como estaba de la ayuda del segundo «polluelo», que a la larga la presión de las clases pequeño burguesas y burguesas imprimiese al «volante» del Estado ruso una dirección opuesta a la que querían darle los bolcheviques.

«Es con plena conciencia (...) por lo que avanzamos hacia la revolución socialista (...) sabiendo que sólo la lucha decidirá el avance que conseguiremos tomar (a fin de cuentas), la porción de nuestra tarea infinitamente grande que nosotros ejecutamos (...) El que viva lo verá» (Lenin, *En el IV Aniversario de la Revolución de Octubre*). La lucha proseguía en las ciudades y en los campos; las fuerzas productivas de un pasado no solamente pre-socialista sino pre-capitalista, se encabritaron ante la energía de la dirección central de la economía. Y esta nueva guerra de clase fue tan áspera que en la XIV Conferencia del Partido, a finales de 1925, algunos dirigentes del Partido y del Estado que habían creído hasta ese momento poder disimular la realidad detrás de un optimismo demagógico completamente ajeno al espíritu de Lenin, se vieron forzados a reconocer que una inversión de la relación de fuerzas se fortalecía y se confirmaba en el interior del país.

En 1921, a propósito de la NEP, Lenin había dicho: «Bastan de diez a veinte años de buenas relaciones con los campesinos y la victoria está asegurada en el mundo entero, incluso si las relaciones proletarias que se preparan debieran todavía tardar; de lo contrario tendremos de veinte a cuarenta años de tormentos bajo el terror blanco». El terror blanco se instauró mucho antes que los diez o veinte años de Lenin o de los cincuenta años de los que habla Trotsky, pues las fuerzas que se oponían al establecimiento de «relaciones racionales» con el campesinado eran demasiado potentes como para que fuese posible contenerlas y finalmente vencerlas sólo con los recursos del proletariado ruso. Y eso fue la contrarrevolución estalinista, en la cual el culto del falso «socialismo en un solo país» cubría mal la cruel realidad: acumulación capitalista forzada y masacre de la vieja guardia bolchevique.

* * *

La historia de la larga lucha que Lenin condujo hasta su lecho de muerte para convencer al Partido de la necesidad de pasar bajo las horcas caudinas de la NEP, sien-

do *plenamente consciente* de que ello significaba la construcción del capitalismo, lucha para salvaguardar el carácter rigurosamente clasista e internacionalista del Partido, era más necesaria a medida que los peligros presentados por la NEP eran más grandes. Merecería por sí sola un capítulo aparte, y será sin duda objeto de estudio por parte del Partido. Lo mismo hay que decir de la historia de las Oposiciones; mientras que se diluía la intransigencia leninista, las Oposiciones libraron una batalla enérgica aunque tardía y desesperada contra el estalinismo, contra su abdicación política ante el oportunismo y su nefasta teoría del «socialismo en un solo país», por la salvaguarda de la doctrina (pilar de la cual es precisamente el internacionalismo proletario mientras que demuestra lo contrario el trágico desenlace de Octubre) y para su transmisión a las futuras generaciones.

Lenin era demasiado buen marxista como para ignorar que incluso la derrota puede ser fecunda, con la condición de haber luchado hasta el final sin ceder en nada y permanecer en pie, sin haber renegado de nada, y por esto había exclamado un día: «Incluso si mañana el poder bolchevique es derrotado, no lamentaremos ni por un segundo el haberlo tomado». ¿Era inevitable el desenlace final? ¿Era posible impedir que el poder bolchevique, en lugar de controlar al capitalismo que había empezado a construir valientemente esperando la revolución mundial, acabase por estar controlado e incluso derrotado por él? ¿Impedir que las fuerzas burguesas y pequeño burguesas del interior se amparasen progresivamente en la «máquina del Estado» que, contrariamente a la suposición de Lenin en la cita antes señalada, no habían conseguido derrotar los «imperialistas»? ¿Evitar que no solamente el enemigo triunfase sino, peor aún, que se hiciese pasar por «edificación socialista» una acumulación capitalista primitiva a la que el atraso de Rusia con respecto a la civilización mundial debía hacer mil veces más cruel de lo que fue en la aurora del capitalismo?

Esta es una cuestión inútil para muchos, ya que la historia ha decidido, y decidido contra nosotros, quiérase o no. Sin embargo, merece ser planteada no para llorar el pasado, sino para preparar el futuro. Y debe serlo considerando las cosas a escala internacional y buscando la respuesta fuera de las fronteras de Rusia. En 1926-1927, en los debates del Partido ruso y de los VII y VIII Ejecutivos Ampliados de la Internacional consagrados a las cuestiones económicas y sociales de Rusia, la Oposición hablaba en nombre de una clase obrera a la que la guerra civil, el hambre y la reconstrucción económica habían diezmado y agotado a pesar de su ejemplar combatividad. El drama de la Oposición se halla sin duda en que el desarrollo y la victoria del capitalismo en Rusia habían desencadenado una oleada social que arrastraba irremisiblemente a la dirección oficial del Partido, a la que la Oposición intentaba combatir.

Pero este drama se debe sobre todo al hecho de que la Oposición rusa no podía apoyarse en un movimiento comunista internacional, a la altura de sus orígenes, por no decir nada del reflujo general de la revolución. Gracias a un apoyo internacional Octubre habría ofrecido lo esencial de su fuerza. Pero en 1926-1927 el apoyo se había agotado y la Oposición rusa se encontraba sola.

En el V Congreso de la Internacional Comunista, la

Izquierda Comunista había llamado valientemente al movimiento comunista internacional para restituir al Partido y al poder bolchevique un poco de la formidable contribución teórica y práctica que ellos le habían aportado algunos años antes, pero el llamamiento cayó en el vacío. En el VI Ejecutivo Ampliado, a principios de 1926, la Izquierda Comunista demostró que era necesario invertir urgentemente la «pirámide» de la Internacional que se encontraba en un equilibrio inestable sobre su cúspide, ya que reposaba sobre un Partido bolchevique que había perdido su homogeneidad, y sentar esta pirámide sobre una base más estable, es decir, sobre un movimiento comunista mundial consciente de sus deberes. Desgraciadamente, esta base también estaba resquebrajada. La Izquierda pidió igualmente al movimiento mundial que se ocupase de la «cuestión rusa» y de discutirla como una cuestión vital para él, puesto que su esencia era internacional.

Pero la Internacional abdicó, ya que ninguna fuerza capaz de llevar a cabo este deber tuvo el coraje de responder al llamamiento. La Internacional no albergaba ya en Moscú más que socialdemócratas, mencheviques y centristas, es decir, toda esa hez política que había anidado en los diversos partidos «nacionales» y que sabían muy bien que llegaba de nuevo su hora. Los Cachin, Sémard, Smeral, Thäelmann, los Martinov (tras los cuales se ocultaban fuerzas sociales y tradiciones políticas muy precisas) no pedían más que llegar a ser los ayudantes de Stalin después de haber sido los verdugos obtusos de los comunistas de la Oposición. La heroica lucha de los proletarios chinos y de los mineros ingleses en esos mismos años no podía más que ser vencida, sin vanguardia que la guiase, pues su Partido había sido hundido por toda esta hez socialdemócrata. Este terrible «vacío histórico» está por explicar, pero es él quien explica la derrota y el drama humano de la vieja guardia (del cual sólo Trotsky pudo escapar) que se postraba ante Stalin y su camarilla victoriosa, pisoteando los cadáveres de militantes que lo habían dado todo a la causa, e incluso a los muertos vivientes políticos que habían renegado por completo.

Sería pueril y sobre todo antimarxista invocar un único factor para explicar la horrorosa decadencia del movimiento comunista internacional. Pero sería tan pueril y peor aún, derrotista, achacárselo todo a los «hechos objetivos», como si constituyeran una fatalidad ante la cual, como sucedía entre los Antiguos, sería necesario resignarse, y no poner en evidencia el factor «subjetivo» que es el Partido y, en ese caso, el Partido mundial, la Internacional Comunista, que es la fuente de enseñanzas decisivas. Colocamos los dos adjetivos entre comillas pues ya se sabe que para nosotros, para el marxismo, no hay un factor subjetivo que actúe en la historia, en tanto que factor no individual, como factor objetivo, como factor material.

Sobre este plan, nosotros, la Izquierda comunista, tenemos el derecho a decir que la enseñanza que sacamos de la derrota de 1926, punto de salida de la contrarrevolución más terrible de la cual haya sido víctima la clase obrera, no es una lección a posteriori, sino la confirmación de nuestras previsiones de 1920, una confirmación válida para todos los países y todas las situaciones, de la cual la futura revolución proletaria sacará

provecho.

Si los comunistas de Occidente vieron en el bolchevismo un maestro prestigioso, al que reconocieron el derecho de «dar lecciones» fue debido al hecho de que había predicado tenazmente la intransigencia teórica y se había mostrado capaz de traducirla en la acción. No dudó nunca en cortar de manera irrevocable los lazos no sólo con el revisionismo de derecha, sino también con el revisionismo centrista, más sutil y por tanto más pernicioso: habiendo individualizado los orígenes sociales y políticos de uno y otro, sabía de antemano que se encontrarían al otro lado de la barricada de clase. Esto es lo que había probado la delimitación de la izquierda leninista de la izquierda pacifista en Zimmerwald, las *Tesis de Abril* y el «golpe de timón» que dieron al Partido. Es de esto de lo que Octubre sacará la fuerza para liquidar las últimas alianzas con otros grupos o partidos, para ejercer la dictadura y el terror rojo, y para dirigir la guerra civil. Esta es la principal enseñanza que los comunistas y los proletarios revolucionarios del mundo entero hubieran debido extraer de la Revolución rusa, demostrando la catástrofe húngara, primera lección negativa de la post-guerra, qué precio hay que pagar cuando se la olvida, y que la Internacional Comunista considera su observación, en las «21 condiciones de admisión», como un deber de los comunistas.

Los bolcheviques fueron los primeros en olvidar esta lección, ya que perdieron de vista que era todavía más válida en Occidente que en Rusia. Allí, la estructura económica era de un capitalismo desarrollado, pero un siglo de experiencia gubernamental había permitido a la burguesía implantar sólidamente su democracia parlamentaria. Como repitió cien veces Lenin, esas condiciones políticas hacían más difícil el desencadenamiento de la revolución, mientras que las condiciones económicas y sociales habrían permitido, por el contrario, conducirlo fácilmente a término. La intransigencia teórica y organizativa, el arrojo «sectario» de separarse orgánicamente de los elementos dudosos, aunque teñidos de «maximalismo», la conciencia del carácter irrevocable de las fronteras trazadas por la historia entre el comunismo y todas las variantes del oportunismo, comenzando por el centrismo, habrían debido jugar con el máximo de fuerza en la organización política mundial del proletariado revolucionario. Pero no fue así.

Las *Condiciones de Admisión* fueron adoptadas por el II Congreso de la Internacional en julio 1920. Nuestra corriente propuso, entre otras cosas, que, en lugar de exigir simplemente a los viejos partidos adheridos a la nueva Internacional que modificasen su antiguo programa socialdemócrata, que elaborasen, «en conexión con las condiciones particulares de su país, un nuevo programa comunista acorde con las deliberaciones de la I.C.», imponiendo la elaboración de «un nuevo programa en el cual los principios de la I.C. estén fijados de manera no equívoca, y enteramente conforme a las resoluciones de los congresos internacionales (...siendo) excluida por este solo hecho la minoría que se declare contra este programa» (*Discurso del representante de la Izquierda comunista*, sesión del 29 julio 1920).

El Congreso rechazó esta medida radical, dejando la puerta abierta a todas las especulaciones sobre las «condiciones particulares» de tal o cual país, mientras la Iz-

quierda comunista demostró que la falta de severidad en las condiciones de admisión entrañaba el riesgo de permitir al oportunismo «salir por la puerta y volver a entrar por la ventana». La Izquierda lamentó en que no se hubieran definido de manera clara y precisa, desde su origen, las bases teóricas y programáticas del movimiento internacional, para deducir de ellas reglas tácticas definidas, precisas y «obligatorias». Su larga experiencia le permitía poner en evidencia los efectos disolventes de las prácticas electorales y parlamentarias sobre los partidos occidentales y propuso por lo tanto una táctica de abstención electoral, que no tenían nada en común con las posiciones anarquistas, sindicalistas y otras, en lugar de la táctica del «parlamentarismo revolucionario», que quería aplicar la mayoría de la III Internacional.

Propuso que las escisiones se hicieran lo más a la izquierda posible, no por lujo teórico, o por «odio de partido», sino por razones eminentemente prácticas o, si se quiere, por *odio* de clase. La Izquierda pidió, en definitiva, que la adhesión al Partido comunista de cada país (habría preferido la existencia de un Partido mundial, único por su programa, su doctrina y la definición anticipada de la táctica y su organización) fuera individual, nunca colectiva. A partir de este momento no dudó en insistir sobre el peligro de una degeneración de derecha.

Los bolcheviques prefirieron adoptar un método «elástico», más «fácil» (pero, ¿cual fue, fuera de la Izquierda comunista, la aportación del movimiento internacional a la defensa tan necesaria de la tradición bolchevique contra el centro de Moscú?), colocando sus esperanzas, con Lenin y Trotsky, en las llamas purificadoras de una revolución europea que se creía próxima y en la firmeza de una dirección internacional que tenía una larga tradición de intransigencia teórica y práctica, cayendo finalmente, con Lenin muerto y con Trotsky reducido al silencio, en la autoinmunización del «Partido guía», con respecto al veneno oportunista.

Se creyó (de buena fe, pero eso es otra historia) que se alcanzarían más rápido, por el camino más corto, resultados sustanciales difuminando las fronteras políticas que para los militantes, pero sobre todo para la gran masa de proletarios, debían de permanecer netas y definitivas. Esta fue la táctica del «frente único político», lanzado en el III, en el IV y en el V Congreso, y en los correspondiente Ejecutivos Ampliados, siendo nuestra corriente la única que les contestó. Fueron también las fusiones y la mezcolanza con fracciones de partidos centristas, o casi con partidos enteros. Fue necesario entonces dulcificar la consigna de la dictadura del proletariado diluyéndola en la equívoca reivindicación del «gobierno obrero», y del «gobierno obrero y campesino» después. Fue la consigna de «conquista de la mayoría de la clase obrera», que para Lenin significaba «conquista de la mayor influencia posible», pero que llegará a ser para los epígonos el ideal de la mayoría numérica y en todas las circunstancias, el criterio de la eficacia revolucionaria de los partidos.

No se comprendió, o no se quiso comprender, a pesar de la mejor tradición bolchevique, que si el Partido es un factor de la historia también es un producto de ella, y que la táctica que emplea no es indiferente, que, por el contrario, es una fuerza que reacciona sobre quien

la emplea y pone en movimiento fuerzas objetivas que, según la dirección que se la imprima, pueden obstruir el camino hacia la revolución en lugar de allanarlo. Se olvidó que una consigna, por el mero hecho de lanzarla, llega a ser un hecho objetivo que determina al mismo Partido, sean las que sean sus intenciones y que, por hábil que sea el aprendiz de brujo no podrá dominar los demonios que él mismo ha desencadenado.

La historia de la Internacional Comunista es la de una usura destructiva, que el «instrumento-táctico» y el «instrumento-organización», separados arbitrariamente de los principios, ejercen sobre aquellos que los emplean en tales condiciones. Los errores de organización, y después de táctica, trajeron finalmente consigo (¡e inexorablemente, y esto es lo que es necesario entender!) una revisión de los principios teóricos y programáticos: el oportunismo expulsado por la puerta pudo entrar por la ventana... en nombre de la «bolchevización» por decreto.

Cuando luchábamos con esos pasos en falso sucesivos no pretendimos jamás ofrecer a la Internacional la receta de una victoria infalible: se trataba solamente de prevenir la infección socialdemócrata, de proteger de ella al Partido, grande o pequeño, en los límites permitidos por la Historia, de ayudarlo a conservar su propia fisonomía intacta a través de las vicisitudes de la lucha de clases, es decir, su capacidad de orientar a las masas proletarias en una dirección determinada, y solamente en esta dirección; de cerrar la puerta automáticamente a los tráfugas del revisionismo, tanto a su ideología como a su práctica; de hacer de la Internacional, realmente y no sólo formalmente, el Partido mundial único de la revolución; y de permitirle salvaguardar en la derrota, de la cual nada ni nadie puede preservar, las condiciones de la reanudación, en lugar de perderlo todo.

Por el contrario, todo se perdió. En los años 1926 y 1927, la Oposición se encontró sola ante el enemigo que ella misma había contribuido a instalar inconscientemente en el seno del movimiento; se quedó prisionera de las fuerzas contra las cuales no había considerado útil levantar un muro efectivo; debió luchar, en el Partido, contra los peores agentes del conformismo reformista que no habrían debido poder entrar en él. La oposición no fue respaldada por un movimiento internacional capaz de dirigirse como un solo hombre contra el hecho de renegar de todos los principios, pues ya no se trataba de un solo hombre, que además ya no estaba.

Esto no disminuye en nada la grandeza de un Trotsky reivindicando enérgicamente el internacionalismo contra lo que él llamó «la doctrina Monroe» de la Internacional de Stalin y Bujarin, ni la grandeza de un Zinoviev que, en el VII Ejecutivo Ampliado cavó su tumba demostrando que el «socialismo en un solo país» era la negación de todo el marxismo y por lo tanto también del «leninismo». Pero esto no bastaba; era necesario renunciar a las tácticas y a los métodos de organización «elásticos», era ya muy tarde para hacerlo y no eran ellos quienes podrían hacerlo.

* * *

Para nosotros que, en el lúgubre túnel de una con-

trarrevolución de la cual no se puede hacer más que entrever el final, volvemos nuestras miradas hacia el pasado, con el único fin de volver a encontrar el camino del futuro, todo esto forma parte de las enseñanzas de Octubre. Los acontecimientos no pudieron desarrollarse de otra forma, pero el pasado ha forjado, bajo la forma de lecciones históricas, las únicas armas susceptibles, en los límites en que el factor «subjetivo», la acción del Partido, es determinante, de evitar a la clase que detenta las llaves del futuro el «repetir sus propios errores, sus propias oscilaciones, sus propias incertidumbres», abriéndole de nuevo la vía única de la revolución que los reveses y las derrotas pueden barrer temporalmente, pero que el proletariado debería limpiar de forma ineludible incluso si, como es el caso de hoy, es necesario partir de cero.

La contrarrevolución ha podido aplastar a Octubre, pero no ha podido ni podrá nunca impedir al capitalismo acumular las cargas explosivas de un resurgir revo-

lucionario más poderoso que nunca. El desarrollo histórico reduce las «particularidades nacionales» con las cuales el estalinismo construyó un andamiaje de cartón-piedra que no puede disimular la profunda unidad del mundo. En este mundo, la revolución proletaria, la única posible en la época contemporánea, está objetivamente a la orden del día de todos los países claves del sistema capitalista mundial. Es sobre esta base material, esta base de granito, sobre la que (armada tanto con las enseñanzas de la derrota como de la victoria de Octubre, fortalecido por la confirmación del marxismo por los acontecimientos de 1926 y las tesis tácticas y organizativas de la Izquierda comunista de una trágica derrota) el Partido revolucionario de clase podrá renacer a escala mundial.

(Publicado por primera vez en francés sobre *Programme Communiste* n° 40-41-42, Octubre de 1967-Junio de 1968)

Nueva edición en castellano:

Cuarenta años de valoración orgánica de los eventos de Rusia en el dramático desarrollo social e histórico internacional

(Textos del partido N° 3, Octubre de 2017, A5, 24 páginas)

Precio: Europa: 2 €. América del Norte: US \$ 2. América Latina: US \$ 1

Presentamos aquí la última edición en castellano, la traducción del texto Cuarenta años de valoración orgánica de los eventos de Rusia en el dramático desarrollo social e histórico internacional, fue publicado en el entonces periódico del partido «*el programa comunista*» n° 21 de 1957. De la victoria del Octubre rojo habían pasado cuarenta años y los partidos estalinistas conmemoraban la victoria del proletariado revolucionario en Rusia como el inicio de la absolutamente falsa construcción del socialismo en un solo país, jactándose de una inexistente continuidad del partido bolchevique en Rusia, en el poder en los primeros años de la victoria

revolucionaria bajo la guía de Lenin, y en los años sucesivos, particularmente desde 1926 en adelante, bajo la guía de Stalin. El intento del partido no era el de «conmemorar a nuestra manera» la revolución de Octubre, sino el de remachar los puntos esenciales de nuestra valoración de los eventos de Rusia desde el punto de vista marxista y revolucionario, utilizando la ocasión en la cual la atención de los proletarios era capturada por los himnos a la Rusia falsamente socialista. Este centenario que ahora cumplimos ha dado ocasión para esta traducción tan necesaria como el consiguiente balance al que responde y que sintetiza.

SUMARIO

- Premisa
- Estructura económica y social de la Rusia de hoy (1955-1957)
- Cuarenta años de una valoración orgánica de los eventos de Rusia en el dramático desarrollo social e histórico internacional (Publicado en el programa comunista, n. 21 de 1957)

el proletario

partido comunista internacional (el programa comunista)

Cuarenta años de valoración orgánica de los eventos de Rusia en el dramático desarrollo social e histórico internacional

Octubre de 2017

3

1936-1939

La Guerra de España

En la Reunión General del 17 y 18 de diciembre de 2016, con los compañeros de las secciones de Italia, Francia, Suiza y España presentes, se afrontó el tema de la Guerra civil de España, tema este sobre el cual el partido trata de desarrollar un estudio en profundidad y vinculado a aquello ya escrito en trabajos precedentes.

Quien sigue la actividad de nuestro partido desde hace años sabe que muchos compañeros de la corriente de izquierda del Partido Comunista de Italia, bajo la presión del estalinismo y la represión del fascismo, fueron obligados al exilio en otros países, en particular en Francia y en Bélgica, y que en 1928, en París, fundaron la Fracción de izquierda del PCdI en el exterior. Continuaron desarrollando una actividad política como «Fracción» defendiendo el marxismo restaurado por Lenin y el auténtico poder proletario revolucionario instaurado en Octubre de 1917, contra todo ataque oportunista y, sobre todo, contra la distorsión teórica, programática, política, táctica y organizativa llevada a cabo por el estalinismo tanto en el Partido Bolchevique como en la Internacional Comunista. La brújula que aquellos compañeros de la corriente de la izquierda comunista siguieron fue dada por las tesis del Partido Comunista de Italia desde su fundación hasta las tesis de izquierda de Lyon de 1926 y por las tesis de la IC de los 2 primeros congresos. Esto no quita que, frente a la derrota general de la revolución proletaria en Europa, frente a la derrota del comunismo revolucionario en Rusia y en la Internacional, en la pequeña formación de comunistas de izquierda que se organizó en la Fracción en el exterior emergiesen posiciones enfrentadas que se revelaron también frente a la **Guerra de España**; tanto que hubo algunos compañeros de la Fracción que partieron a España para combatir contra Franco en las filas de las brigadas antifascistas.

En efecto, son muchos los artículos que se ocuparon, en la época de la Guerra de España, del franquismo, de la intervención de las potencias imperialistas y de qué representaba a nivel mundial esta guerra. Estos artículos se pueden encontrar en las dos publicaciones de la Fracción en el exterior (*Bilan* y *Prometeo*). Otro trabajo, desarrollado por el compañero Vercesi, titulado *La táctica de la Comintern 1926-1940*, y publicado por entregas en la revista *Prometeo* de la postguerra, de 1946 a 1947, se ocupó de la «cuestión española», en particular en el capítulo 6 –*La guerra de España, preludeo a la segunda guerra imperialista mundial (1936-1940)*. El partido volverá a ocuparse de este tema tratando la cuestión del Frente Popular que caracterizó la política de los partidos estalinizados, en particular en Francia y en España. En 1964-65 apareció un

trabajo en *Le Prolétaire*, después traducido en *Programma Comunista (Ce que fut en réalité le Front Populaire, «Le Proletaire»*, 1964/65 n°s 13, 14, 16, 18, 19, 20; *Che cosa fu in realtà il Fronte Popolare, «Il Programma Comunista»* 1965, n°s 10, 11, 12, 13, 14; *¿Qué fue en realidad el Frente Popular? «El Programa Comunista»* 1973, n°s 9 y 10). Como confirmación de la complejidad del análisis de la «guerra de España» de 1936-39, evidenciada por el informe realizado en la última RG, -verdadero y primer semi-semi-trabajo- vale la pena traer, de este, el párrafo del capítulo *El verdadero significado de la guerra de España*.

«En la formulación de Lenin, guerra entre Estados modernos significa **guerra imperialista** de competencia directa contra *todos los proletarios* y guerra civil es guerra de clase del proletariado internacional *contra todas las burguesías*. La complejidad de la guerra de España deriva del hecho de que esta participa de los dos aspectos. Guerra civil porque el proletariado interviene violentamente quebrando las instituciones del Estado burgués. Pero también guerra capitalista porque este asalto revolucionario fue desviado hacia una lucha conducida bajo la bandera ideológica de la futura guerra imperialista y según las reglas de disciplina social necesarias para estabilizar y reforzar la autoridad del Estado burgués.

«Precisamente porque en España la revolución fue inmediatamente batida por la contrarrevolución, precisamente porque dos gobiernos igualmente burgueses – el republicano y el franquista – aspiraban a la dirección del *mismo* Estado de clase, precisamente porque el proletariado español fue engañado respecto a la naturaleza de su propia lucha y, en base a este *precedente*, se pudo convencer a todos los proletarios del mundo de que, en el interior del mismo modo de producción, de los Estados explotadores y opresores pudiesen batirse por la «Liberdad» contra quienes se la negaban.

«En la base de cualquier lucha armada hay un conflicto de intereses materiales. Los de la reacción fascista de Franco eran evidentes: los de los obreros que respondieron con la insurrección no eran ciertamente más misteriosos. El conflicto *inicial* era un conflicto entre capitalismo y proletariado. Sólo desviando la insurrección obrera de sus objetivos primitivos, se podía transformar este con-

flicto en un conflicto entre «el ideal democrático» y la «barbarie fascista».

«La respuesta obrera a la ofensiva franquista irrumpe en un momento en el cual la guerra internacional, única solución capitalista a la crisis capitalista, está a dos pasos. Las principales condiciones para su estallido ya estaban reunidas, desde el momento en que la única clase que podía obstaculizarla, el proletariado, estaba batida y su partido internacional convertido en un simple apéndice de los intereses nacionales rusos, se acepta esta eventualidad. La insurrección, que estalla en Barcelona con la noticia del alzamiento de Franco, parece invertir la situación: la burguesía tiene razón en temer que, siguiendo el ejemplo de los obreros españoles, los proletarios de Europa reanuden y reconstituyan su frente de clase. Por lo tanto es para ella una necesidad vital el que, a toda costa, la lucha armada contra Franco *cese de ser una revolución*. En el «embrollo» español, los intereses inmediatos de las grandes potencias se contradicen, pero el interés del *capitalismo en general* está bien claro: encuadrar a los insurgentes de Barcelona en un ejército regular a las órdenes de un gobierno *burgués*.

«Para lograr este resultado es necesaria una ideología que no sea una ideología revolucionaria; son necesarios los partidos obreros que no combaten, o que no *combatan más*, al capitalismo. Esta ideología es el **antifascismo**, estos partidos son los partidos de las dos Internacionales degeneradas: el *frente popular* será su razón social. Y, precisamente porque el peligro para el capitalismo es grande, porque la clase obrera española es resuelta y heroica, la maniobra es despiadada, la lucha es terrible en todos los frentes: en el frente militar, donde los mercenarios de

Franco, con un armamento ultra-moderno, exterminan sin cuartel a los milicianos armados con viejos fusiles, llegando hasta la masacre de los prisioneros; y en el plano político, en el cual «las fuerzas del orden» del campo republicano no se paran ante el asesinato para eliminar a los dirigentes revolucionarios.

«La guerra de España alcanzó puntos de violencia y de horror que fueron memorables. Esto porque el *modo* revolucionario con el cual los proletarios españoles respondieron al fascismo era intolerable para los demócratas burgueses y para sus adversarios; en una situación bien precisa, en la que la consigna dejaba de ser un eslogan electoral para convertirse en una lucha armada conducida por la parte más combativa de la clase obrera con sus medios de clase, los antifascistas, con los estalinistas a la cabeza, no podían sino sabotear *esta* acción y *estos* medios. Lo hicieron restituyendo a los propietarios de la tierra y a los capitalistas lo que la insurrección les había confiscado, restaurando el Estado republicano, proclamando la voluntad del gobierno de restablecer «el respeto del orden y la propiedad».

«Si Franco triunfó, se lo debió en buena parte a la eficacia de esta obra de derrumbe de la obra revolucionaria: esta privó a los obreros en lucha de la fuerza contra la que los tanques, los aviones y los mercenarios más sanguinarios son impotentes: la convicción revolucionaria, la voluntad dictatorial de los proletarios armados» (de «*il programa comunista*» n° 13/1965)

Damos paso ahora al informe de la pasada RG en el cual están sintetizados los puntos más importantes y que forman otros tantos argumentos a profundizar y desarrollar.

PREMISA

Presentamos con este trabajo una primera síntesis acerca de la posición del partido frente a los acontecimientos de España durante el periodo 1.931-1.939, que se corresponde con la fase de la IIª República y la Guerra Civil. Si bien es cierto que hasta este momento el partido no contaba con ningún trabajo que tratase explícitamente acerca de la guerra y del ascenso de la lucha de clases en España durante el periodo previo, también lo es que la Izquierda ya había plasmado sus posiciones al respecto durante los propios acontecimientos a través de los artículos publicados en *Bilan y Prometeo*. Además, posteriormente, el trabajo de balance realizado por el partido acerca del periodo contra revolucionario abierto con la derrota de Revolución bolchevique en Rusia y con la destrucción de la vanguardia del marxismo revolucionario en todo el mundo a manos de la reacción estalinista, ha tratado tangencialmente el tema de España al referirse a algunos aspectos del desarrollo internacional de los acontecimientos y mediante la crítica de los postulados estalinistas. Nos referimos concretamente a la política del Frente Popular lanzada en 1.935, pero también al trabajo realizado acerca del fascismo y la democracia, del significado de las democracias posteriores a la IIª Guerra Mundial, etc. Es incorrecta la afirmación que propone que la ausencia de un partido marxista en España durante la época estudiada

haya dado lugar a una ausencia absoluta de posicionamientos marxistas sobre ella. Desde el *Manifiesto* la crítica marxista tiene una base internacional y no es necesario encontrarse en el centro de los acontecimientos para colocarse en su perspectiva. Quienes piensan esto, y por lo tanto sólo dan validez a los posicionamientos mantenidos por los protagonistas directos, ignoran la relación dialéctica que media entre el momento de la *crítica de las armas* y el de las *armas de la crítica*. Quieren hacer de la teoría y de la práctica marxista una especie de balance de situación anual en el que se mantenga la ficción de que a tanta teoría debe corresponderse tanta práctica. Sucede que, para ellos y su balance, la práctica que desempeñan siempre acaba pesando en el debe.

El trabajo que sigue no consiste en una toma de posición original sobre la Guerra Civil. No hay una investigación novedosa ni ningún descubrimiento de última hora. Según los académicos, la Guerra de España es el tema histórico sobre el que más artículos y libros se han escrito. Algunos son de muy buena calidad y, sin constituir una visión marxista sobre la cuestión, son capaces de aclarar los puntos más oscuros de la materia en la medida en que para ello se refieren a la lucha entre las clases como eje central de los acontecimientos. Remiti-

mos a estos estudios para una visión historiográfica del tema; mientras, nuestro esfuerzo en este texto es el de recabar, ordenar y exponer correctamente los datos históricos más relevantes para poder mostrar las tesis centrales que la Izquierda ha mantenido sobre los diversos problemas tratados. A estas, que ya hemos señalado sucintamente más arriba, añadimos nosotros la tesis central que consideramos demostrada: **el desarrollo de la lucha de clase del proletariado está en el origen de las convulsiones sociales que dan lugar a la Guerra Civil. A la vez, su inmadurez política lo está en el de la derrota sufrida, cuyo epicentro señalamos no en 1.937 sino en 1.934, siendo los años posteriores una prolongación del proceso de desarme político y organizativo que ha-**

bía comenzado tras el octubre asturiano.

En próximas ocasiones podremos ir desarrollando en profundidad cada uno de los temas centrales que aquí son tratados de manera relativamente superficial, significándolos únicamente para explicar su valor respecto a un propósito final. Si hasta ahora el partido no ha tenido la ocasión, que necesariamente requiere presencia constante y regular en la región española, de hacerse cargo del trabajo sobre la Guerra Civil esto no ha significado una merma en la claridad de sus posiciones generales, pero desarrollar este trabajo como inicio de un estudio sistemático sobre la historia del proletariado español debe servir para reforzar esa constancia y esa regularidad que habían faltado.

TESIS

CONTRA TESIS N° 1.

La Guerra Civil fue una «guerra española».

Esta tesis defiende que tanto las causas como el desarrollo de la Guerra Civil responden exclusivamente, o en su mayor parte, a causas internas españolas y que sus consecuencias también se reducen al ámbito nacional. Tesis defendida por todas las corrientes que participaron en alguna instancia gubernativa.

TESIS N° 1.

La Guerra Civil fue una guerra imperialista, que se desarrolló dentro de las fronteras nacionales involucrando a fuerzas sociales españolas.

El hecho de que esto fuese así no quita para que la caracterización de la guerra fuese imperialista, es decir, una guerra que enfrenta a burguesías que ya han abandonado su fase progresiva en la historia y que utilizan al proletariado de acuerdo a unos fines que, en ninguno de los dos bandos, pueden servir a este para desarrollarse favorablemente en un sentido histórico: con la victoria de ninguno de ellos podía librarse el proletariado de trabas a su desarrollo ni a la clarificación de la necesidad de una lucha revolucionaria anti burguesa definitiva.

España no ha carecido de guerras nacionales revolucionarias. Estas fueron:

a) La llamada Guerra de Independencia contra los ejércitos napoleónicos, en las que las fuerzas coaligadas de las clases subalternas dirigieron la lucha tanto hacia la independencia nacional como hacia el cambio revolucionario de las bases del Antiguo Régimen.

b) Las guerras carlistas de la década de los '30 y los '70 del siglo XIX, que enfrentaron a la burguesía urbana, la parte liberal del ejército, el campesinado (a excepción de la zona navarra) y el naciente proletariado, contra la reacción absolutista de la nobleza. La cuestión dinástica Isabel-Carlos escondía detrás de ella la lucha entre un partido burgués progresista partidario de la parcelación de las tierras comunales, el fin de los privilegios forales y el asentamiento en el país de una monarquía constitucional, y las fuerzas feudales apoyadas por parte del campesinado acomodado que se beneficiaba de la persistencia

de las tierras comunes. Su derrota a manos del bando isabelino sella definitivamente el paso del sistema feudal al dominio de la conjunción de la oligarquía terrateniente con la burguesía industrial y financiera.

c) La guerra cantonalista de 1.874, que fue el último alzamiento de una pequeña burguesía revolucionaria excluida del gobierno del país y sin posibilidades de progreso. Íntimamente ligada al antiguo esplendor del comercio marítimo y agrario del sureste y este del país, esta clase arrastró consigo a buena parte del artesanado en declive y de las fuerzas obreras encuadradas en el partido anarquista de la Internacional.

Finalizado en 1.876 el periodo de las revoluciones nacionales, el momento pasa a ser o bien el de la guerra civil revolucionaria que enfrenta a proletarios y burgueses esencialmente o el de la guerra imperialista, nacional e internacional. Bastaría para colocar a la Guerra Civil en este último apartado el hecho de que el conflicto de 1.936-1.939 no se tratara de una guerra revolucionaria, pero para excluir los argumentos que afirman que una guerra imperialista sólo es la que enfrenta a dos naciones capitalistas rivales, una breve explicación de las fuerzas en liza:

- Portugal: interesado en tener un gobierno amigo tras la frontera, apoya los movimientos de tropas decisivos para los nacionales en las primeras semanas de guerra.

- Italia: interesada en impedir el paso francés hacia las colonias africanas y en mantener posiciones en el Mediterráneo (Baleares) apoya al bando nacional, que le da garantías en ambos sentidos.

- Alemania: interesada en debilitar a Francia, impedir que la URSS gane apoyos en Europa Occidental y en limitar el radio de influencia británica, apoya al bando nacional que, además, le garantiza libertad para explotar los yacimientos minerales de la península.

- Gran Bretaña: principal inversor extranjero en España y partidario de una política de enfriamiento de las hostilidades con Alemania, apoya con su «silencio estruendoso» y con facilidades financieras al bando nacional, en el que ve un poderoso aliado contra la influencia soviética.

- Francia: interesada en mantener un gobierno amigo al Sur de los Pirineos y junto a sus colonias en África pero contrario a un enfrentamiento con Alemania y preocupado por la influencia de los acontecimientos en el bando

republicano, simplemente no dificulta las tareas de la diplomacia del gobierno de Madrid.

- URSS: interesada en una política de acercamiento a las potencias francesa e inglesa y en la contención de las exigencias alemanas, interviene extra oficialmente mediante las Brigadas Internacionales que, salvando Madrid de una segura caída en manos de Franco, hacen que la guerra se prolongue dos años y medio más.

Las tres primeras potencias (Portugal, Alemania e Italia) apoyan abiertamente a Franco con armas y hombres que serán decisivos para su victoria en una guerra prolongada para la cual el bando nacional no estaba preparado.

El resto expresa sus intereses dentro del Pacto de no Intervención, que tenía como objetivo mantener la estabilidad internacional.

El desarrollo de las operaciones militares a lo largo de los casi tres años de guerra tuvo que ver más con los intereses de las potencias imperialistas que operaban sobre el terreno español que con las necesidades de la propia victoria militar.

Ya hemos dicho que no es el carácter internacional sino interburgués lo que caracteriza como imperialista a la Guerra Civil, pero no está demás señalar que incluso en los años siguientes a esta, con el estallido de la II Guerra Mundial, los lineamientos básicos se mantendrán fruto de los pactos de Yalta, Teherán y Postdam: la URSS apoya tíbiamente al bloque militar antifascista y Gran Bretaña, gran beneficiado, mantiene junto con Estados Unidos las principales relaciones comerciales con España.

CONTRA TESIS 2.

La Guerra Civil fue un enfrentamiento entre fascismo y antifascismo.

Esta tesis, compartida por absolutamente todas las corrientes políticas con una presencia significativa en España, es el reverso de la anterior: complementa el carácter internacional que resulta obvio por la presencia de tropas extranjeras en España pero que no cabe en el discurso nacionalista de la guerra exclusivamente española.

TESIS 2.

En España no se dio un movimiento fascista de relevancia y el antifascismo sólo fue la cobertura ideológica para la lucha imperialista y la represión proletaria de la burguesía republicana.

De acuerdo a las posiciones del marxismo, el fascismo se caracteriza por ser:

a) La reacción de la burguesía contra la lucha revolucionaria del proletariado. En este sentido, el fascismo es la concentración máxima de las fuerzas burguesas, salvando las diferencias políticas de las distintas facciones que en ellas compiten entre sí, para actuar como un partido único de la contrarrevolución encaminado a destruir la vanguardia comunista del proletariado y a integrar la red asociativa sobre el terreno económico de este en el aparato del Estado.

b) La limitación, sobre el terreno económico, de las fuerzas centrífugas que operan entre la burguesía como consecuencia de la competencia entre capitalistas que crea

la anarquía del sistema económico basado en la «libertad de empresa». De esta manera, el fascismo, frente a la crisis capitalista, que es crisis de superproducción que afecta a las ganancias de la burguesía, centraliza el capital en unidades mayores que la simple empresa poniendo límites a la libre competencia aumentando así la tasa de ganancia general en la economía nacional, que se beneficia también de la supresión de los conflictos políticos y económicos generados por un proletariado colocado sobre el terreno de la lucha de clase revolucionaria.

Vistas ambas características esenciales, resulta evidente que en España no hubo fascismo ni como movimiento político anti republicano ni como sistema institucional resultante de la victoria de Franco en la guerra (aunque algunos sectores de la derecha procurasen imitar la propaganda fascista y su estética, como los seguidores de Gil Robles, y existiesen grupos de abierta inspiración fascista como la Falange)

- Respecto al primer punto, en España no existió un proletariado revolucionario a la ofensiva que obligase a la clase burguesa a centralizar sus fuerzas en torno a un partido único, que emplease por lo tanto los mismos métodos que se derivan de la doctrina marxista, para vencer. Es una diferencia esencial con el caso italiano e incluso con el alemán, donde un partido marxista, débil en el terreno teórico y táctico pero en cualquier caso capaz de ser reconducido sobre la vía correcta, sí que representaba una amenaza para la burguesía nacional.

En España existió un vasto movimiento sindical, con una fuerza creciente desde 1.930, que en el campo y la ciudad actuaba como consecuencia de las convulsiones económicas que arrojaban a los proletarios a la miseria. Este movimiento sindical estaba fuertemente influenciado por partidos obreros oportunistas (PSOE y POUM principalmente) y por partidos abiertamente burgueses (Esquerra Republicana de Catalunya). En última instancia esta influencia era decisiva para que el proletariado no se plantease la cuestión del poder, eje central de la lucha revolucionaria cualesquiera que sean el país y las circunstancias. La burguesía no se bate contra la revolución obrera sino contra el caos que le implica un movimiento sindical tan fuerte, que no deja de generar problemas en forma de huelgas y conatos insurreccionales a lo largo de los 5 años de Estado republicano. Pero es esencial entender que la lucha de la burguesía contra este proletariado no se da exclusivamente en el bando de Franco. El gobierno republicano, que tenía una nutrida historia de enfrentamientos con el proletariado, toma la iniciativa represiva en dos aspectos. El primero de ellos, la integración de los organismos sindicales en el Estado, vía cooptación de CNT y UGT para el gobierno de Madrid y Barcelona y la instauración de la afiliación sindical obligatoria para todos los trabajadores. El segundo, la aniquilación de los proletarios que se resisten a las imposiciones de ambos gobiernos, nacional y local. Y esta política represiva fue llevada a cabo por gobiernos dirigidos por el PSOE y el PCE con la colaboración local del POUM en Cataluña.

En el bando franquista, la represión, más directa en la medida en que no tuvo que lidiar con una huelga armada de los proletarios tras la sublevación, se realizó sobre el terreno político con el exterminio físico de los militantes políticos y sindicales y, sobre el terreno económico, con la creación de un sindicato vertical al que fueron llamados

los elementos considerados «sanos» de la UGT y la CNT. Si en este último empeño los sublevados no tuvieron éxito en un primer momento, hay que señalar que una generación de proletarios después será el mismo PCE (y parte de la CNT) quienes se integren de manera voluntaria en la organización sindical del Estado.

Respecto al segundo punto, la centralización económica característica del fascismo se realiza sobre la base de una determinada cantidad de capital invertido en la economía nacional. Este capital mínimo necesario no existía en España. No se da un fenómeno de concentración análogo al italiano o al alemán sino que la economía continúa, en el bando nacional, en manos de capitalistas aislados, que cuentan con los favores del gobierno pero que ni siquiera responden a un plan. Existió, es cierto, un intento de dirigir la economía del bando nacional por medio del Estado y, en la medida en que el esfuerzo bélico así lo exigía, este intento tuvo éxito. Además hubo fenómenos característicos del fascismo como el partido único o el sindicato vertical. Pero procesos de cartelización o trustificación similares a los vistos en Europa no tuvieron lugar. 20 años después de la guerra, con el inicio del desarrollo económico del país vía inversión de capitales extranjeros, España adoptará, como el resto de imperia- lismos europeos y americanos, una política de fuerte intervención estatal en la economía, pero este fenómeno no tiene vínculo con una excepcionalidad fascista en suelo español, sino con la corriente del capitalismo ultra desarrollado moderno. Las tendencias aparecidas durante la guerra para dirigir centralmente la economía, vinculadas como decimos al esfuerzo bélico, acabaron con esta y el inicio del largo periodo conocido como «autarquía» en el que España quedó fuera de los circuitos comerciales internacionales.

Por su parte, el gobierno republicano, con los decretos de nacionalización operó en el mismo sentido que el bando nacional haciéndose con las principales industrias susceptibles de ser utilizadas para la producción bélica. Así, la tradicional estructura de pequeñas empresas catalanas, cayó bajo un plan único encaminado a producir más y más rápido que el enemigo. De esta manera, si a la economía del bando nacional se la puede calificar como fascista, con el mismo motivo habría que hacerlo para la del bando republicano.

CONTRA TESIS 3.

La Guerra Civil fue el preludio de la II Guerra Mundial.

Esta tesis, que responde al mismo criterio de interpretación de los hechos que la anterior y que es dada por cierta igualmente por todas las corrientes políticas con presencia relevante en España, asimila la II Guerra Mundial a un enfrentamiento entre democracia y fascismo. Partiendo de la caracterización dada a la guerra de España y que hemos explicado en la **tesis 1**, llega a la conclusión de que esta fue el prólogo al gran enfrentamiento de 1.939-1.945.

TESIS 3.

El conflicto imperialista en España obedece a las tensiones de las grandes potencias de acuerdo a cómo estas se configuraban en

1.936 y no al esquema definitivo de 1.939.

Pocas palabras para explicar esta posición:

- 1.936: Gran Bretaña y Alemania no buscan aún la guerra. Francia sigue a Gran Bretaña y tampoco la quiere todavía.

La URSS, en otro giro de su política exterior, busca acercarse a las potencias europeas contra Alemania. Estados Unidos no se manifiesta claramente.

- 1.938: Pacto de Múnich, concesiones en Checoslovaquia a Alemania por parte de Francia y Gran Bretaña. Rusia aislada.

- 1.939 (Agosto): Pacto germano soviético, Alemania aliada de la URSS, reparto de Polonia entre ambas.

- 1.939 (Septiembre): Comienza la II Guerra Mundial con la invasión de Polonia. Pasarían casi dos años hasta que la URSS y Alemania rompiesen relaciones.

Resulta claro que la alianza Italia-Alemania contra Rusia y Francia de 1.936 en España no será definitiva y extensible al resto de Europa, cambiándose al menos dos veces de combinaciones antes de que comenzase la II Guerra Mundial. La historiografía posterior, especialmente la estalinista que ha querido ocultar el apoyo a la Alemania nazi y con él la política de conciliación con el fascismo que defendieron los partidos del nacional comunismo, presenta la Guerra Civil española como un tránsito hacia la II Guerra Mundial de acuerdo al espíritu que ha sido explicado ya en las **tesis 2 y 3**.

CONTRA TESIS 4.

La Guerra Civil fue un enfrentamiento entre feudalismo y capitalismo.

Se trata de una tesis defendida esencialmente por el PCE y seguida por el POUM. De acuerdo con ella el bando nacional, y dentro de este especialmente los terratenientes del Sur y Oeste del país, respondería a una respuesta de los estamentos feudales del país que se oponían a la revolución democrático-burguesa en curso cuya cristalización política de mayor importancia era la República.

TESIS 4.

El golpe de Estado de 1.936 es una reacción de la burguesía y no de los estamentos feudales.

Es necesario señalar aquí esta tesis en la medida en que su opuesta es habitualmente utilizada para definir a la República y a toda la labor del gobierno republicano durante la guerra como factores de progreso para el proletariado, que bajo su paraguas debería haber combatido únicamente al feudalismo. Por supuesto es una tesis que se fundamenta en la identificación de fascismo con feudalismo, es decir, en la definición del fascismo como una reacción esencialmente agraria y de la oligarquía terrateniente en vez de un movimiento de la clase burguesa apoyado esencialmente por los industriales (no en vano es Togliatti quien defiende por primera vez esta tesis en un artículo de 1.929)

En lo esencial, en la identificación fascismo-reacción feudal, los trabajos del partido al respecto son lo suficientemente clarificadores como para no tener que repetir aquí

la tesis central de la izquierda al respecto. Por otro lado, hemos expuesto más arriba cuál es la realidad del fascismo español. Por ello dejamos para las próximas tesis relativas a la historia de España el clarificar esta cuestión acerca del supuesto régimen feudal que habría reinado en 1.936 en el campo español.

CONTRA TESIS 5.

España es, en 1.936, un país feudal.

De acuerdo con esta tesis, la pervivencia de la monarquía, el escaso poder del parlamento, la cuestión de las nacionalidades catalana y vasca y el poder de los terratenientes serían, en el terreno político, características de un país no burgués, que tenía su contrapartida económica en el predominio agrario del latifundio, la escasa industrialización del país y la inexistencia de una amplia clase media. Tesis defendida por el PSOE, el PCE y la CNT.

TESIS 5.

España es, en 1.936, un país capitalista.

El siglo XIX es en España, como en el resto de Europa, el periodo durante el cual el modo de producción feudal deja de ser predominante. En *El Capital* se expone el modelo inglés de tránsito entre feudalismo y capitalismo. En él se resume perfectamente la tendencia general a la conversión de la propiedad feudal en propiedad capitalista, a la expropiación del campesinado, a la aparición del proletariado en el campo y la ciudad y al surgimiento así de la gran industria capitalista. Este modelo no se repite exactamente en todos los países, sino que se da con variaciones debidas tanto a la propia historia del país como al hecho de que el tránsito entre el modo de producción feudal y el modo de producción capitalista no es simultáneo para todas las áreas históricas y ni siquiera para las diferentes regiones dentro de cada una de ellas. Pero el contenido de este tránsito sí que es idéntico: liberación de la mano de obra sometida a la servidumbre feudal, aparición del capital como acumulación de los medios de producción en manos de la moderna burguesía y control del poder político nacional por esta.

De esta manera, la guerra entre Austria y Alemania de 1.866 y la guerra Franco-Prusiana de 1.870 fijan las bases para el triunfo definitivo de la burguesía en Alemania, que no se daría plenamente hasta años después y bajo formas que aún reflejan hoy la transacción llevada a cabo con la aristocracia feudal. En nada se parece este triunfo de la burguesía al modelo revolucionario clásico de Gran Bretaña o al de Francia. Pero el contenido es finalmente el mismo para ambos casos.

En España el modelo es menos puro aún: la existencia de una amplia base de economía monetaria ya en el siglo XIII; el surgimiento de una proto burguesía asociada a ella; el posterior dominio colonial del que se extraen materias primas y que recibe las inversiones de capital; la salida de España del circuito mercantil europeo a partir del siglo XVII y el consiguiente anquilosamiento del desarrollo económico del país, son características del país, señaladas por Marx en sus artículos sobre España, que determinan un tardío surgimiento de la clase burguesa, difícilmente definible hasta mediados del siglo XIX.

Esta clase burguesa, que no tiene una base industrial

excepto en la región catalana, es débil y con intereses poco claros en lo que se refiere a las exigencias políticas inmediatas para el país, hasta el punto de que en gran medida, para ver su programa histórico defendido contra la aristocracia del Antiguo Régimen, es necesario fijarse en el desarrollo de las luchas intestinas en el Ejército, institución donde ingresan los hijos de los sectores burgueses y pequeño burgueses más dinámicos y que libra las batallas más importantes en torno a los temas cruciales.

La revolución burguesa no tiene lugar en España: donde es más correcto hablar del progresivo afianzamiento de una burguesía sostenida sobre la apropiación de las tierras comunales, el desarrollo del comercio con las colonias americanas y un escaso crecimiento industrial. Esta burguesía compartirá intereses económicos inmediatos con la oligarquía terrateniente y, lentamente, ambas pasarán a hacerse cargo del Estado, que adopta esa forma híbrida entre autocracia y régimen constitucional que de hecho nunca ha abandonado.

La modernización capitalista del país no es, por lo tanto, un cambio brusco que altere sistemáticamente las condiciones de existencia previas al siglo XIX, sino que se trata de un lento avance que sólo toca a su fin en los años '60 del siglo XX.

Pero se debe tener en cuenta tres puntos:

a) La estructura de la explotación agrícola en España es capitalista en el siglo XIX. La gran explotación latifundista y los sistemas de pequeña explotación campesina están, desde antes incluso de la Guerra de la Independencia en algunos lugares, constituidos por amplias masas de campesinos libres y sin tierras propias que son contratados por los terratenientes. Esta es la característica esencial del campo capitalista y determina a la clase poseedora de las propiedades agrícolas como inserta en el sistema de relaciones capitalista, bien que su origen feudal no haya desaparecido de su fisonomía. Los problemas derivados de la subexplotación de la tierra fueron un añadido a la explotación de tipo capitalista que sufría la clase obrera agrícola en España, pero no lo esencial.

b) La unidad nacional está plenamente realizada en España en el siglo XIX. La liquidación de los privilegios forales de País Vasco y Navarra, sumados a la liquidación de los mismos en Cataluña que se produjo en el siglo XVIII, fue la base de la homogeneización nacional y de la creación de un Estado unitario que existe desde la Restauración Alfonsina de 1.874. La escasa vertebración nacional, consecuencia de factores naturales y del escaso desarrollo económico del país, no implica que perviviese un sistema de privilegios locales, fronteras internas y diferencias nacionales que hubiera hecho imposible el desarrollo del capitalismo nacional.

c) La pervivencia de un sistema institucional cuajado de vestigios nobiliarios no significa que el Estado no sea burgués. Monarquía, aristocracia, etc. son fórmulas legales que continúan existiendo como consecuencia de la *transacción* entre burguesía y nobleza. Impiden el desarrollo pleno de la burguesía pero no limitan la parte esencial de este. Se puede hablar de una *burguesización* de la nobleza, que por otra parte estaba sustentada por la renta agraria de origen no feudal, inverso al proceso de *aristocratización* de la burguesía que se dio a lo largo del siglo XVII.

Por contenido económico, por fórmulas jurídicas relativas a la propiedad y, en pocas palabras, por dominio social de la burguesía, el capitalismo está instaurado en España en el momento en que llega la II República. Las trabas feudales a este capitalismo eran prácticamente inexistentes y el escaso desarrollo económico del país no puede serles atribuido ya que se debe a la propia historia del capital español.

CONTRA TESIS 6.

España es, en 1.936, un país semifeudal.

Tesis derivada de la anterior. Defendida por POUM y trotskistas, ha tenido gran fuerza en la medida en que es la base para la aplicación de la lucha por las consignas democráticas que proponía Trotsky a lo largo de todas sus indicaciones a la Izquierda Comunista de España primero y al grupo Bolchevique-Leninista después.

TESIS 6.

España es, en 1.936, un país capitalista.

Realmente la tesis 6 no es una tesis propiamente dicha, sino que sirve de apoyo y auxilio a la defensa de las consignas democráticas, base de las posiciones trotskistas y poumistas: esta defensa consistió para el POUM en una política de seguidismo gubernamental y para los trotskistas en una política de seguidismo del POUM. Por lo tanto la tesis sobre la semifeudalidad de España tiene las mismas implicaciones políticas y tácticas que la tesis de la feudalidad.

CONTRA TESIS 7.

La II República tiene como programa la realización de la revolución democrático burguesa en España.

De acuerdo a esta tesis las fuerzas burguesas encuentran en la crisis de la monarquía que se abre con la caída del dictador Primo de Rivera, un impulso que logra definitivamente unir las para realizar su revolución pendiente. Esta revolución tomará como forma institucional la republicana en la medida en que la monarquía era la principal valedora del poder feudal.

Tesis defendida por todas las corrientes políticas a excepción de los anarquistas, en cuyo esquema histórico el paso del feudalismo al capitalismo no es condición necesaria para la revolución proletaria.

TESIS 7.

La II República fue una maniobra de la clase burguesa española para frenar el auge de la lucha de clase del proletariado.

Sin necesidad de interpretaciones históricas de gran calado puede confirmarse esta tesis que aparece ya en los artículos de la Izquierda Comunista de Italia (*Bilan*) desde el primer momento: contamos hoy con el testimonio ya no sólo de los hechos sino de los mismos protagonistas de aquellos, que han aclarado que la proclamación de la república fue una operación de cámara realizada por los principales representantes de la burguesía. Así, Maura por los terratenientes olivares, Romanones por los terrate-

nientes cerealistas, Cambó por los industriales catalanes y Lleroux por las clases medias urbanas, organizaron la salida del monarca Alfonso XIII con el pretexto de una victoria electoral de los republicanos (en las circunscripciones urbanas) en abril de 1.931.

La realidad, más allá de los mitos que pretenden encontrar siempre al genial individuo (estadista, aventurero, militar o lo que sea) detrás de los sucesos históricos, es que desde 1.929 la burguesía no podía gobernar España como lo había hecho hasta el momento. El recurso a la dictadura de Primo de Rivera, con el objetivo de una salida ordenada de la guerra colonial de Marruecos y del definitivo debilitamiento de la lucha del proletariado catalán, se truncó cuando esta dictadura no fue capaz de mantener el timón recto frente a las tempestades mundiales que se agitaban. Primo de Rivera cayó y con él volvió la agitación a los campos y fábricas del país, los sindicatos vuelven a cobrar fuerza, se reorganizan las corrientes políticas. La pequeña burguesía participa en esta situación de tensión social, pero es incapaz de organizar mínimamente su intervención y sus tentativas de dirigir a los proletarios tienen un éxito más que dudoso. La burguesía entiende que es imprescindible ir no ya a un régimen republicano sino, concretamente, a uno con un gobierno parlamentario encabezado por PSOE y republicanos de izquierda. Téngase en cuenta que el PSOE participaba en la dictadura de Primo de Rivera, con lo que la gobernación del país no le era del todo extraña y que en su programa llevaba la conjunción republicano-socialista desde 1.910.

Se realiza por lo tanto el traspaso de funciones institucionales. Los representantes de la pequeña burguesía, crecida al calor del desarrollo industrial del país desde 1.914, son llamados a formar gobierno y a diseñar una nueva forma para el Estado. Se pide paz social a las organizaciones sindicales, se favorece a las corrientes (UGT, Sindicatos de Oposición en CNT) que están dispuestas a darla. Se llega incluso a sacrificar los intereses de algunos grandes propietarios agrícolas a quienes se amenaza con expropiar sus tierras para solucionar el problema del paro agrario y la miseria de los proletarios del campo.

No se trata de un programa revolucionario burgués, sino de la intervención del oportunismo socialista con el doble objetivo de contener al movimiento de la clase proletaria y de realizar una serie de reformas oportunas para darle estabilidad institucional al país, que venía de 25 años de continuos sobresaltos.

No se trata, tampoco, de un programa revolucionario pequeño burgués. Los intelectuales de este origen que son llamados al gobierno y al parlamento, no tienen nada que ver con los revolucionarios de su misma clase y de un siglo anterior. Son elementos esencialmente conservadores (Azaña, Ortega y Gasset, Ramón y Cajal...) representantes de una clase que no tiene ya ninguna alternativa histórica que le pueda hacer creer en su papel providencial.

La presencia de elementos masónicos en la conformación del nuevo régimen, origen de la tensión con la Iglesia Católica y fuente de innumerables conflictos, tiene también como origen un afán de controlar las exigencias del proletariado. La Iglesia es, en España, uno de los principales propietarios de tierras y uno de los ma-

yores banqueros. Es, de hecho, el nexo entre la aristocracia monárquica tradicional y la burguesía decimonónica y, por lo tanto, responsable en buena medida de un régimen que ha impedido el ascenso social de la pequeña burguesía. Esta, vuelta hacia la masonería, idealizó una España sin catolicismo identificando a este con el Medievo del que el nuevo gobierno parlamentario iba a sacarle. Estaba también, la cuestión de la financiación de las reformas republicanas: la base material del oportunismo, la consolidación de una capa de proletarios acomodados, requiere dinero y se señaló a la Iglesia como la gran poseedora de riquezas. Las quemadas de conventos e iglesias que se suceden desde 1.931 a 1.936 aparecen inscritas en esta lógica y sirven para ligar al proletariado a un programa pequeño burgués del que todavía hoy hacen gala los oportunistas del siglo XXI.

El programa de reformas republicano-socialista chocará con la propia incapacidad y con la poca disposición de la burguesía para llevarlo a cabo. La crisis mundial, añadida a un conservadurismo atávico y completamente contrario a la contemporización con la plebe consustancial a las clases poseedoras del país, mostró rápidamente los límites del reformismo. Los proletarios, acuciados por el hambre, respondieron con rapidez y en menos de dos años se contaron varias decenas no ya de huelgas sino de motines insurreccionales en el campo español. Las ilusiones pequeño burguesas de un proletariado dócil acabaron con Azaña ordenando fusilar a los proletarios sin juicio previo y otorgando privilegios extraordinarios a la Guardia Civil.

La pequeña burguesía llamada al gobierno para controlar al proletariado, por tanto, fracasó. Y este fracaso fue el verdadero detonante de la Guerra Civil.

CONTRA TESIS 8.

El movimiento obrero español, mayoritariamente libertario, es una excepción y en su naturaleza excepcional está el origen de la revolución española.

Esta tesis, defendida por la CNT-FAI y que tiene ecos en la justificación por parte del POUM de su política en la Guerra Civil, traza una línea que va desde el predominio libertario en la AIT hasta el fenómeno de las colectivizaciones y las milicias sindicales de 1.936. Con esta línea se pretende explicar que los sucesos de España se sitúan fuera del curso de los acontecimientos en el resto del mundo en la medida en que del proletariado nacional habría emanado una doctrina capaz de sustraer al país de la historia. Constituye la justificación tanto de la política anarquista previa a la guerra como de la participación de la CNT-FAI en el gobierno.

TESIS 8.

La característica esencial del proletariado español no es su orientación libertaria sino su débil constitución como clase en los términos que Marx explicó en el *Manifiesto* de 1.848.

Según la explicación de *El Manifiesto Comunista: En general, las colisiones de la vieja sociedad favorecen de diversas maneras el proceso de desarrollo del proleta-*

riado. La burguesía vive en lucha permanente: al principio, contra la aristocracia; después contra aquellas fracciones de la misma burguesía cuyos intereses entran en contradicción con los progresos de la industria, y siempre, en fin, contra la burguesía de todos los demás países. En todas estas luchas se ve forzada a apelar al proletariado, a reclamar su ayuda y arrastrarle así al movimiento político. De tal manera, la burguesía proporciona a los proletarios los elementos de su propia educación, es decir, armas contra ella misma.

La ausencia de lucha revolucionaria entre burguesía y feudalismo implica que el proletariado no adquiere la educación para la lucha política que hubiera requerido. El escaso desarrollo social, con un Estado que no ha surgido como expresión del dominio de la burguesía sobre la clase feudal sino como un ente débil que refleja en su naturaleza la lenta metamorfosis de la sociedad española, genera un proletariado débil. Se puede decir que en el país de la revolución proletaria, en Rusia, la sociedad también estaba perfectamente atrasada. Pero no se trata del atraso en términos absolutos sino de las implicaciones que este atraso tiene para la lucha de clase para el proletariado. En el caso ruso, con una burguesía en proceso de continuo fortalecimiento desde 1.870 pero que en ningún momento tuvo acceso al Estado, del que estuvo excluida por la nobleza zarista, la lucha de clase del proletariado corre pareja con la revolución anti feudal (revolución doble), en la que encuentra una verdadera escuela y un gran entrenamiento que empuja a las masas proletarias hacia la lucha y que permite al partido revolucionario definir claramente su programa (base de su existencia) y defenderlo ante el conjunto de las clases excluidas del poder. Era un atraso social beneficioso para la lucha revolucionaria porque en él las fuerzas sociales se desarrollaban sin ambigüedades, en un sentido «puro». Mientras que, en España, el traspaso pacífico del poder de una clase social a otra mediante la progresiva inclusión de la burguesía en el Estado, consecuencia de la existencia de un capitalismo mucho menos dinámico que el ruso, impide que la naciente clase proletaria se desligue definitivamente del control que la pequeña burguesía ejerce sobre ella.

Es por ello que esta pequeña burguesía controla políticamente al proletariado hasta la llegada de la Guerra Civil, fijando su programa democrático como única aspiración general de las clases subalternas, influyendo directamente sobre las organizaciones sindicales (aún sin tener demasiada presencia física en ellas), etc. En España el proletariado no tuvo un programa revolucionario único, no se organizó detrás de un partido político nacional, no superó, en pocas palabras, el estado de dispersión y atomización (por regiones, por industrias, etc.) característico de fases poco desarrolladas tanto del capitalismo como de la lucha política. Sobre esta base, fue la pequeña burguesía la que controló las expresiones de lucha proletarias en la medida en que estas se subordinaron siempre al programa de aquella. De hecho, la primera vez que toda la clase proletaria española se manifiesta en un único sentido, sin diferenciación de tendencias por regiones u oficios, se produce en febrero de 1.936 cuando los obreros se colocan detrás del programa del Frente Popular. Y esta situación se produce porque los continuos sobresaltos, motines, etc. de ámbito regional que se hicieron más frecuentes con la II República pero que tenían una larga

tradición en España, son superados en una corriente unificadora dentro de la cual todas las tendencias obreras están de acuerdo en actuar... bajo el gobierno de la pequeña burguesía republicana.

CONTRA TESIS 9.

En 1.936 hay una revolución proletaria en España.

Tesis común a CNT-FAI, POUM y grupos anarquistas minoritarios. De acuerdo con ella el alzamiento militar de julio da lugar a una reacción por parte de la clase obrera que se apodera de los resortes políticos y económicos esenciales (control de la industria, de los abastecimientos, de la seguridad, etc.) al punto de poder considerar que el poder burgués ha desaparecido y son los propios proletarios quienes dirigen la sociedad. De acuerdo con esta tesis:

- El proletariado gobierna desde julio de 1.936 a través del Comité de Milicias Antifascistas.
- Las colectivizaciones representan el contenido económico socialista de este gobierno.
- Las milicias obreras son el poder militar del proletariado revolucionario.

TESIS 9.

En 1.936 la reacción proletaria al golpe no es una revolución.

El principal valedor de la tesis sobre la revolución obrera del '36 es el mito de la Cataluña proletaria. Allí, efectivamente, la huelga general decretada como respuesta al alzamiento de los generales desemboca, en el curso de pocos días, en una derrota del ejército por obra de las fuerzas de choque obreras apoyadas por la parte leal de la policía y la Guardia Civil. Se produce la confraternización entre los soldados encuadrados en las tropas rebeldes y los proletarios que luchan contra ellas. Las patrullas obreras, dirigidas por los Comités de Defensa de la CNT, se hacen con el control de la calle en Barcelona y esto conlleva, también, el control de los abastos, de la sanidad, etc. Poco después se comienza la colectivización de las empresas. Se mandan columnas formadas por obreros sindicados al frente de Aragón. La propia Generalitat de Cataluña reconoce que el poder está en manos de la CNT-FAI y se coloca como organismo auxiliar del Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña, órgano de predominancia libertaria pero en el que también se incluye el PSUC (partido catalán asociado al PCE), la UGT, Esquerra Republicana, la Unión de Rabassaires y el POUM. Este organismo dirigirá la vida de Cataluña desde julio hasta octubre.

La primera y más inmediata conclusión que se saca de la sucesión de los acontecimientos es que, en caso de que una revolución hubiese tenido lugar, esta se habría dado sólo en Cataluña. Madrid, si bien ve cómo las fuerzas obreras vencen a los sublevados, queda bajo el control del gobierno, apoyado incondicionalmente por CNT, UGT, PCE, PSOE y POUM. En Valencia, donde los acontecimientos son menos intensos, sucede lo mismo. En País Vasco, Asturias, etc. se repite el mismo modelo. En el campo andaluz y extremeño los ayuntamientos locales se limitan a continuar con sus tareas y en pocas

semanas los militares se hacen con el control. La tesis de la revolución es, por lo tanto, la tesis de la revolución en una sola región del país. Como además esta tesis no se refiere exclusivamente a que el poder estuviese en manos de la clase trabajadora, sino que además pretende que el «comunismo libertario» se habría implantado tanto en Cataluña como allí donde las milicias obreras llegaron, estamos ante una tesis más reaccionaria incluso que aquella del socialismo en un solo país: se trata del socialismo en una sola comarca.

La realidad es que, desde el primer momento, las fuerzas proletarias que se lanzan a batir a los sublevados están encuadradas bajo un programa burgués antifascista. Desde la represión de la insurrección de Asturias en 1.934, el conjunto de las corrientes políticas y sindicales con presencia entre la clase obrera española habían asumido y defendían continuamente que la lucha definitiva se daría, en España como en el resto del mundo, entre democracia y fascismo. Y que para ello era necesario no sólo colocar al conjunto de la clase proletaria bajo esta bandera sino, además, hacer causa común con la pequeña burguesía antifascista que en España estaba representada por las fuerzas republicanas de izquierdas. Es cierto que tanto el POUM como los elementos más radicalizados de la CNT-FAI afirmaban que al fascismo sólo podía derrotarlo la revolución proletaria, pero para ambos esta revolución era algo indefinido, etéreo y sin implicaciones prácticas reales. Por ello tanto el POUM como la CNT-FAI apoyan al Frente Popular, porque su revolución antifascista no tenía un significado concreto más allá de la repetición de la fraseología revolucionaria. Durante todos los acontecimientos que siguen al golpe de julio, veremos a la CNT-FAI y al POUM seguir a pies juntillas los dictados de la burguesía republicana.

Sobre el Comité de Milicias Antifascistas (CMA).

Después de las jornadas de julio en que los obreros frenan el golpe, se constituye, en Cataluña y en el resto de regiones del Estado controladas por el gobierno republicano, un organismo que reúne a los partidos contrarios al golpe y a los sindicatos obreros. Por lo tanto, no es un organismo proletario, no incluye solamente a las corrientes obreras sino que permite el acceso a Esquerra Republicana de Cataluña y a la Unión Republicana. Es un organismo, por su composición, interclasista. A través de él se produce la colaboración entre proletariado y pequeña burguesía para hacer la guerra contra los militares sublevados, mantener relaciones con el gobierno central, etc. El Comité es un gobierno de concentración de todas las fuerzas encuadradas bajo el programa antifascista y es el órgano esencial para que la burguesía y la pequeña burguesía, clases sociales que deben ser excluidas inmediatamente del poder durante una revolución proletaria, ejerzan su fuerza sobre el proletariado.

La vida del Comité será breve, de julio a octubre. Una vez controlada la situación en la calle, las organizaciones en él participantes lo disolverán y, o bien se integrarán directamente en los organismos institucionales republicanos revitalizándolos, o bien crearán unos en apariencia nuevos pero con la misma naturaleza (Consejo de la Generalidad en Cataluña). En el paso de una fórmula a otra,

la burguesía y la pequeña burguesía se han garantizado la colaboración de las fuerzas obreras, su integración en los órganos estatales y, por lo tanto, la subordinación del proletariado al dominio burgués que se había tambaleado por la presencia del proletariado armado en la calle.

Sobre las colectivizaciones.

En el campo y en la ciudad, los proletarios se hacen con el control de tierras y fábricas, sobre todo si habían sido abandonadas por sus dueños o bien estos habían sido asesinados por las fuerzas obreras. La ocupación y gestión obrera de las fábricas y de las tierras tiene como función, en primer lugar, garantizar la subsistencia a los proletarios en ellas ocupados y, después, contribuir al esfuerzo bélico proporcionando armas, suministros de guerra, etc. Con estas colectivizaciones el panorama es el siguiente:

- dominio político de la burguesía y la pequeña burguesía

- producción a cargo de los obreros

Salta a la vista que, si gobierna la burguesía, local y nacionalmente, la producción es producción para el régimen burgués. Esta sencilla explicación debería bastar para aclarar que las colectivizaciones no son la realización inmediata sobre tierra hispánica del contenido económico del socialismo.

Pero el mito libertario sobre la revolución se levanta precisamente sobre una confusión absoluta de los términos, luego es necesario aclararlos: la titularidad jurídica de las empresas puede ser privada, pública o «colectiva» sin menoscabo de que estas constituyan la unidad elemental del capitalismo. Incluso colocadas bajo el plan superior de la economía estatalmente planificada, la producción en ellas es producción de plusvalía, de plusvalor extorsionado a los proletarios. El único plan que hace posible la desaparición de la producción capitalista, está contenido en el programa de la revolución proletaria que coloca *el conjunto de la producción y no sólo a unos cuantos centenares de empresas*, bajo el control del Estado proletario, que comienza su intervención sobre la economía a fin de organizarla bajo una perspectiva donde están ausentes el intercambio, las ganancias, la planificación particular, etc.

Una empresa colectivizada, en Barcelona por ejemplo, compraba sus materias primas a otra empresa. Con ello intercambiaba con la otra empresa valor, independientemente del hecho de que se cuantifique monetariamente. Al hacerlo traficaba con el plusvalor extorsionado a los trabajadores que han trabajado en la empresa proveedora de materias primas; el cambio es ventajoso para ambas empresas en la medida en la cual se cambian valores determinados por la extorsión de plusvalor. ¿Ha desaparecido aquí la explotación, más allá de la afirmación completamente desviada de que los trabajadores se queden «con el producto íntegro de su trabajo»? No: de la plusvalía obrera viven todas las empresas ligadas entre sí por el mercado, único ámbito de planificación económica internacional del capitalismo. La pervivencia de la moneda, de los vales o cualquier otro sustituto de estos, en la «Cataluña revolucionaria» es un hecho indicativo de que el capitalismo no había desaparecido, de que únicamente había variado la propiedad de los medios de producción

considerados uno por uno: pasaron del patrón individual a la cooperativa enfrentada al resto de cooperativas por las relaciones comerciales.

El argumento libertario continúa afirmando que, realmente, las empresas y tierras colectivizadas, cooperaron entre sí. Que de hecho arrancaron a la Generalidad el «Decreto de Colectivizaciones» de octubre de 1.936, por el cual estas se colocaban bajo una dirección única.

Bastaría para rebatir esta afirmación el hecho de que tal decreto, emanado de un gobierno burgués, colocaba a las colectividades bajo la tutela de un organismo de tal gobierno, por lo tanto al servicio de la burguesía. Pero es fácil precisar además que, aún en el caso absurdo de que Cataluña hubiese instaurado el socialismo colectivizado, existe el mundo más allá del Ebro y de los Pirineos y que, con este mundo, volvería a repetirse lo expuesto anteriormente.

La realidad sobre las colectivizaciones tiene que ser estudiada sobre la base de la situación económica real de España previa a 1.936. Con una industria de escala muy pequeña y un campo dividido entre el minifundio extremo y las grandes propiedades, el problema del tamaño era vital en casi todos los terrenos. La guerra coloca al gobierno republicano y al franquista en la tesitura de necesitar aumentar la producción agrícola e industrial para vencer. En el bando republicano, las colectivizaciones, sancionadas por el gobierno local de Cataluña y por el nacional de Madrid, cumplen el papel de realizar la concentración industrial necesaria, condición imprescindible para aumentar la productividad. Es un progreso, el de aumentar la base productiva, que se realiza en términos exclusivamente capitalistas: mantiene todas las características de la producción de mercancías y capital, respeta la propiedad privada, etc. Pero es un progreso necesario, no sólo de cara al triunfo del bando republicano. Aún en el caso de que los proletarios se hubiesen hecho con el poder el 19 de julio, deberían haber procedido de la misma manera, desarrollando un sistema industrial de base capitalista como única vía para lograr la necesaria capacidad productiva como para hacer frente a una guerra en la que hubiesen estado más aislados incluso de lo que lo estuvo el bando republicano. Sólo superando el atávico atraso del campo y de la industria española se habría podido desarrollar una clase proletaria lo suficientemente compacta y poderosa como para afrontar la guerra.

Hay que añadir: la guerra, en el terreno económico, la perdió el bando republicano porque ese aumento de la capacidad productiva no podía realizarlo sino la fuerza política que dirigía a gran parte del proletariado. Como la burguesía y la pequeña burguesía continuaban gobernando, las tendencias centrifugas de ambas, que se escenificaron como una lucha contra las colectivizaciones encabezada por el PCE y la UGT, acabaron por frustrar la única política económica válida en aquella situación.

Cuando la burguesía vuelve a tomar posesión individual de sus fábricas, en la Cataluña posterior a febrero de 1.939, se encontró con que estas estaban incluso en mejor estado de lo que las dejaron: la guerra había activado el proceso de acumulación de capital que la burguesía fue incapaz de llevar a cabo y el proletariado había realizado aquello que la burguesía no pudo hacer en 150 años de historia, pero lo hizo para otra clase

que, además, no lo quería. Esa fue su tragedia.

Sobre las milicias obreras.

Las milicias obreras son organizaciones militares creadas por partidos y sindicatos que se dirigen a luchar al frente contra los militares sublevados una vez estos han sido derrotados en las principales ciudades. Especialmente en Barcelona, donde las milicias parten hacia Aragón dirigidas por las principales figuras anarquistas, estas formaciones adquirieron un carácter romántico de libertadoras del campesinado secularmente oprimido. Pero más allá de la mitología miliciana, las milicias fueron un fenómeno residual del proceso de encuadre del proletariado bajo la bandera burguesa del antifascismo y la colaboración entre clases.

En un primer momento el proletariado se hace con las armas de los militares derrotados y las autoridades republicanas sancionan legalmente lo inevitable. Inmediatamente después, siguiendo las indicaciones de las organizaciones sindicales y políticas, los proletarios armados se dirigen hacia el frente para conquistar las ciudades en manos de los sublevados (de Barcelona a Zaragoza) o para detener el avance de estos (de Madrid a la Sierra Norte y a Guadalajara). Se establecen los frentes y la organización de las columnas milicianas con el objetivo de salvar al Estado republicano de la amenaza militar. Posteriormente, las milicias se integran en el Ejército republicano, los irreductibles son expulsados o se marchan por propia voluntad, el desarme del proletariado concluye cuando la represión republicana en la retaguardia no es combatida por los proletarios encuadrados en las milicias del frente.

De julio a mayo del '37, la burguesía únicamente ha tenido que esperar. Las organizaciones obreras se han encargado de justificar progresivamente el desarme en nombre de la eficiencia militar. Y es que la lógica es aplastante: la dirección proletaria, encabezada sobre todo por la CNT-FAI y por el POUM en menor medida, lanza a los proletarios a luchar por la República, que identifican ahora con un régimen proletario. Les coloca bajo la disciplina política de la burguesía, y de ahí a aceptar la disciplina militar sólo hay un paso. En 1.936 no hay un ejército proletario sino en el sentido de un ejército formado por proletarios bajo dirección burguesa, independientemente de que los mandos fueran destacados militantes obreros. En el bando contrario, los proletarios combaten en las filas de Franco atemorizados por la represión, que es abierta y descarnada desde el primer día. No son tropas anti proletarias sino en el sentido de estar dirigidas con tal fin. En ambos lados de la trinchera la naturaleza del ejército viene dada por el poder burgués que lo dirige y, en ambos lados, la burguesía lanza a la masacre a unos obreros contra otros.

CONTRA TESIS 10.

En 1.936 no fue posible desarrollar la lucha revolucionaria debido al insuficiente apoyo con el que contaban las corrientes revolucionarias organizadas.

Esta ambigua tesis fue defendida por los miembros de la CNT-FAI que optaron por ceder el poder en Cataluña a

la burguesía. Se trata de la famosa polémica acerca de si era posible «ir a por el todo» planteada por García Oliver, líder de CNT y posterior ministro republicano. En ella la mayor parte de CNT defiende que dada la insuficiente fuerza organizativa de CNT en el conjunto del país, una «toma del poder» por su parte hubiese implicado una «dictadura anarquista» contraria a sus principios.

TESIS 10.

En 1.936 los anarquistas organizados en la CNT-FAI no se hacen con el poder no debido a una contradicción con sus principios, sino por la política de colaboración con la burguesía que dominaba estas organizaciones, planteada bajo la bandera de la lucha antifascista.

De acuerdo a las posiciones que los líderes anarquistas defienden una vez que el proletariado armado ha frenado el golpe de Estado en las principales ciudades del país, la CNT, única organización de masas que había defendido siempre en su seno la necesidad de la lucha directa contra la burguesía, sólo tenía una fuerza proletaria organizada en la zona catalana y un intento de tomar el poder allí hubiera significado el aislamiento de esta respecto del resto del país bajo control del gobierno republicano.

Esta posición encubre que ya, justo después de la victoria sobre los militares, los propios líderes anarquistas aceptan que el gobierno burgués de la Generalidad continúe ejerciendo sus funciones: respetan por tanto el poder de la burguesía como único posible, aceptan la colaboración con este y sólo después teorizan la imposibilidad de liquidarla.

Realmente las jornadas de julio muestran, en toda España, que el proletariado tenía, objetivamente, capacidad suficiente como para barrer a la burguesía en lo que se refiere a fuerza organizada. Son sus líderes los que le alejan de esta posibilidad, los que le venían alejando en los dos últimos años defendiendo el programa antifascista de colaboración entre clases.

Los líderes de CNT afirman: sólo contamos con fuerza real en Cataluña, un poco en Madrid y menos aún en Valencia. Se ve claramente cómo su «programa revolucionario», el que venían agitando desde 1.931 y que decían poner en práctica con las múltiples insurrecciones locales suscitadas por la estrategia de la «gimnasia revolucionaria», no era otra cosa que palabrería, confiada en la «espontaneidad de las masas» y que incluso cuando esta espontaneidad brilla con todas sus fuerzas, les repelió. Mientras los líderes de anarquistas debaten con la Generalidad, dejan en manos de la burguesía republicana a los proletarios de las zonas tomadas por los militares y, sobre todo, al proletariado del campo andaluz y extremeño que tan heroicos ejemplos de lucha había dado en los meses previos al golpe. Este proletariado, llamado a la inactividad por los líderes del oportunismo obrero y de la pequeña burguesía local, será masacrado al cabo de pocas semanas por los ejércitos africanos. Por otro lado, siguiendo el curso de los acontecimientos en el eje esencial Barcelona-Madrid-Valencia, vemos que, tras negarse los líderes anarquistas a dar la consigna de toma del poder, Madrid será abandonado a su suerte en noviembre de 1.936 por el propio gobierno central, quedándose los pro-

letarios madrileños a cargo de la defensa de la ciudad. Incluso el PCE tuvo, en esas jornadas, que hablar no de defensa de la República sino de revolución para conquistar influencia entre la clase trabajadora. Valencia verá pocas semanas después como la parte más irredenta de las milicias, apoyadas por los comités obreros locales, se manifiesta contra la política del gobierno en sus calles. Finalmente, en los albores de mayo del '37 y durante las jornadas de este mes, la reacción partirá de ambas ciudades contra la Barcelona obrera que se había levantado. Los líderes anarquistas abandonan a su suerte a los proletarios del campo, se niegan a enfrentarse al gobierno republicano en Madrid y Valencia y, finalmente, aceptan la reacción burguesa contra la ciudad que no habían querido controlar. Una Barcelona en manos exclusivamente de los obreros habría constituido un ejemplo para los proletarios de todo el país y habría cambiado sustancialmente el curso de los acontecimientos. Las fuerzas estaban, pero trágicamente faltó la influencia determinante y la dirección del partido comunista revolucionario, un partido que no podía crearse en el curso de la guerra civil y, mucho menos, de la nada.

CONTRA TESIS 11.

En 1.936 se da en España no una revolución sino un proceso revolucionario en el que a la insurrección obrera contra el golpe le sucede un vacío de poder por parte de la burguesía y el surgimiento de un poder embrionario de los comités obreros.

Esta tesis, defendida hoy por los grupos de ultra izquierda, es una composición *ex novo* a partir de la tesis 9 original a la que se ha añadido la idea de la «revolución en potencia» para salvar la evidencia histórica de que no hubo una revolución pero sin rechazar la «originalidad española» que habría visto desarrollarse una revolución caracterizada como anarquista. Los defensores de esta tesis pretenden haberse inspirado en los textos de la Izquierda para elaborarla

TESIS 11.

Ni la respuesta obrera al golpe de Estado es una insurrección ni los comités obreros fueron embriones del poder proletario.

La tesis del marxismo revolucionario es clara y vale para cualquier país y momento del arco histórico: sólo en presencia de un partido de clase con fuerte arraigo entre las masas proletarias y una sólida y compacta organización sobre las bases del programa del comunismo revolucionario puede darse la revolución proletaria, que pasa indispensablemente por la toma del poder por vía insurreccional y el ejercicio de la dictadura a cargo del partido.

La corriente libertaria, que ha negado esta tesis desde su aparición en el combate contra Marx y Engels dentro de la Internacional, pretende que la Guerra Civil española aporta pruebas de que es posible una revolución sin partido ni toma del poder. Para defender esta tesis, se ha recurrido tanto al argumentario clásico expuesto en la tesis 9 como a formas más refinadas como la que rebatimos en esta tesis. Más allá de los problemas del

planteamiento formal, el contenido es el mismo siempre que se pretende teorizar la posibilidad de prescindir de la lucha política a manos del partido comunista, órgano de combate de la clase proletaria: en última instancia siempre se recurre a alguna fatalidad insuperable para explicar el fracaso del proletariado para hacer la revolución sin el partido.

En el caso que nos ocupa, salta a la vista que el término «proceso revolucionario» es un simple juego de palabras destinado a cubrir el vacío teórico que aparece al no poder hablar de «revolución». ¿Qué es un proceso revolucionario sino una revolución, exitosa o fallida? Los defensores de esta tesis quieren decir, realmente, que en España sí hubo una revolución, pero no lo plantean abiertamente para no mostrar el derrumbe de las teorías libertarias una vez que se enfrentan al fuego de la cruda realidad.

Por otro lado, los comités obreros a los que esta tesis atribuye la posibilidad de haber sido un «poder proletario» en caso de que no hubieran sido frustrados, son simplemente organismos surgidos dentro de la CNT para hacer frente a las primeras necesidades (abastecimientos, etc.) después de la lucha en la calle contra los militares. Son organismos técnicos del sindicato encargados de hacer valer la fuerza de este. Pero de ninguna manera, como se insinúa, embriones de consejos obreros, soviets o juntas revolucionarias. No es ocasión esta de recordar qué significado histórico tuvieron los sóviets como forma del Estado proletario sino que basta con recordar que sus funciones se cumplían no a expensas de un sindicato, sino como organismo de combate de todos los proletarios, que pertenecían al sóviet al margen de ideología, adhesión a uno u otro partido, etc. por el simple hecho de ser proletarios.

Los comités obreros fueron expresión de la fuerza de la clase proletaria y, sin duda alguna, en torno a ellos se organizaron los trabajadores más dispuestos al combate no sólo contra los golpistas sino también contra la burguesía del bando republicano. Pero ahí se acaban sus atribuciones, no suplantán, ni potencialmente ni en los hechos, la necesidad del proletariado de dotarse de organismos propios que constituyan la base de su Estado.

CONTRA TESIS 12.

Finalmente, la revolución proletaria fue ahogada por el estalinismo.

Según esta tesis, común a todas las corrientes libertarias, en España se da una **contrarrevolución estalinista**, encabezada por el PCE como principal agente de la lucha contra las conquistas obreras y defensor del Estado republicano.

TESIS 12.

La contrarrevolución en España no fue obra del estalinismo sino de la burguesía de ambos bandos dentro del contexto general de la guerra imperialista en que cada potencia implicada luchó por defender sus intereses el primero de los cuales, mantener al proletariado sometido a las exigencias de la guerra, fue defendido por todas las corrientes en liza.

En sentido estricto, no pudiendo hablar de «revolución» en España, no se puede hablar tampoco de «contrarrevolución». El término «contrarrevolución» puede ser entendido en el sentido de una política y una acción *preventiva* de la clase dominante burguesa frente al peligro inminente de la revolución proletaria. Pero tampoco desde este punto de vista es correcto hablar de contrarrevolución en España, porque, en ausencia de una tradición de lucha clasista radicada en las filas proletarias, el movimiento obrero español —dirigido por los partidos oportunistas— no logró romper con la colaboración interclasista. Por esto la particular y continuada combatividad que el movimiento obrero español expresó en la década de los años '30 del siglo pasado no dio lugar a la lucha de clase revolucionaria.

Estalinismo es el nombre sintético que utilizamos para referirnos a la contrarrevolución que, en la Rusia soviética y en el conjunto de los países afectados por la oleada revolucionaria que se abre con la toma del poder por los bolcheviques en 1.917, se abate sobre la vanguardia comunista del proletariado y liquida no sólo a sus representantes físicos sino también todo el trabajo de restauración doctrinal comenzado por Lenin y sus camaradas como respuesta a las oleadas de degeneración oportunista previas.

No hay necesidad de profundizar en los aspectos del balance de la contrarrevolución que nuestra corriente ha elaborado desde el momento en que dispuso de las fuerzas necesarias para ello y en el cual ha cifrado las posibilidades de la reconstitución del partido comunista: es un trabajo del cual el partido actual se reclama continuamente. Señalamos que una de las principales consecuencias de la contrarrevolución fue la de identificar definitivamente los intereses del capitalismo ruso en desarrollo con la política a seguir por los partidos comunistas en cada país. De esta manera, se supeditó la lucha por la revolución proletaria a los pactos con cada una de las burguesías nacionales en función de las necesidades de la potencia imperialista rusa.

Hemos explicado las características específicas de esta política en España en la tesis nº 1. Señalamos ahora que dicha política tenía, en primer lugar, que asegurar que el proletariado español no fuese capaz de romper las bridas de la colaboración de clases que sus organizaciones políticas y sindicales le habían impuesto

ya desde antes de la Guerra Civil. Estas bridas no eran del todo seguras en manos de los líderes anarquistas, que acusaban con mucha intensidad la presión ejercida por las bases obreras, ni en manos del POUM o de la izquierda socialista, que habían proclamado formalmente la necesidad de la toma del poder en los años previos a la guerra y que se enfrentaban también a una base levantisca que no comulgaba con sus consignas de apaciguamiento.

Por otro lado, la situación de caos sucesiva al golpe, cuando los proletarios tenían el control de la calle, exigía de un partido centralizado que fuese capaz de imponer los intereses de la burguesía y de la pequeña burguesía una vez que estas habían perdido la fuerza que les otorgaban sus partidos tradicionales, que por su parte ahora estaban demasiado evidentemente complicados con la política de permisividad hacia los militares sublevados.

El PCE, representante de los intereses rusos en España, el PSUC, sucursal catalana de este y, sobre todo, la diplomacia y los cuerpos represivos rusos instalados en España cumplieron el papel de ejercer la represión preventiva contra los proletarios allí donde las organizaciones sindicales y políticas de estos no alcanzaban a hacerlo.

Fue, por lo tanto, una represión típicamente burguesa, física y no ideológica, que encuadró a las fuerzas más dispuestas de entre las clases medias para dirigir el ataque contra los proletarios en nombre de los intereses superiores de la patria en guerra. Sus características más escabrosas, la liquidación de los líderes del POUM y de miles de obreros de CNT, además de la corriente trotskista, no son algo que pertenezca exclusivamente al estalinismo sino que es común a toda burguesía. Si fueron los servicios secretos rusos los que, bajo el paraguas de la «guerra nacional revolucionaria» defendida por el PCE, se mancharon las manos, fue porque configuraban el partido más potente al servicio del orden republicano. Su experiencia en Rusia les ayudó, por supuesto, pero la contrarrevolución en Rusia se dirigió contra una vanguardia marxista a la que hubo que aniquilar también doctrinalmente (esta es la característica esencial del estalinismo) mientras que en España bastó con la fuerza militar que, por otro lado, la propia burguesía española puso a su disposición.

(1 - continúa)

Cronología abreviada

1931.

- El 12 de abril hay elecciones municipales, ganan los republicanos en las ciudades e, inmediatamente, una plataforma que aglutina a los grandes representantes de la burguesía y a los intelectuales pequeño burgueses que se han ido conformando como alternativa a aquellos, gestiona la llegada de la República.

- El 14 de abril se proclama en los ayuntamientos la República. El rey se marcha del país escoltado por las Juventudes Socialistas, que se encargan de evitar que haya disturbios en Madrid.

- Gobierno provisional: Alcalá-Zamora, Lerroux, Azaña, Maura, Caballero... Es decir, el Comité Revolucionario republicano-socialista, apoyado por la Guardia Civil (Sanjurjo, el futuro golpista). La primera ley que vota este gobierno es la de «Defensa de la República», que atribuye al gobierno la potestad de suprimir las libertades en caso de que el orden republicano esté en peligro, una ley que se aplicará sistemáticamente contra los proletarios, verdaderos enemigos de este nuevo régimen.

- En junio se convocan Cortes Constituyentes, que se votan de manera irregular en dos vueltas con pequeñas elecciones parciales esparcidas por todo el país, la derecha tradicional ni siquiera presenta candidatos en buena parte de las circunscripciones.

- En noviembre se reúnen las Cortes con mayoría de la Conjunción Republicano-Socialista que actúa de acuerdo a su programa de 1.909.

- En diciembre nuevo gobierno ya constitucional. Se otorga el Ministerio de Trabajo a Largo Caballero, de la facción izquierdista del PSOE. Susyas serán las leyes tendentes a regular la oferta de mano de obra: Ley de Contratos (Convenios Colectivos) y de Jurados Mixtos (continuación de aquella de Primo de Rivera).

1932.

Enero de 1.932: insurrección del Alto Llobregat y Cardones a cargo de elementos de la FAI. Posterior

huelga general de 5 días en respuesta a la represión por parte del gobierno.

- Agosto de 1.932: Golpe de Estado de Sanjurjo. Las guarniciones de Sevilla, al mando de Sanjurjo, se sublevan contando con que las de Pamplona, Valladolid, Madrid, Cádiz y otras les secundarian. El golpe es resuelto en pocas horas mediante una huelga general en la capital andaluza que permite la intervención del gobierno contra los alzados. Los obreros del barrio de Triana dan un ejemplo de heroísmo que les costará una represión sanguinaria cuando el mismo Sanjurjo triunfe en 1.936.

1933.

- Enero de 1.933: Insurrección de la FAI en Barcelona y la provincia de Sevilla. Represión de Casas Viejas, donde las fuerzas del orden asesinan sin piedad a los habitantes del pueblo que se habían hecho fuertes en una casa. Contrasta con la facilidad con la que el gobierno de Azaña dejó huir a Sanjurjo tras su golpe.

- Diciembre de 1.933: Insurrección de la FAI en el Alto Aragón.

1934.

- Los enfrentamientos políticos suben día a día.

- Ante el acceso de la CEDA (derechistas) al gobierno, el PSOE declara la huelga insurreccional con el propósito de restablecer el gobierno previo a 1.933 (conjunción republicano-socialista).

5 de octubre de 1934. Insurrección «fallida». «Insurrección del sector radical del PSOE».

- En Cataluña, el gobierno de la Generalidad proclama el Estado Catalán. La CNT se niega a participar en la huelga. La represión del ejército acaba con la breve independencia de la región.

1935.

Fundación del POUM.

Más de 35.000 presos como consecuencia de la revolución de octubre de 1934. En Valladolid, por ejemplo, la CNT y el PCE desaparecen, desarticulados por completo. «Los

verdaderos socialistas están en su mayoría en la cárcel».

Durante todo este año, el número de conflictos laborales es escaso. La represión de los meses anteriores ha sido tan dura que los obreros no se sienten protegidos ante la hostil actitud del gobierno hacia todo tipo de manifestaciones» La brutal represión hacia las organizaciones y sindicatos de izquierda provocó el absoluto dominio de la clase patronal favorecida por el gobierno derechista. Se producen, al mismo tiempo, actos de violencia perpetrados por fascistas y derechistas como el asalto al Casino republicano de Valladolid por elementos jonsistas.

1936.

- 16 de febrero: las elecciones fueron ganadas por el Frente Popular en las ciudades de más de 1000 habitantes. «La presión largo tiempo contenida por los trabajadores no pudo soportarse más (...). Se pedía mejora de salarios, readmisión de despedidos, amnistía para los procesados de la revolución de octubre del 34, etc.».

- Marzo: Ocupaciones de fincas en Extremadura y otros sitios.

- Junio: huelga de la construcción en Madrid, por primera vez la CNT, sindicato en que se organizan los trabajadores más pobres de la ciudad, rebasa a la UGT y le impone la huelga a ultranza.

- En las semanas previas a la guerra los asesinatos del teniente Castillo (socialista) y de Calvo Sotelo (derechista) precipitan los acontecimientos.

- 18 de julio. Se declara el Estado de guerra. Las organizaciones obreras por su parte inician la huelga general. Los obreros se baten contra los militares. Primero en Barcelona y luego en Madrid, vencen al ejército sublevado mientras los líderes del gobierno lanzan mensajes de calma y se aprestan a pactar con los sublevados. Lo que se pretendía un golpe de pocas horas se convierte, por obra de la respuesta obrera, en una verdadera guerra.

- Columnas obreras salen a tomar Zaragoza. Es el inicio de las «milicias

obreras». Se forma la Brigada Lenin con trotskistas de otros países, miembros de la minoría de la Fracción de Izquierda del PCI.

- En noviembre las fuerzas franquistas llegan a Madrid. El gobierno abandona la ciudad. Los proletarios de la capital se batieron con las tropas sublevadas. Aparecen las Brigadas Internacionales enviadas por Rusia. Madrid resiste y la guerra se transforma en un conflicto de posiciones que durará dos años y medio más.

1937.

- Sucesos de mayo: ante el intento del gobierno de la Generalidad de recuperar la sede de la Tele-

fónica, ocupada por los trabajadores de CNT, las barricadas vuelven a aparecer en la ciudad. En pocas horas los obreros controlan la práctica totalidad de Barcelona y algunos líderes proponen hacerse con el control absoluto. Los líderes anarquistas, poumistas, etc. llaman a la calma y a deponer las armas. Sólo pequeñas secciones libertarias, como *Los Amigos de Durruti*, otras poumistas (célula 27) y trotskistas se oponen.

Tras la rendición obrera, una columna militar enviada desde la capital (Valencia) ocupa la ciudad, dejando a su paso un reguero de militantes obreros asesinados.

- Represión contra los proletarios y contra sus organizaciones: muerte de Andrés Nin, encarcelamiento de los líderes del POUM. Asesinato de destacados líderes de las Juventudes Libertarias. Los revolucionarios pasan a la clandestinidad.

1939.

- Febrero: cae Barcelona sin enfrentamientos.

- Marzo: golpe de Estado de socialistas y anarquistas contra el gobierno de Negrín. Disturbios en Madrid. El nuevo gobierno declara Madrid ciudad abierta.

- Abril: fin de la guerra civil española.

Las razones de nuestro abstencionismo

(Textos del partido N° 1, Octubre 2015, A4, 20 páginas)

Precio: Europa: 2 €. América del Norte: US \$ 2. América Latina: US \$ 1

SUMARIO

- Introducción
- El parlamento y la lucha por los soviets (Carta circular del Comité Ejecutivo de la III Internacional Comunista, del 1 de septiembre de 1919)
- La Tercera Internacional y el Parlamentarismo (De «El Soviet», año III, n° 11 del 11-4-1920; reproducida también en la «Historia de la Izquierda Comunista 1919-1920, cit., pp 525-527)
- La nueva época y el nuevo parlamentarismo (Introducción de Trotsky a las Tesis sobre los partidos comunistas y el parlamentarismo, II Congreso de la IC 1920)
- Tesis sobre el Parlamentarismo (Presentadas por la Fracción Comunista Abstencionista del Partido Socialista Italiano - II Congreso de la IC 1920)
- Preparación revolucionaria o preparación electoral (De l'«Avanti!», 14/09/1919)
- 1921. Elecciones (A. Bordiga, «El Comunista» del 14/04/1921)
- Manifiesto del Partido Comunista de Italia para las elecciones políticas de 1921 (Manifiesto publicado en «El Comunista» del 21 de abril de 1921)
- El cadáver todavía camina (De opúsculo «Sul filo del tempo», Partido Comunista Internacional, mayo de 1953)

Partido y clase

1. Partido y clase en la doctrina marxista

(Textos del partido N° 2, Marzo de 2017, A5, 42 páginas)

Precio: Europa: 2 €. América del Norte: US \$ 2. América Latina: US \$ 1

SUMARIO

- Nota preliminar
- Prefacio (Del prefacio de la edición en español de 1974)
- Tesis sobre el papel del partido comunista en la revolución proletaria (Resolución del II° Congreso de la Internacional Comunista, 1920)
- Partido y clase (De Rassegna Comunista, año I, n° 2 del 15 de abril de 1921)
- Partido y acción de clase (De Rassegna Comunista, n° 4, 31 de mayo 1921)

el proletario

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

LAS RAZONES DE NUESTRO ABSTENCIONISMO

Textos del partido - Octubre 2015 - 1

el proletario

partido comunista internacional (el programa comunista)

Partido y clase

1. Partido y clase en la doctrina marxista

- Tesis sobre el papel del partido comunista (1920)
- Partido y clase (1921)
- Partido y acción de clase (1921)

Marzo de 2017

2

Informe de Amadeo Bordiga sobre el fascismo

V CONGRESO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

23^a sesión, 2 de julio de 1924

Cuando el Vº Congreso se reúne (es el primero que se tiene después de la muerte de Lenin), el PC de I., después de la detención por parte de los fascistas de Bordiga y otros dirigentes de la izquierda, tiene a su cabeza una nueva dirección en torno a Gramsci; esta había sido nombrada por la Internacional para poner orden en la casa y para abandonar su oposición a las orientaciones tácticas decididas por Moscú, tales como el «Frente único», el «Gobierno Obrero» o, en Italia, la fusión con el Partido Socialista. Sin embargo, el fracaso de la tentativa revolucionaria del año precedente en Alemania, basado en las esperanzas de una alianza del PC con los socialistas, empujaba la dirección de la Internacional a aplicar un «giro a la izquierda», privilegiando al «Frente Único desde las bases» con respecto a los acuerdos en la cumbre. El hecho de confiar a Bordiga la responsabilidad de escribir un informe sobre el fascismo se inscribe sin duda en este giro a la izquierda que se traduciría también por la tentativa de llegar a un acuerdo de la Izquierda con los gramscistas para dirigir el partido italiano, tentativa coronada con la proposición de dar el puesto de vicepresidente de la Internacional a Bordiga. Pero para la Izquierda esta era inaceptable ya que las cuestiones políticas no pueden ser resueltas con expedientes organizacionales. El giro a la izquierda de la Internacional fue reconocido por Bordiga que sin embargo lo juzgó insuficiente, ya que no garantizaba que este no fuera seguido por un futuro giro a la derecha mucho más marcado. Bordiga pidió que se terminase con esta política de giros bruscos de la Internacional.

En el momento en que se tiene el Congreso, el secuestro y asesinato del diputado socialista italiano Matteotti, perpetrado por los fascistas, abría una crisis política en Italia; en el curso de la misma la dirección gramscista del PC de I no encontrará nada mejor que ponerse a remolque de los partidos burgueses democráticos que abandonarán el parlamento para constituir un «anti-parlamento».

En su informe, Bordiga evidentemente no puede hablar de estos acontecimientos por venir, pero reitera el análisis de la Izquierda, afirmando ser partidario de una lucha común de los trabajadores de la ciudad y el campo, pero bajo la dirección del Partido Comunista – es decir, fuera del cuadro de un frente político con otros partidos, sean burgueses o que se digan «obreros».

(En la primera parte de su discurso, el orador resume su informe sobre el fascismo al IVº Congreso de la Internacional comunista, dado el 16 de noviembre de 1922, poco después de la «marcha sobre Roma») (1)

En mi primer informe, no abordaba la cuestión que surgió en nuestras filas en el IVº Congreso, pero al cual el camarada Zinoviev hizo referencia en su discurso: que pasó en Italia después de la partida de la delegación a Moscú, ¿un golpe de Estado o una comedia?

Recordaré aquí los hechos que caracterizaron la conquista del poder por los fascistas. No hubo lucha armada, solamente una movilización de las tropas fascistas que amenazaban con conquistar revolucionariamente el poder, y una especie de movilización defensiva del Estado que, en un momento dado, proclama incluso el Estado de sitio. Pero prácticamente, el Estado no se defiende y las cosas no llegarán hasta la lucha armada. En lugar de choques violentos, hubo un compromiso y hasta un cierto punto la lucha fue trasladada para más tarde por así decir, no porque el rey haya rechazado en un buen momento firmar el decreto de Estado de sitio, sino porque a toda evidencia el compromiso había sido preparado mucho tiempo antes. El gobierno fascista se constituyó, pues, de manera normal. Después de la dimisión del Gabinete Facta, el rey convocó a Mussolini para formar el nuevo ministerio. El jefe de la pretendida revolución hizo el viaje de

Milán a Roma en coche-cama, saludado a cada parada por los representantes oficiales del Estado. No se puede entonces hablar de revolución, no solo porque no hubo ataque insurreccional al poder constituido, sino también por todas las otras razones que hemos expuesto tratando de la significación histórica del fascismo. Desde el punto de vista social, el fascismo no representa una conmoción. No posee ningún nuevo programa; no representa ni siquiera la negación histórica de los viejos métodos de gobierno de la burguesía; solo representa el final lógico y dialéctico completo de la fase precedente de gobiernos burgueses demócratas y liberales.

Ahora vamos a dirigirnos resueltamente contra la afirmación mil veces repetida por los fascistas según la cual su toma de poder constituiría una revolución. En sus discursos, Mussolini dice: hemos realizado una revolución. Le replicamos: no hubo ninguna revolución, ninguna lucha, ningún terror revolucionario, porque no hubo ninguna «conquista del poder» en sentido propio, ni aniquilación verdadera del enemigo. Luego Mussolini responde con un argumento que, desde el punto de vista histórico, es bastante ridículo: todavía tenemos tiempo para eso,

siempre podremos completar nuestra revolución. Solo que la revolución no puede meterse en el refrigerador, ni siquiera por el más audaz y poderoso de los jefes. No es con semejantes argumentos que se pueda rechazar la crítica. No podemos decir: es cierto, los hechos son exactos, pero podemos remediarlos en todo momento. Naturalmente, siempre es posible que estallen nuevas luchas. Pero la Marcha sobre Roma no fue ni una batalla ni una revolución. Si se objeta que a pesar de todo hubo un cambio insólito en el gobierno, un golpe de Estado, no me tardaré mucho en el punto, ya que en último análisis se trata de reducir la cuestión a un juego de palabras. Incluso cuando hablamos simplemente de golpe de Estado, señalamos un cambio de gobierno que no se limita a un cambio puro y simple de personas, un simple reemplazamiento del Estado-Mayor en el poder, sino que elimina de forma violenta el tipo de gobierno al mando. Pero esto el fascismo no lo hizo. Ha discurrido mucho contra el parlamentarismo; su teoría era anti-democrática y anti-parlamentaria. Pero en su conjunto, su programa social no es otro que el viejo programa democrático mentiroso, es decir, no es más que una simple arma ideológica para la afirmación de la dominación de la burguesía. El fascismo se convirtió rápidamente en parlamentario – incluso antes de la toma del poder. Gobernó durante un año y medio sin disolver la vieja cámara que estaba compuesta en su gran mayoría por no fascistas y por el resto de antifascistas. Con la flexibilidad que caracteriza a los políticos burgueses, esta cámara rápidamente se puso a la disposición de Mussolini con el fin de legalizar su posición y acordarle todos los votos de confianza que este pudiera requerir. El mismo primer gabinete Mussolini (él recordará continuamente este hecho en sus «discursos de izquierda») no era puramente fascista, sino que comprendía representantes de los más importantes partidos pequeño-burgueses (partido de Giolitti; Partido Popular, de la Izquierda Democrática). Se trataba, pues, de un gobierno de coalición. Esto es lo que engendró el pretendido golpe de Estado. Un partido que contaba con 35 diputados en la Cámara tomó el poder y ocupó la gran mayoría de los puestos ministeriales y subsecretarías.

Del resto, hay que señalar un hecho histórico muy importante que sin embargo no se produjo durante la marcha sobre Roma: quiero hablar de la ocupación de toda Italia por los fascistas, ocupación favorecida por el curso de los acontecimientos y que puede ser estudiada geográficamente. La toma del poder por Mussolini no fue sino el reconocimiento de una correlación de fuerzas anteriormente creada. Todos los gobiernos que habían estado en el poder (sobre todo el de Facta) habían dejado el campo libre al fascismo. Es el fascismo quien gobierna en Italia; tenía las manos completamente libres y podía disponer del aparato de Estado. El gobierno Facta no se mantuvo más que durante dos meses, esperando el momento en que el fascismo juzgara conveniente asumir el poder oficialmente.

Es por esta razón que hemos empleado el término «comedia». En todo caso, mantenemos plenamente que no se trata de una revolución. Ha habido muchos cambios en las fuerzas dirigentes de la burguesía, pero este cambio ha sido preparado y llevado a cabo poco a poco. Este no señala ninguna modificación del programa de la burguesía italiana, ni sobre el plano económico y social, ni si-

quiera en el de la política extranjera. En efecto, la gran fuerza de choque de la pretendida revolución fascista, antes o después de la marcha de Roma, no ha residido en el empleo oficial del aparato de Estado, sino en la reacción ilegal tácitamente sostenida por la policía, las administraciones municipales, la burocracia y el ejército. Este acuerdo tácito, hay que decirlo enérgicamente, era ya total antes de la toma del poder por los fascistas.

En sus primeros discursos en la Cámara, Mussolini decía: podría mandarlos expulsar de esta sala por mis tropas. Tengo el poder para hacerlo, pero no lo haré. La Cámara puede continuar ejerciendo sus funciones, si se presta a colaborar conmigo. Pues bien, la enorme mayoría de la vieja Cámara se sometió bien voluntariamente a las ordenes del nuevo jefe.

Podemos establecer que después de la toma del poder, los fascistas no introdujeron ninguna nueva legislación. En el plano de la política interior, ninguna ley de excepción fue promulgada. Hubo, sí, persecuciones políticas de las cuales hablaremos más adelante; pero oficialmente, las leyes no fueron modificadas ni hubo decretos excepcionales del tipo de aquellos que los gobiernos burgueses han promulgado en su pasado revolucionario, como por ejemplo, bajo Crispi y Pelloux que se defendieron durante un cierto tiempo contra los partidos revolucionarios y sus dirigentes por el estado de sitio, los tribunales militares y las medidas represivas.

Por el contrario, contra las fuerzas proletarias el fascismo continúa empleando el mismo método que antes de la toma del poder. Este declaró que sus tropas de asalto ilegales serían disueltas una vez que los otros partidos hicieran lo mismo. En realidad, las organizaciones fascistas de combate no desaparecieron en tanto que organizaciones externas al Estado sino para verse integradas a este como «Milicia nacional». Como antes, esta fuerza armada queda a la disposición del partido fascista y de Mussolini en particular. Esta representa una nueva organización absorbida oficialmente por el aparato de Estado. Es el pilar del fascismo.

La cuestión de saber si hay que dejar que esta organización desaparezca o no queda a la orden del día. ¿Podemos exigir del fascismo que utilice medios constitucionales en política interior en lugar de utilizar estos nuevos órganos? Naturalmente, este no ha reconocido todavía las viejas normas del derecho constitucional y la Milicia sigue siendo el adversario más temible para todos aquellos que aspiran a derrumbar el poder fascista.

En el plan judicial no existe en nosotros leyes de excepción. En febrero de 1923, cuando miles de comunistas fueron arrestados, se creyó que el fascismo comenzaba una campaña judicial contra nosotros, que tomaría medidas enérgicas y haría pronunciar las sentencias más graves. Pero la situación se desarrolló muy favorablemente y fuimos juzgados sobre la base de las viejas leyes democráticas. El código penal italiano (obra del representante de la extrema-izquierda burguesa, el ministro Zanardelli) es extremadamente liberal y deja abiertas numerosas posibilidades; sobre todo en el dominio de los delitos políticos y de opinión, es moderado y elástico. Nos fue fácil tomar la siguiente posición: «comprendemos perfectamente que el fascismo se desembarace de sus adversarios y tome medidas dictatoriales contra nosotros. Tiene perfecta razón de juzgarnos y de condenarnos porque somos

comunistas y nuestro objetivo es derrocar al gobierno existente por medio de una acción revolucionaria; pero desde el punto de vista jurídico, lo que hacíamos no era defendido. En realidad otras cosas fueron prohibidas, pero Uds no poseen ninguna prueba de la pretendida conjuración y de la pretendida asociación para delinquir sobre la que reposa la acusación». No solo hemos sostenido este punto de vista, sino que nos valió para ser liberados del tribunal sobre la base de las leyes en vigor.

Pudimos entonces constatar que el aparato judicial y policial no estaba a la altura de las tareas desde el punto de vista fascista. El fascismo se había apoderado del aparato de Estado, pero no había sido capaz de transformarlo con respecto a sus metas. No pensaba deshacerse de los jefes comunistas por vías procesales. Tenía sus cuadros, sus propias organizaciones terroristas, pero en el terreno de la justicia, no creía necesitar nuevas armas. En mi opinión, esto demuestra una vez más que para luchar contra el proletariado, las garantías que la justicia liberal ofrece a la burguesía son completamente insuficientes. Es cierto que en tales circunstancias, nuestra misma defensa ha debido pasar por vías legales, pero si el adversario se encuentra en posesión de una organización ilegal gracias a la cual podría resolver la cuestión de manera muy diferente, estas garantías democráticas pierden para este toda significación.

El fascismo continua la vieja política de mentiras democráticas de izquierda, de la igualdad de todos delante de la ley, etc... Esto no le impide dedicarse a graves persecuciones contra el proletariado, pero en lo que concierne a los procesos puramente políticos contra los dirigentes del proletariado revolucionario, el fascismo no agrega nada nuevo al sistema clásico de los gobiernos democráticos burgueses. Sin envargo, una revolución se caracteriza siempre por la transformación de las leyes políticas.

Ahora trataré en forma breve los eventos ocurridos después de la conquista del poder por el fascismo.

Ante todo, algunas palabras sobre la situación económica en Italia. Los fascistas continúan repitiendo que la crisis económica de 1920-21 ha dado lugar a la prosperidad desde que están en el poder. Pretenden que, desde hace dos años, esta situación se ha estabilizado, que el equilibrio económico ha sido restablecido, que el orden ha sido restaurado y que la situación general se ha mejorado notablemente. Estas serían las ventajas del fascismo para todas las clases sociales, las bendiciones que todo el pueblo italiano le agradece. Esta tesis oficial se apoya en una gran movilización de gran estilo de toda la prensa y por todos los medios de que dispone un partido sólidamente instalado en el poder. Pero esta no es más que una mentira oficial. En Italia, la situación económica es actualmente mala. Desde el fin de la guerra, el curso de la lira jamás había tenido un cambio tan bajo, apenas valía 4,3 céntimos de dólar... El fascismo no ha logrado mejorar la situación. Es verdad que según Mussolini, el precio de la lira hubiese caído más bajo si él no estuviera en el mando, pero este argumento no puede tomarse en serio.

Los fascistas pretenden además haber restablecido el equilibrio del presupuesto. Esto es cierto desde el punto de vista material: es notorio que con los balances de Estado, se puede demostrar todo y su contrario. De todas formas, los fascistas no desmintieron a los técnicos de la oposición que demostraron, cifras en mano, que si bien el

precio del carbón no había bajado en 1920-21 y los gastos de guerra no habían sido registrados en una nueva forma desde el punto de vista contable, el déficit del Estado aparecería muy superior al de 1920-21.

En cuanto a los índices económicos, estos revelan un agravamiento general de la situación. Es cierto que el número de parados continua siendo muy inferior al de 1920, y sobre todo de 1921 cuando era enorme, pero durante los últimos meses el paro ha vuelto a aumentar y la crisis industrial no ha sido definitivamente superada. En el dominio de los negocios, la situación es extremadamente tensa y el comercio conoce graves dificultades, como lo muestra la estadística de bancarrotas que han aumentado considerablemente con respecto a los últimos años. El índice del costo de la vida en las grandes ciudades también ha aumentado. En pocas palabras, es claro que el conjunto de la situación económica en Italia se agrava y para nada se ha estabilizado. Bajo la presión de la burguesía todo lo que el fascismo ha logrado crear es solo una estabilidad externa. Los índices oficiales muestran que todo lo que ha sido obtenido es el fruto de esta terrible presión ejercida sobre el proletariado, que todo lo que ha sido realizado lo ha sido en detrimento de la clase proletaria y en interés exclusivo de la clase dominante. No debemos olvidar que la existencia misma de esta presión despiadada hace presagiar una explosión de las clases que han sido sacrificadas a la tentativa hecha por el fascismo para restablecer la situación económica en interés exclusivo de la gran burguesía.

Ahora voy a referirme a la actitud del gobierno fascista hacia los obreros. Ya había notado que los grandes procesos políticos intentados contra nosotros han demostrado la insuficiencia del aparato judicial del Estado fascista. Pero hubo graves persecuciones contra el proletariado a partir del momento en que han sido capaces de acusar a nuestros camaradas no por delitos considerados por el código como «políticos», sino por delitos de derecho común. Numerosos choques se produjeron y continúan produciéndose entre fascistas y proletarios, sobre todo comunistas, y cada vez dejaron muertos y heridos de ambos lados. Es notorio que todavía mucho tiempo después de la conquista del poder por el fascismo, una completa impunidad fue asegurada a los fascistas que habían asesinado a obreros, incluso cuando las pruebas eran abrumadoras. Al contrario, los obreros que herían o mataban a los fascistas para defenderse eran condenados a las penas más graves. La amnistía que acaba de ser pronunciada es favorablemente exclusiva a aquellos que han cometido delitos de derecho común *por fines nacionales*: es una amnistía para los asesinos fascistas, mientras que para los delincuentes que han actuado por un fin anti-nacional, es decir, los que han combatido contra el fascismo, deben esperar las penas más terribles. Es, pues, una pura amnistía de clase.

Otra amnistía redujo las penas de 2 a 3 años, pero, hay que saber que nuestros camaradas fueron casi siempre condenados a 10, 15 y 20 años de detención. Cientos y cientos de obreros y camaradas italianos se encuentran actualmente en prisión porque no pudieron pasar a tiempo la frontera, después de haber participado en los combates armados contra los fascistas que siempre los habían provocado. De esta forma el gobierno actual ejerce la represión más feroz contra la clase obrera. Esta no puede

ni siquiera defenderse contra el terror fascista sin que la justicia intervenga inmediatamente en su contra de tal forma que no difiere de los procesos políticos clásicos por «traición». Jurídicamente, todas las garantías que permiten al partido comunista, al movimiento anarquista, etc... de existir subsisten como anteriormente. ¡En teoría nada es imposible!

Lo mismo pasa con todo lo que concierne a la prensa. Oficialmente, la libertad de la prensa sigue en vigor. Todos los partidos son autorizados a publicar sus órganos, pero aunque no existen disposiciones en ese sentido, los cuestores pueden impedir la salida de un periódico. Hasta ahora solo los diarios comunistas han sido prohibidos. Nuestro cotidiano *Il Lavoratore* de Trieste lo ha sido en virtud de una ley austríaca todavía en vigor en esta ciudad. Así, las viejas leyes austríacas fueron empleadas contra los revolucionarios que, durante la guerra, eran denunciados como cómplices de Austria a causa de su derrotismo.

Debemos señalar también el sistema conocido que consiste en mandar a suprimir los periódicos, perseguir a sus redactores o sabotear las asociaciones de periodistas por bandas armadas, y que hacían imposible la publicación de la prensa proletaria. Hoy todavía nuestra prensa, lo mismo que los órganos de la oposición son frecuentemente destruidos o quemados cuando llegan a destino.

El gobierno fascista ejerce también una terrible presión sobre los sindicatos. Los obreros están obligados por la fuerza a entrar en los sindicatos fascistas. Las sedes de los sindicatos rojos han sido destruidas. Pese a esto, los fascistas no han logrado reunir a las masas en sus organizaciones y las cifras de adherentes que publican son puro embuste. En realidad, el proletariado se encuentra hoy sindicalmente inorganizado. A veces, las masas participan en movimientos dirigidos por fascistas, pero solo porque no tienen otra manera de hacer la huelga en general. Ciertos obreros, ciertas categorías que en su gran mayoría no son partidarios de los sindicatos fascistas y que, después de elecciones a las comisiones internas, votan contra ellos y por los candidatos revolucionarios, son obligados a adherirse al sindicato fascista para poder aunque sea solo tratar de luchar contra la burguesía. Esto termina en un grave conflicto en el seno del movimiento sindical fascista. Este no puede impedir las huelgas y es arrastrado a la lucha contra las organizaciones fascistas de los empresarios. Este conflicto en el seno de las organizaciones fascistas y gubernamentales se resuelve siempre en perjuicio de los obreros. De ahí un descontento y una crisis graves que los jefes del movimiento sindical fascista no han podido disimular en las reuniones de estos últimos meses. Su tentativa de organizar al proletariado industrial ha terminado en el fracaso más completo. Su acción tiende a crear un pretexto, además superfluo, para frenar la actividad de los sindicatos libres y perpetuar la desorganización del proletariado.

Últimamente, el gobierno ha tomado medidas contra los sindicatos libres decretando que el trabajo de organización y administración internas de los sindicatos debía ser controlado por el Estado. Esto es un hecho grave, pero no cambia en nada la situación, ya que el trabajo de los sindicatos libres estaba ya casi completamente paralizado.

Los sindicatos libres continúan existiendo, lo mismo

que las Bolsas del Trabajo, las federaciones de oficio, etc... pero actualmente es absolutamente imposible decir cuántos las frecuentan, incluso allí donde han podido conservar el contacto con las masas, ya que lo que reciben de cotizaciones y la propaganda son casi imposible de calcular. Hasta ahora, no ha sido posible reconstituir los cuadros de las organizaciones sindicales en Italia. Pero según el mismo fascismo su gran ventaja residiría justamente en el hecho de que no hay más huelgas: para la burguesía y para los filisteos de la clase media, este es el punto crucial.

Se pretende que en 1920, cuando el fascismo no existía, masas de obreros bajaban a la calle todos los días, ora por una huelga, ora por una manifestación, ora por peleas, mientras que hoy ya no hay huelgas, ni agitaciones, el trabajo se prosigue sin interrupciones en las fábricas y reinan la paz y el orden. Este es el punto de vista patronal.

Sin embargo todavía estallan huelgas, y durante estas se producen hechos que merecen ser mencionados, como resultado de las relaciones entre sindicatos fascistas, obreros revolucionarios, gobierno y patronos. La lucha de clase continua, como una serie de acontecimientos significativos lo testimonian. Pese a tantos obstáculos, no hay duda de que esta sigue desarrollándose. La acción del gobierno fascista está también dirigida contra los obreros de las empresas del Estado. Por ejemplo, los ferroviarios que contaban entre aquellos cuya dirección era de lejos la que estaba más a la izquierda. El gobierno procedió de la misma manera en una serie de empresas dependientes del Estado.

Los fascistas repiten continuamente que ellos han acordado a los proletarios una gran conquista, la jornada de ocho horas, y preguntaban en qué otro Estado el gobierno había promulgado una ley parecida. Pero esta ley está sometida a cláusulas que anulan el principio de la jornada de 8 horas. Incluso aplicándolo a la letra, se podría imponer una jornada de trabajo muy superior a ocho horas. Además, la ley no es aplicada. Con la aprobación de los sindicatos fascistas, los patronos hacen lo que quieren en las empresas. Por otra parte, el proletariado italiano ya había conquistado la jornada de ocho horas con sus organizaciones, y ciertas federaciones profesionales habían obtenido incluso un tiempo de trabajo más corto. No se trata, pues, de un «regalo» que el fascismo hubiera dado al proletariado italiano. En realidad se puede decir que si el paro aumenta, es porque los patronos obligan a los obreros a trabajar mucho más de 8 horas. Las otras «conquistas» no merecen siquiera ser citadas. Los obreros que se habían ya asegurado ciertos derechos, una cierta libertad de movimiento y agitación en las fábricas, ahora sufren una disciplina de hierro. El obrero italiano ahora trabaja bajo el *knout* (que en ruso significa castigo, látigo, *NdR*).

Todas las cifras que tenemos a mano muestran que los salarios han disminuido enormemente después de alcanzar momentáneamente un nivel correspondiente al encarecimiento de los productos de primera necesidad, que cuestan hoy en día 4 a 5 veces más que antes de la guerra. El nivel de vida de los obreros ha bajado considerablemente. Es cierto que el «orden» ha sido restablecido en las fábricas, pero es un orden reaccionario, en beneficio exclusivo de la explotación patronal. Ciertos ejemplos bien lo muestran. Aunque es dirigida por oportunistas noto-

rios como Giuletti (o precisamente por esta razón), la organización de los trabajadores marítimos había logrado hasta un cierto punto resistir al poder fascista y a sobrevivir a la marcha de Roma. Al lado de esta organización existía una cooperativa de estibadores llamada «Garibaldi» la cual, para el nuevo contrato que debía ser firmado por el gobierno y los armadores, tenía la intención de hacer ofertas muy sustanciales. Para los grandes armadores, esta era una competencia peligrosa ya que los forzaba a disminuir sus ambiciones de rentabilidad. ¿Qué hicieron? Un grupo de reyes de la navegación dio una orden al gobierno fascista que enseguida ejecutó: bajo el pretexto de un conflicto provocado por las autoridades locales, mandó ocupar los locales de la cooperativa por la policía que los obligó a interrumpir su actividad.

La situación es muy complicada, pero es claro que el aparato de Estado fascista se encuentra al servicio de los capitalistas que luchan contra la clase obrera. Toda la vida del proletariado, toda la actividad industrial en Italia prueban de manera muy clara que en nuestro país se ha realizado la forma más extrema de desarrollo del gobierno en tanto que órgano dirigente y comité de los negocios capitalistas. Los mismos fenómenos se pueden señalar con respecto a los obreros agrícolas. Daría como ejemplo la huelga de los «mondinis» de los arrozales de la Lamellina. Esta huelga se había desatado con la aprobación del sindicato fascista, pero en el camino se encuentra con el terror de toda la reacción lanzada en su contra; los huelguistas fueron atacados por las milicias y la policía, es decir, por los órganos del gobierno fascista, y el movimiento fue aplastado en sangre. Hay cientos de ejemplos similares que dan una imagen de la situación en la cual se encuentra hoy día el proletariado italiano. La política sindical fascista permite que los obreros intenten luchar, pero apenas estalla el conflicto entre obreros y patronos, el gobierno interviene brutalmente para proteger la explotación capitalista.

¿Cuales son ahora las relaciones entre el fascismo y las clases medias? Toda una serie de hechos prueba que éstas están decepcionadas. Al comienzo veían en el fascismo a su propio movimiento y el alba de una nueva época histórica. Estas creían que el tiempo de la dominación de la gran burguesía y sus jefes había pasado, sin que el de la dictadura proletaria – la revolución bolchevique que los había hecho temblar en 1919 y 1920 – no había llegado todavía. Estas creían que la dominación de las clases medias, de aquellos que habían hecho la guerra y obtenido la victoria, estaba cerca de instaurarse; se imaginaban poder crear una potente organización para tomar en sus manos la dirección del Estado. Cuentan llevar una política dirigida contra la dictadura capitalista y contra la dictadura proletaria. La bancarrota de este programa ha sido demostrada por las medidas tomadas por el gobierno fascista que golpean duramente no solamente al proletariado, sino a estas clases medias que se imaginan haber instaurado su poder, su dictadura y que se habían incluso dejado arrastrar a manifestaciones contra el viejo aparato de dominación burguesa que creían haber derrocado gracias a la revolución fascista. Las medidas gubernamentales del fascismo muestran que el mismo está al servicio de la gran burguesía, del capital industrial, financiero y comercial y que su poder está dirigido contra los intereses *de todas las otras clases...*

Sus medidas acerca de la vivienda, por ejemplo, golpean a todas las clases sin distinción. Durante la guerra, una moratoria impuso a los propietarios de viviendas ciertas limitaciones al aumento de los alquileres. Los fascistas la suprimieron. Es cierto que después de haber restablecido una libertad ilimitada en este dominio, pero se han visto obligados a promulgar que se limiten los derechos de los arrendatarios. Pero esta ley es puramente demagógica y su fin se limita a apagar la cólera suscitada por la primera ley. Hasta ahora la penuria de viviendas en alquiler es enorme. Lo mismo se puede decir de la reforma de la escuela, «la más fascista de todas las reformas», como el mismo Mussolini afirma, y que ha sido preparada por el célebre filósofo Gentile. Desde el punto de vista técnico, es una reforma que debe ser tomada en serio. Para resolver la cuestión sobre nuevas bases, un trabajo verdaderamente remarkable ha sido hecho. Pero la tendencia de esta reforma es completamente aristocrática; esta hace imposible que los hijos de los obreros, gentes sin recursos, pequeño-burgueses, reciban una buena instrucción. Solo a las familias que pueden pagar a sus hijos los elevados gastos de la enseñanza se les dará el privilegio de la cultura. Es por ello que la clase media y la pequeña burguesía han acogido esta reforma con muy mal humor, en particular los enseñantes y profesores, cuyas condiciones económicas se han agravado todavía más, siendo sometidos a una disciplina más estricta.

Otro ejemplo: para reformar la burocracia, el fascismo ha procedido a una revisión del status de los funcionarios según el siguiente principio: disminución de los salarios más bajos, aumento de salario a los altos funcionarios. Esta reforma ha provocado también el resentimiento contra el gobierno en el personal subalterno del Estado.

No podemos aquí tratar a fondo la cuestión de los impuestos, pero la fiscalidad fascista demuestra claramente el carácter de clase del gobierno. Este último quería volver a poner el presupuesto en equilibrio, pero no tomó ninguna medida contra los capitalistas; para aumentar las recetas, aumentó solo las cargas que pesan sobre el proletariado, los consumidores, la clase media y la pequeña burguesía.

Una de las principales causas del descontento reside en la forma como el fascismo ha tratado a la población rural, los pequeños campesinos, etc. Si es el enemigo jurado del proletariado industrial, no obstante ha agravado de manera no menos sensible las condiciones de vida de la clase campesina. Los gobiernos precedentes ya habían tomado disposiciones para reglamentar el impuesto sobre la renta, pero no habían sido aplicadas. El ministro fascista De Stefani veló por que su aplicación fuera tan draconiana de tal manera que es una carga fiscal realmente insoportable que pesa sobre toda la pequeña propiedad terrateniente, e incluso sobre los ingresos de los pequeños campesinos, hortelanos y trabajadores agrícolas. Esta carga se ha hecho todavía más pesada por los impuestos municipales y provinciales que en el pasado las administraciones locales socialistas habían reglamentado en un sentido anti-capitalista y favorable a los obreros. Hoy, al contrario, los impuestos al ganado y las otras tasas hacen más difícil que antes la vida de los pequeños campesinos. Recientemente, el impuesto al vino fue rebajado para calmar el descontento en el campo. Pero todos estos impuestos siguen representando una carga terrible

para la población agrícola.

Daré solamente el ejemplo de un camarada de la delegación italiana que es un pequeño campesino. Por una superficie de 12 hectáreas de las que en parte es propietario y que alquila otra parte, y que le aporta 12.000 liras, este debe pagar un impuesto de 1.500 liras, es decir, un 12,5%. ¡No es difícil deducir lo que habrá que sacar de la tierra para asegurar la existencia de una familia y del personal!

En el Sur, se produjo un fenómeno que merece ser observado. El año pasado, la vendimia fue excelente. Los precios habían bajado enormemente, y este año el vino se vende a precios muy bajos. Los granjeros, que son bastante numerosos en esta región, declaran que no obtienen ningún beneficio. En efecto, allí donde, fuera de la viña, se practican otros cultivos, los granjeros cuentan en general con otras producciones para cubrir mal que bien sus costos de producción y es la viticultura la que les da para vivir. Pero con el precio actual del vino, los impuestos y los costos de fabricación del vino, no les queda nada más. Los precios de venta son iguales a los costos de producción. El campesino y su familia, no teniendo ya de qué vivir, están obligados a endeudarse, a pedir prestado a los pequeños burgueses de los centros rurales o a los grandes propietarios terratenientes y, en este último caso, a hipotecar su tierra. Inmediatamente después de la guerra, la ley prohibía el aumento de los alquileres para cultivar la tierra. Los fascistas han abreviado estas leyes, y los alquileres que los pequeños granjeros deben pagar hoy a los terratenientes han aumentado del 100 al 400%. Incluso las cláusulas relativas al reparto de la cosecha entre arrendatarios y cultivadores han sido modificadas radicalmente en detrimento de estos últimos. Para vivir, el pequeño propietario se ve obligado a vender una parte de su tierra, o a renunciar a la parcela que había comprado mitad al contado y mitad a plazos. Hoy, si no puede pagar, pierde inmediatamente ya sea el terreno, ya sea el dinero ya invertido. Una verdadera expropiación de los pequeños propietarios está a punto de producirse. Habiendo comprado la tierra a precios elevados después de la guerra, hoy, que no posee dinero líquido son obligados a revenderla por un precio inferior. Esta auténtica expropiación efectuada por los grandes propietarios es un fenómeno que tiende cada vez más a generalizarse. Todas las medidas del gobierno fascista en este dominio han tenido como único resultado la agravación de las condiciones de vida del proletariado agrícola.

En el pasado, los socialistas condujeron una agitación con la que nosotros no pudimos estar completamente de acuerdo. Ellos buscaban hacer ejecutar por parte del gobierno grandes trabajos de bonificación para ocupar a los trabajadores y asalariados agrícolas y combatir el paro, aliviando el mercado de trabajo en los campos. El gobierno fascista suspendió estos trabajos para recuperar el equilibrio en las cuentas. Un gran número de trabajadores agrícolas han sido pues arrojados al mercado, la miseria en el campo se ha acrecentado y las condiciones de vida del proletariado rural se han agravado igualmente.

El descontento también está dirigido contra el gobierno. Los fascistas han hablado mucho de parasitismo de las viejas cooperativas rojas que explotaban sistemáticamente el Estado gracias a una presión sobre el Parlamento

en favor de los trabajos públicos; pero hoy hacen la misma cosa. Buscan con sus cooperativas fascistas (casi todo el viejo aparato socialista pasó a sus manos) conducir la misma política en interés de la nueva burocracia fascista.

Después de estas observaciones sobre la política social del fascismo, pasaré a otros sectores, y en particular a la política fascista en el dominio religioso. Esta constituye un buen ejemplo de su versatilidad teórica. Al principio, para explotar ciertos estados de humor tradicionales en las capas medias y en los intelectuales, el fascismo se había dado un programa anti-clerical y había combatido al partido popular católico para minar su influencia en el campo. En un segundo periodo, entrando en competencia con el partido popular, el fascismo se ha transformado en el partido oficial de la religión y el catolicismo. Esto es un hecho que hay que notar desde el punto de vista histórico y teórico. El Vaticano desarrolla una política pro-fascista. Ha aceptado con satisfacción las concesiones que el gobierno fascista le ha hecho mejorando las condiciones de vida del clero y restableciendo la enseñanza religiosa. Mussolini que, en Suiza, había editado una biblioteca anti-religiosa (una serie de fascículos en 5 partes demostrando la inexistencia de Dios y recordando los delitos cometidos por los Papas, la historia de la mujer elegida al trono pontificio y todas las otras tonterías de las que se ha servido durante siglos para oscurecer el cerebro de los trabajadores), Mussolini en persona invoca hoy al Padre Eterno cada vez que lo juzga oportuno y proclama que gobierna a Italia «en nombre de Dios».

El oportunismo político del Vaticano disimula sin embargo un antagonismo fundamental que al contrario aparece en las relaciones entre fascistas y miembros del partido popular (que constituye una especie de democracia cristiana): la idea católica como tal se opone al fascismo porque este representa una divinización de la patria y la nación que, desde el punto de vista católico, constituye una herejía. El fascismo querría hacer del catolicismo un asunto nacional italiano. Pero la iglesia católica práctica una política fundamentalmente internacional, universal, para extender su influencia política y moral por encima de todas las fronteras. Este contraste extremadamente significativo ha sido momentáneamente resuelto mediante un compromiso.

Pasemos ahora brevemente a la política exterior del fascismo. Los fascistas pretenden que antes de su llegada al poder Italia se encontraba en una situación internacional muy desfavorable, y que era despreciada por todos, pero desde que esta ha logrado dotarse de un gobierno fuerte, se le trata de una manera completamente diferente, y que su situación internacional ha cambiado profundamente. Los hechos demuestran que al fascismo no le ha quedado otra que continuar la política exterior tradicional de la burguesía italiana. Materialmente nada ha cambiado. Después de haber echado su carta principal tras el célebre episodio de Corfou, Mussolini renunció a este tipo de abusos de autoridad, ha vuelto a la razón, ha sido acogido en las filas de la diplomacia ortodoxa y se ha cuidado bien de repetir este primer error en las otras cuestiones. Los grandes diarios ingleses y franceses escriben que Mussolini es un hombre político muy hábil y que después de la expedición de Corfou, que fue una chiquillada, el Duce se ha vuelto sabio y muy prudente. En realidad, la política internacional de Mussolini es una políti-

ca de segunda fila, la única que se puede hacer hoy en Italia, ya que en la lucha de las grandes potencias mundiales, esta juega un rol subalterno. En la cuestión de las reparaciones y en el conflicto franco-alemán, Mussolini siempre tomó una actitud intermedia que no ejerció ninguna influencia en un sentido o en otro en la correlación de fuerzas existente. Su actitud oscilante ha sido recibida con beneplácito tanto por Alemania y Francia, como por Gran Bretaña.

Es cierto que el fascismo ha podido modificar e incluso voltear el equilibrio de fuerzas dentro de Italia. Pero no ha podido realizar lo mismo a escala internacional debido a que no posee ninguna influencia en las relaciones entre Estados. Ante la ausencia de un motivo histórico y social originario, hoy no se puede hablar seriamente de un imperialismo italiano.

Ciertos hechos ponen a la luz la extrema modestia a la que Mussolini se ve obligado en su política exterior. La cuestión del Fiume terminó en un compromiso con Yugoslavia, luego de las amenazas de guerra en su contra. Aquí también, el nacionalismo imperialista debió ceder ante la realidad internacional. El hecho de que el fascismo haya tenido que reconocer también a la Rusia soviética, muestra que la toma del poder le ha permitido practicar una política de extrema-derecha en Italia, pero no extenderla a escala internacional.

¿Qué impresión ha dado al proletariado italiano este reconocimiento? Este tiene una educación revolucionaria bastante buena y no ha permitido que le mientan con la campaña de la prensa fascista que, después de haber repetido todas las calumnias contra los bolcheviques, y todas las fábulas que corren sobre Rusia, de pronto se han puesto bajo la orden de escribir todo lo contrario, es decir, que no se trata ya de una revolución comunista, que el bolchevismo ha sido liquidado y que Rusia es un país burgués como cualquier otro, que entre Italia y Rusia existen intereses comunes, que Rusia y la Italia fascista pueden perfectamente trabajar juntas. El fascismo ha tratado incluso de acreditar la tesis grosera siguiente: estamos en presencia de dos revoluciones, dos dictaduras, dos ejemplos con el mismo método político de eliminación de la democracia, que por naturaleza deben concluir en acciones paralelas. Pero esta explicación no suscitó más que hilaridad. Sin poder evitar una evolución desfavorable al comercio exterior, los capitalistas italianos tenían todo interés en entrar en contacto con Rusia para ligarse comercialmente.

El proletariado italiano ha visto en esto una prueba de la debilidad de la Italia fascista, no de la Rusia soviética. Estoy sin embargo obligado a resaltar que la justa interpretación política de este acontecimiento internacional de primera importancia para el proletariado italiano ha sido perturbada por un molesto incidente; algunos camaradas rusos hicieron declaraciones que iban demasiado lejos en la explicación de este acto político, de declaraciones de amistad hacia Italia que podían ser interpretadas como favorables a la Italia *oficial* y del gran duce Mussolini, algo que debía crear malestar en el proletariado italiano que es perseguido por los fascistas. Sin esos malos pasos, todo el resto hubiese sido comprendido perfectamente por el proletariado revolucionario de Italia.

Vayamos ahora a las relaciones entre el aparato del partido fascista y el aparato del Estado bajo el nuevo go-

bierno. Estas relaciones han creado problemas muy espinosos que han provocado una crisis grave y han generado continuas fricciones en las filas mismas del fascismo. La vida interna de las organizaciones fascistas, desde un comienzo, ha sido muy agitada. Se trata además de una organización gigantesca que reúne a 700.000 adherentes, donde los conflictos son moneda corriente. Pero la aspreza y la violencia de las contradicciones internas del movimiento fascista en Italia son excepcionales. Al comienzo, el problema de las relaciones entre partido y Estado fue resuelto de manera defectuosa, reemplazando las autoridades estatales por comisarios políticos salidos de las filas del partido y ejerciendo una cierta influencia en los funcionarios, es decir, disponiendo del poder real. Esto provocó fricciones gracias al Sur, donde el fascismo no puede contar con sólidas organizaciones. Este es el aspecto más curioso del fenómeno.

A excepción de algunos distritos que han presenciado conflictos agrarios comparables a los del Valle de Pò, el Sur jamás ha tenido movimientos verdaderamente fascistas. Allí, este se ha implantado de la manera siguiente: después de la llegada del fascismo al poder, las pandillas burguesas locales decidieron adherirse al partido fascista con el fin de conservar el aparato administrativo en sus manos para defender sus intereses. Luego de las elecciones, los representantes de las listas de oposición fueron perseguidos, y las escuadras fascistas fueron organizadas, con certificados electorales que las administraciones municipales les otorgaban, para votar 30, 40 y hasta 50 veces. Ante estas circunstancias, Mussolini se vio obligado a hacer una extraordinaria declaración: el Sur de Italia ha salvado la patria, el Sur posee fuerzas más aguerridas en la lucha contra la democracia revolucionaria, el Sur no se ha dejado arrastrar al mal camino en 1919-1920, etc. De esta manera ha revisado completamente su interpretación política precedente en que reconocía al Norte como la parte más avanzada y civilizada del país y el apoyo más sólido del Estado. En sus últimos discursos, Mussolini vuelve, es verdad, a esa vieja teoría, olvidando poner de acuerdo sus palabras con los resultados estadísticos oficiales de las elecciones. En el Sur, el fascismo es extremadamente débil. Incluso se puede decir que en el escándalo Matteotti el Sur se pronunció de manera unánime contra el gobierno. Este importante hecho muestra con qué medios artificiosos el fascismo se mantiene en el poder.

Estudiemos ahora a los otros partidos que participaron en las elecciones. Antes de abordar a los partidos pro-fascistas, quiero mencionar al partido nacionalista que hoy en día se confunde oficialmente con el partido fascista. El partido nacionalista existía mucho antes de que se hablara de fascismo; el primero ha ejercido una gran influencia sobre el segundo, y es este último quien le ha dado al primero el miserable bagaje teórico que posee. El ala derecha de los liberales, dirigida por Salandra, también se ha unido totalmente al fascismo; sus miembros fueron candidatos en la lista fascista; otras personalidades y grupos «liberales», que no pudieron presentarse en estas listas, han presentado en paralelo otras listas puramente fascistas a fin de arrancar lo más posible algunos de los ediles reservados a la minoría. Al lado de estas listas oficiales y de las otras listas paralelas hubo listas liberales oficiosamente apoyadas por el gobierno y por otros, como

la de Giolitti, quienes no eran abiertamente antifascistas y a los que el gobierno dejó conquistar algunos puestos absteniéndose de combatirlos.

En lo que concierne a la oposición, hay que señalar la derrota de los partidos parlamentarios en los cuales se había dividido tradicionalmente la «democracia» y que en el pasado tuvieron un gran número de diputados. Bonomi (social-reformista de extrema-derecha) no fue reelegido. Di Cesare y Amendola no salvaron sino un pequeño grupo de adherentes tras la lucha encarnizada que el gobierno lleva contra ellos, y sobre todo contra el segundo. Incluso el partido popular sufrió una grave derrota. En la vieja Cámara, llegó hasta a participar en el gobierno fascista; siempre ha tenido una actitud equívoca, y la única vez que ha roto abiertamente con Mussolini fue luchando contra la nueva ley electoral; esta se deshizo de los ministros «populares». La crisis que estalla en consecuencia obligó al jefe del partido Don Sturzo, a renunciar oficialmente a su cargo, pero continua dirigiendo la política del partido. Esto provocó una escisión. Un grupo de populares nacionales se separó del partido y se pronunció por la lista fascista. La masa del partido sigue todavía a Don Sturzo. La extrema-izquierda dirigida por Migliori se alejó también, llevando a las zonas rurales una agitación que algunas veces se acercaba a la de las organizaciones revolucionarias. Dentro del partido, la influencia de los grandes propietarios prevalece bajo la forma del centro conciliador de Don Sturzo, pero el movimiento popular ha recibido duros golpes.

Otro pequeño partido digno de ser mencionado participó en las elecciones: el partido campesino que presentó sus propias listas en dos o tres circunscripciones. Este partido está compuesto por pequeños campesinos insatisfechos que, sin querer confiar la representación de sus intereses a ninguno de los partidos existentes, han preferido formar un partido autónomo. Tal vez este movimiento tenga futuro. Puede ser llamado a tener una importancia nacional. El pequeño partido republicano que hay que considerar en parte como un partido proletario tiene una actitud más bien confusa, pero hace una oposición bastante enérgica al gobierno fascista. Ha conquistado dos nuevos puestos en el Parlamento puesto que tiene 7 diputados en la nueva Cámara frente a 5 en la antigua.

Ahora hay que examinar a los tres partidos que salieron del viejo partido socialista tradicional: el partido socialista unitario, el partido socialista maximalista y el partido comunista. Se sabe que antes de la escisión, estos partidos detentaban en total 150 ediles. Hoy los unitarios (reformistas) tienen 24, los maximalistas 22 y los comunistas 19. Los comunistas han presentado una lista común junto a la fracción «tercinternacionalista» del partido maximalista bajo la bandera de la unidad proletaria. Se puede decir que el partido comunista es el único de todos los partidos de oposición que no solo ha regresado al parlamento con sus fuerzas intactas, sino que ha conquistado nuevos puestos. En 1921, tenía 15, hoy 19. Es cierto que uno de sus mandatos ha sido protestado y que quedaremos en 18, pero esto aquí es un detalle.

Fuera de las pequeñas listas de irredentistas alemanes y eslavos anexados a Italia, hay un partido nacido hace pocos años en Cerdeña que reivindica si no la separación completa de Italia, por lo menos una amplia autonomía regional. Se trata de un movimiento que busca la descen-

tralización del Estado, un relajamiento de los lazos entre Cerdeña e Italia, lo que puede engendrar otros movimientos análogos en otras regiones cuya situación es peor todavía. Eso parece ser ya el caso en Basilicata. El movimiento tiene ciertas relaciones con el movimiento puramente intelectual de Turín que publica la revista *Revolución Liberal* que defiende las tesis del liberalismo y en parte del federalismo. Este grupo se opone enérgicamente al fascismo y ha reunido un cierto número de simpatizantes en los medios intelectuales. Como se puede observar, la oposición está dividida en un gran número de pequeños grupos.

Hay que citar igualmente a algunas corrientes políticas que no participaron en las elecciones. Es, por ejemplo, el caso del movimiento dirigido por D'Annunzio que espera una señal de su jefe para entrar en acción. Pero, en estos últimos tiempos, la actitud de D'Annunzio ha sido más bien contradictoria y por ahora guarda silencio. Su movimiento tiene sus orígenes en el movimiento de las clases medias y de los combatientes que no querían someterse a la inmovilización oficial de la gran burguesía y que, dado que el fascismo renegaba de su programa para orientarse en un sentido netamente conservador, tomaron distancia. Debemos citar también al movimiento de «Italia libre», es decir, la oposición anti-fascista en el seno de las organizaciones de antiguos combatientes cuya influencia tiende a crecer de manera sensible. Otro movimiento anti-fascista que se dedica a una intensa actividad es la francmasonería. Frente al fascismo, las logias francmasónicas han pasado por una grave crisis. También se produjo una escisión, del resto sin gran importancia; se trata de aislar del movimiento francmasón un pequeño grupo de oposición que se había declarado pro-fascista.

Los fascistas han hecho campaña contra la francmasonería. Como fascista, Mussolini hizo aprobar la misma decisión que en 1914 había tomado cuando era socialista; la declaró incompatible con su movimiento. La francmasonería no dejó de responder enérgicamente a estos ataques. Esta puso todo su empeño en el extranjero, en los medios aristocráticos, en realizar una obra notable de clarificación contra el fascismo por la propaganda contra el terror que este ejerce. Lo mismo hizo en Italia, en la pequeña burguesía y entre los intelectuales donde los francmasones ejercen gran influencia y donde este trabajo tiene cierta importancia.

El movimiento anarquista no juega hoy en día ningún rol notable en la política italiana. Como se ve, las diferentes corrientes de oposición a la imponente mayoría fascista conforman un cuadro muy complicado.

Esta oposición tiene cierta fuerza en la prensa, pero ¿qué representa en el terreno de la organización política y militar, es decir, en lo que concierne a la posibilidad práctica de un ataque contra el fascismo en un futuro previsible? En este terreno, esta no representa casi nada. Es verdad que ciertos grupos como los republicanos y los francmasones quisieran hacer creer que poseen una organización anti-fascista ilegal, pero no hay que tomar en serio estas alegaciones. Lo único serio es la fuerte corriente de oposición tanto en la opinión como en la prensa. La oposición burguesa dispone de una prensa de una gran importancia y ciertos diarios de amplia difusión toman una actitud hostil cuando no de oposición abierta al fascismo.

El «Corriere de la Sera» de Milán y «La Stampa» de Turín influyen la opinión – sobre todo en la burguesía media – en el sentido de una oposición tenaz, aunque discreta. Todo ello prueba que el descontento contra el fascismo ha crecido desde su toma del poder.

A pesar de lo difícil que es definir y clasificar a los diversos grupos de oposición, no obstante podemos trazar algunas fronteras bien claras entre el estado de ánimo del proletariado y el de la clase media.

El proletariado es anti-fascista por conciencia de clase. Ve en la lucha contra el fascismo una gran batalla destinada a derrumbar radicalmente la situación y reemplazar la dictadura del fascismo por la dictadura revolucionaria. El proletariado quiere la revancha, no en el sentido banal y sentimental del término, sino en un sentido histórico. Por instinto, el proletariado comprende que al reforzamiento y al predominio de la reacción hay que responder con una contraofensiva de las fuerzas de oposición; siente que el estado de cosas actual no podrá ser cambiado radicalmente sino con un nuevo periodo de duras luchas y, en caso de victoria, ayudado por la dictadura proletaria. Espera ese momento para devolver al adversario de clase, con una energía multiplicada por la experiencia vivida, los golpes que hoy debe soportar.

El anti-fascismo de las clases medias tiene un carácter menos activo. Se trata, es verdad, de una fuerte y sincera oposición, pero esto no impide a esta oposición fundarse en una orientación pacifista: se quiere de todo corazón restablecer en Italia una vida política normal, con plena libertad de opinión y discusión... pero sin cachiporrazos, sin empleo de la violencia. Todo retornará a la normalidad, los fascistas así como los comunistas deben tener el derecho de profesar sus convicciones. Esta es la ilusión de las capas medias que aspiran a un cierto equilibrio de fuerzas y a la libertad democrática.

Entre estos dos estados de ánimo que nacen del descontento suscitado por el fascismo, hay que hacer una clara distinción ya que el segundo presenta para nuestra acción dificultades que no hay que subestimar.

Igual pasa con la burguesía en sentido estricto la cual alimienta hoy dudas acerca de la oportunidad del movimiento fascista, preocupaciones de las que los dos órganos de prensa arriba mencionados se hacen portavoces.

Esta se pregunta: ¿es el método adecuado? ¿No se exagera? En nuestro interés de clase, hemos creado un cierto aparato que debía responder a estas exigencias. Pero ¿este no va a salirse de las metas que nos hemos fijado? ¿No se verá empujado a hacer más hasta convertirse en un peligro? Las capas más inteligentes de la burguesía italiana están por una revisión del fascismo y de la obligación reaccionaria que hace pesar sobre la sociedad por temor a que esto lleve a una explosión revolucionaria. Naturalmente, es en el estricto interés de la burguesía que estas capas de la clase dominante llevan en la prensa una campaña contra el fascismo para llevarlo al terreno de la legalidad, para convertirlo en un arma más elástica y más dócil de explotación de la clase obrera. Al mismo tiempo que manifiesta su entusiasmo por los resultados obtenidos por el fascismo, por el restablecimiento del orden burgués y la salvaguardia de su fundamento, la propiedad privada, estas capas son favorables a una hábil política de aparentes concesiones a los proletarios. Este estado de ánimo tiene una gran importancia.

Por ejemplo, el senador Agnelli, director de la principal firma automotriz italiana y capitalista más potente del país, es un liberal. Pero cuando, como le ha ocurrido a ciertos camaradas nuestros, se subestima este hecho, chocamos inmediatamente con la resistencia de los obreros de la Fiat quienes aseguran que en su empresa reina exactamente la misma reacción que en las fábricas dirigidas por los capitalistas miembros del partido fascista. Agnelli es un magnate inteligente, sabe que es peligroso provocar a las masas obreras; él rememora los penosos momentos que sufrió cuando los obreros ocuparon las cadenas de montaje e izaron la bandera roja; esta es la razón que lo empuja a dar consejos benévolos para que este conduja la lucha contra el proletariado de una manera más hábil. Evidentemente el fascismo no hace oídos sordos a estos consejos.

Antes del escándalo Matteotti, el fascismo se orientaba hacia la izquierda. En vísperas del asesinato, Mussolini tuvo un discurso en el cual, tornándose hacia la oposición, decía: «Uds conforman la nueva Cámara. No tendremos más elecciones; habríamos podido ejercer el poder de manera dictatorial, pero hemos querido dirigirnos al pueblo mismo, y debéis reconocer que hoy el pueblo ha respondido dándonos su adhesión plena y entera, y una mayoría abrumadora». Fue precisamente Matteotti quien le contestó declarando que desde el punto de vista democrático y constitucional, el fascismo había sufrido una derrota, que el gobierno fue puesto en minoría, que su mayoría era artificial y engañosa. Naturalmente, el fascismo no reconoció los hechos. Mussolini replicó: «De acuerdo a las cifras oficiales, somos mayoría. Yo me dirijo a la oposición. Se puede hacer oposición de dos formas. Primero, a la manera de los comunistas; a estos señores nada tengo que decirles. Son completamente lógicos. Su fin es abatirnos un día por la violencia revolucionaria e instaurar la dictadura del proletariado. A ellos les respondemos: no cederemos sino frente a una fuerza superior. ¿Quieren aventurarse a combatirnos? ¡Muy bien! A los otros grupos de oposición les decimos: su programa no admite el empleo de la violencia revolucionaria; ¿si no preparan la insurrección contra nosotros, qué buscan entonces? ¿Cómo piensan tomar el poder? La duración legal de la presente legislatura es de cinco años. Otras elecciones nos darán el mismo resultado. Lo mejor es, pues, llegar a un acuerdo con nosotros. Tal vez hemos exagerado y agudizado la medida. Hemos usado métodos ilegales que yo me esfuerzo en reprimir. ¡Os invito a la colaboración! ¡Propongan, digan lo que piensan! Encontraremos un justo medio». Esto era un llamado a la colaboración con todos los grupos de oposición no revolucionarios. Solo los comunistas fueron excluidos de la oferta de Mussolini. Del resto, declaró que una entente con la CGT era posible porque esta no se colocaba en el terreno de la teoría mágica de la revolución, y que el bolchevismo iba ahora a ser liquidado, etc.

Las cosas habían llegado hasta aquí. Esta actitud muestra la fuerza que había adquirido la oposición anti-fascista. El gobierno se veía obligado a tornarse hacia la izquierda. Es entonces que estalla la bomba. El escándalo Matteotti cambió completamente la situación en Italia. Un buen día, el diputado reformista Matteotti desaparece. Su familia espera en vano su retorno durante dos días, luego se dirige a la policía. Esta pretende no

saber nada. Después que la noticia pasa a los periódicos, algunos testigos oculares declaraban haber visto a 5 individuos atacar a Matteotti en plena calle, arrastrarlo a la fuerza en un coche y arrancar a toda velocidad. Esto sacudió a la opinión pública. ¿Tal vez Matteotti fue llevado a la prisión? ¿Tal vez se trata de un retorno al terror individual, a la política de la cachiporra? ¿Tal vez solo querían que firmara una declaración? ¿Será algo peor? ¿Un asesinato, tal vez?

Obligado a responder, Mussolini respondió inmediatamente en nombre del gobierno que buscaría a los culpables. Hubo pocas detenciones, pero rápidamente se comprendió que Matteotti había sido asesinado por una banda de fascistas en relación con la organización terrorista del partido. Los fascistas tomarán la posición siguiente: Se trata de un gesto lamentable de una corriente ilegal que combatimos y contra la cual Mussolini siempre se ha dirigido. Es un acto individual, un delito de derecho común. Los culpables serán castigados. Pero la opinión no se contenta con estas explicaciones. Toda la prensa se apura en demostrar que los motivos del delito no podían ser puramente personales, que en realidad los asesinos formaban parte de una liga secreta, una especie de pandilla negra que en otras ocasiones ya había cometido delitos similares que han quedado impunes porque no tuvieron el eco que provocó el asesinato de Matteotti. Un número creciente de personas fueron acusadas, personalidades del régimen atacadas. Se probó que el coche en cuestión había sido aportado por un órgano fascista extremista: el «Corriere italiano». Se acusó a un miembro del directorio de los cuatro, Cesare Rossi; acusaron al subsecretario de Estado al Interior, Aldo Finzi. Varias personalidades fascistas fueron entonces arrestadas.

Los anti-fascistas hicieron una violenta campaña de prensa. Pidieron que señalasen al responsable del asesinato, ya que aunque el cadáver todavía no había sido hallado, no cabía ninguna duda que se trataba de un asesinato. ¿Fue un crimen por motivos políticos, una venganza por el discurso pronunciado por Matteotti contra el fascismo en la Cámara de diputados? ¿Solo fue una mala interpretación de las órdenes dadas? En mi opinión, esta hipótesis no puede descartarse en absoluto. Puede que la orden haya sido la de mantener prisionero a Matteotti durante varios días, pero debido a su resistencia, los bandidos lo mataron. ¿Se trata de algo todavía más sospechoso? Se dice que Matteotti poseía ciertos documentos acerca de la corrupción personal de toda una serie de miembros del gobierno fascista y que este quería publicarlos. ¿Acaso por esta razón lo han querido eliminar? Pero esta hipótesis es poco probable. Matteotti jamás hubiese cometido la imprudencia de llevar con él semejantes documentos, e incluso si ese fuera el caso, hubiese guardado copias. Sin embargo, en la campaña de prensa, se afirmó que el Ministerio del Interior se había convertido en un local de asuntos en el que los capitalistas venían a comprar los favores del gobierno. Se habló de gruesas sumas enfundadas por altos funcionarios, por ejemplo el escándalo Sinclair, es decir, tras el acuerdo que concede a una firma extranjera el monopolio de la extracción del petróleo en Italia. Se dice también que el casino de Monte-Carlo había aportado una enorme suma para obtener la promulgación de la ley que limitaba el número de autorizaciones de apertura de casas de juego en Italia.

A consecuencia de estos rumores, los fascistas obligaron a Finzi a renunciar inmediatamente. La cuestión sigue abierta: ¿se trata aquí de un crimen político en el sentido estricto de la palabra, o de un crimen provocado por la necesidad de empujar al silencio a los testigos de la corrupción moral del gobierno fascista? Como quiera que sea, frente a estas dos posibilidades, la actitud de la oposición burguesa y la de la oposición comunista son totalmente diferentes.

¿Qué dice la oposición burguesa? Para esta, no se trata de una cuestión judicial. Le pide al gobierno que castigue a los culpables. Su punto de vista es que el gobierno no puede limitarse a establecer quienes son los asesinos, que la justicia haga luz sobre los hechos acaecidos, que incluso las personalidades altamente ubicadas y hasta los miembros del gobierno implicados en el asunto deben ser llamadas a responder por sus actos. Por ejemplo, después de encontrar ciertas corresponsabilidades, el jefe supremo de la policía, el general De Bono, fue acusado y obligado a dimitir. Esto muestra hasta qué grado de la jerarquía fascista las responsabilidades suben. No obstante, De Bono continúa siendo uno de los principales dirigentes de la Milicia Nacional. La oposición burguesa reduce, pues, toda la cuestión a un asunto judicial, una cuestión de moral política, de restablecimiento de la calma y de la paz social en el país. Esta considera que hay que acabar con el terror y la violencia.

Para nosotros, comunistas, se trata al contrario de una cuestión política e histórica, de una cuestión de lucha de clase, de la consecuencia extrema, pero necesaria, de la ofensiva capitalista por la defensa de la burguesía italiana. La responsabilidad de estos horrores recae sobre todo en el partido fascista, todo el gobierno, toda la clase burguesa de Italia y sobre su régimen. Es necesario declarar abiertamente que solo la acción revolucionaria del proletariado puede liquidar una situación parecida. Una situación que presenta tales síntomas no se sanará con simples medidas judiciales, por el restablecimiento de la ley y del orden deseado por los filisteos. Para semejante cura hay que destruir con urgencia el orden constituido, hay que proceder con urgencia a una transformación completa que solo el proletariado puede llevar a cabo. Al comienzo, los comunistas se unieron a las protestas de la oposición parlamentaria en la Cámara. Pero rápidamente fue necesario trazar una línea limítrofe entre nuestra oposición y la de ellos, por eso los comunistas no participaron más en las declaraciones posteriores de los otros partidos.

Incluso los maximalistas son representados en el comité de la oposición parlamentaria. A este respecto, debemos señalar un hecho bien característico. Para protestar contra el asesinato de Matteotti, el Partido Comunista rápidamente propuso una huelga general en toda Italia. Huelgas espontáneas ya habían estallado en varias ciudades, por tanto, esta proposición comunista fue hecha concretamente y en la más estricta seriedad. Con la aprobación de los maximalistas, los otros partidos al contrario propusieron como sola acción de protesta en honor de Matteotti una huelga de diez minutos. Desgraciadamente para los reformistas, los maximalistas, la CGT y los otros grupos de oposición, la Confederación de Industriales y los sindicatos fascistas acogieron inmediata y favorablemente esta proposición y participaron oficialmente en la protesta que, de hecho, perdía naturalmente todo

sentido como acción de clase! Hoy es claro que solo los comunistas hicieron una proposición que habría permitido al proletariado intervenir en los acontecimientos de manera decisiva.

¿Qué perspectiva ofrece la situación actual al gobierno Mussolini? Ante los últimos eventos, estábamos forzados a constatar que pese a todos los signos anunciadores del descontento creciente suscitado por el fascismo, la organización militar y estatal de este último era demasiado poderosa como para que alguna fuerza pueda trabajar prácticamente en abatirlo en un cercano futuro. El descontento iba creciendo, pero estábamos todavía lejos de la crisis. Los hechos recientes muestran luminosamente cómo pequeñas causas pueden tener grandes efectos. El asesinato de Matteotti aceleró en forma extraordinaria el desarrollo de la situación, aun cuando, evidentemente, las premisas de este desarrollo se encontraban latentes en las condiciones sociales. El ritmo de la crisis fascista se ha acelerado fuertemente, el gobierno fascista ha sufrido desde el punto de vista moral, psicológico y, en cierto modo, también políticamente una derrota vergonzosa. Esta derrota no se repercutió en el terreno de la organización política, militar y administrativa, pero es claro que esta constituye el primer paso hacia un desenlace ulterior de la crisis y hacia la lucha por el poder. El gobierno ha debido hacer concesiones notables, tal como el abandono de la cartera del Interior al viejo jefe nacionalista convertido en fascista, Federzoni. Debió hacer todavía concesiones pero no dejó de conservar el poder. En sus discursos al Senado, Mussolini ha dicho abiertamente que guardará su puesto y se servirá de todos los medios gubernamentales que este tiene contra todos aquellos que lo atacuen.

Según las últimas noticias, la ola de indignación en la opinión pública no ha disminuido todavía. Pero la situación objetiva se ha vuelto estable. La Milicia Nacional, que había sido movilizada dos días después del asesinato de Matteotti, viene de ser desmovilizada y sus miembros devueltos a sus ocupaciones habituales. Esto significa que el gobierno considera que todo peligro inmediato ha sido alejado. Pero es claro que eventos importantes se producirán mucho más rápido de lo que nosotros habíamos previsto antes del escándalo Matteotti. También es claro que la posición del fascismo será muchos más difícil en el futuro y que la posibilidad práctica de acciones contra el fascismo es hoy diferente a la que era antes de los eventos ocurridos.

¿Cómo debemos comportarnos ante la nueva situación que se abrió inesperadamente? Expondré esquemáticamente mi posición.

El PC debe señalar el rol *independiente* que la situación en Italia le asignó y lanzar la consigna siguiente: liquidación de los grupos de oposición anti-fascista existentes y reemplazo de aquellos por la acción directa y abierta del movimiento comunista. Hoy vivimos acontecimientos que ponen al PC en la primera fila del interés público. Con la toma del poder por los fascistas, nuestros camaradas fueron arrestados en masa durante cierto tiempo. El fascismo se jactó entonces de haber liquidado a las fuerzas comunistas y bolcheviques, de haber completamente liquidado al movimiento revolucionario. Pero desde hace poco tiempo, y sobre todo desde las elecciones, el partido da señales de vida demasiado evidentes como para creer en semejantes afirmaciones. En todos sus dis-

ursos, Mussolini está obligado a citar a los comunistas. En su polémica sobre Matteotti, la prensa fascista debe defenderse cotidianamente y toma posición contra los comunistas.

Esta atrae todas las miradas sobre nuestro partido y sobre el rol particular e independiente que juega frente a todos los otros grupos de oposición en un estricto parentesco. La posición particular que ha tomado nuestro partido traza una línea de demarcación clara entre este y los otros grupos. Por otra parte, gracias a las experiencias de la lucha de clases en Italia durante y después de la guerra y a las crueles decepciones que esta ha producido, la necesidad de una liquidación completa de todas las corrientes socialdemócratas, de la izquierda burguesa a la derecha proletaria, está arraigada en la conciencia del proletariado italiano. Todas esas corrientes tuvieron la posibilidad práctica de actuar y de afirmarse. La experiencia ha mostrado que son insuficientes e incapaces. La vanguardia del proletariado revolucionario, el partido comunista, es la única que jamás ha cedido.

Pero para poder hacer política independiente en Italia, es absolutamente necesario que no haya ningún derrotismo en el seno del partido mismo. No podemos ir a contar a los proletarios italianos, que tienen confianza en el partido y en sus esfuerzos, que las tentativas de acción hechas hasta aquí por los comunistas han fracasado y resultado fallidas. Si mostramos en los hechos que el partido es el único partido de oposición todavía en pie; si sabemos dar la consigna capaz de indicar una vía practicable para lanzar el ataque, cumplimos con éxito nuestra tarea, que es la de liquidar a los grupos de oposición, y en primer lugar a los socialistas y maximalistas. En mi opinión, es en este sentido que debemos explotar la situación.

Nuestro trabajo en este sentido no debe limitarse a la polémica. Debemos hacer un trabajo práctico por la conquista de las masas. La finalidad de este trabajo es la de agrupar unitariamente a las masas por medio de la acción revolucionaria, a realizar el frente único del proletariado urbano y rural. Es solo realizando esta agrupación unitaria que habremos logrado la condición que nos permita entablar la lucha directa contra el fascismo. Es un gran trabajo que puede y debe ser llevado a cabo, manteniendo la independencia del partido.

Es posible que a causa del escándalo Matteotti, el fascismo desate una segunda ola de terror contra la oposición. Pero esto no será más que un episodio en el desarrollo de la situación. Tal vez asistiremos a una retirada de la oposición, una morosidad de la expresión pública del descontento, a causa de este nuevo periodo de terror. Pero a la larga, la oposición y el descontento volverán a crecer. El fascismo no puede conservar el poder ejerciendo una presión incesante por mucho tiempo. Tal vez existe otra posibilidad: el reagrupamiento de todas las masas obreras bajo la iniciativa del PC que daría la consigna de reconstituir los sindicatos rojos. Tal vez sea posible comenzar este trabajo mañana.

Los oportunistas no osan desarrollar tal acción. En Italia, existen ciudades donde con éxito seguro se podría invitar a los obreros a formar parte de los sindicatos rojos. Pero este retorno sería la señal para la lucha, ya que habrá que estar preparados al mismo tiempo para enfrentar a los fascistas: esta es la razón por la que los partidos oportunistas no están nada apurados en reconstituir las organi-

zaciones de masas del proletariado. Si el PC es la primera en explotar el momento favorable para lanzar esta consigna, es posible que la reorganización del movimiento obrero italiano se haga alrededor del Partido Comunista.

Inclusive antes de la situación creada por el escándalo Matteotti, una actitud independiente de nuestra parte ha sido la mejor maniobra que hemos podido efectuar. Por ejemplo, en las elecciones hasta no-comunistas votaron por nuestras listas ya que, decían, veían en el comunismo el antifascismo más claro y más radical, el rechazo más perfecto de lo que odiaban. La independencia de nuestra posición es, pues, un medio para ejercer una influencia política incluso en las capas que no están ligadas directamente a nosotros. Es precisamente por el hecho de que nos hemos presentado con un programa sin equívocos el enorme éxito que nuestro partido ha obtenido en las elecciones, a pesar de la ofensiva gubernamental lanzada especialmente contra nuestras listas y nuestra campaña. Nos hemos presentado oficialmente bajo la consigna «unidad del proletariado», pero las masas votaron por nosotros por que éramos comunistas, porque declarábamos abiertamente la guerra al fascismo, porque nuestros mismos adversarios nos decían irreconciliables. Esta actitud nos ha valido un éxito notable.

Lo mismo vale para el escándalo Matteotti. Todas las miradas se volvieron hacia el Partido Comunista, que habla realmente con un lenguaje diferente al de todos los otros partidos de oposición. De esto resulta que solo una actitud absolutamente independiente y radical, tanto frente al fascismo como frente a la oposición, nos permitirá explotar los acontecimientos en curso para derribar el inmenso poder del fascismo.

El mismo trabajo debe ser hecho para la conquista de las masas campesinas. Debemos elaborar una forma de organización del campesinado que nos permita trabajar no solo entre los asalariados agrícolas, que se encuentran ubicados en la misma línea que los asalariados industriales, pero también entre los agricultores, etc. dentro de las organizaciones que defienden sus intereses. La situación económica es tal que la presión, por más grande que sea, no podrá impedir la formación de este tipo de organizaciones. Hay que tratar de plantear esta cuestión frente a los campesinos pequeños propietarios, y presentar un programa claro contra la opresión y la expropiación de la cual son objetos. Hay que romper definitivamente con la actitud ambigua del partido socialista en este dominio. Hay que utilizar las corrientes existentes para la formación de organizaciones campesinas y empujarlas por el camino de la defensa de los intereses económicos y políticos de la población rural. Si en efecto estas organizaciones se transformaran en aparatos electorales, caerían en las manos de agitadores burgueses, políticos y abogados de pequeñas ciudades y aldeas. Si al contrario logramos dar vida a una organización de defensa de los intereses económicos del campesinado (que no sería un sindicato, puesto que en teoría la idea de un sindicato de pequeños propietarios hacen surgir una serie de objeciones), dispondremos de una asociación en el seno de la cual podemos hacer un trabajo de partido, en la que podríamos hacer penetrar nuestra influencia y que serviría como punto de apoyo a un bloque del proletariado urbano y rural bajo la dirección única del Partido Comunista.

De ninguna manera se trata de presentar un programa

terrorista. Nos fabrican leyendas. Se dice que nosotros queremos ser un partido minoritario, una pequeña élite o cosas parecidas. Jamás hemos defendido una tesis semejante. Si existe un movimiento que, por su crítica y táctica, se esfuerza sin descanso en destruir las ilusiones sobre las minorías terroristas que en el pasado habían difundido los ultra-anarquistas y los sindicalistas, ese es el nuestro. Siempre nos hemos opuestos a esta tendencia y es verdaderamente proferir falsas verdades ¡presentarnos como terroristas o partidarios de la acción de heroicas minorías armadas!

Sin embargo, somos de la opinión que es necesario tomar una posición de principio clara sobre la cuestión del desarme de las bandas fascistas y el armamento del proletariado, de lo cual nuestro partido se ocupa hoy. Ciertamente la lucha es imposible sin la participación de las masas. En su gran masa, el proletariado sabe muy bien que la cuestión no puede ser resuelta con la ofensiva de la vanguardia heroica. Esta es una posición ingenua que un partido marxista debe rechazar. Pero si lanzamos a las masas la consigna del desarme de las bandas fascistas y armamento del proletariado, debemos presentar a las masas mismas como protagonistas de la acción. Debemos rechazar la ilusión según la cual un «gobierno de transición» pudiera ser tan inocente hasta el punto de permitir que con medios legales, maniobras parlamentarias, expedientes más o menos hábiles, se haga el asedio a las posiciones de la burguesía, es decir, que se apodere legalmente de todo su aparato técnico y militar para distribuir tranquilamente las armas a los proletarios. Esta es una concepción realmente infantil. No es tan fácil hacer la revolución.

Estamos absolutamente convencidos de la imposibilidad de emprender la lucha con solo unas pocas centenas o unos cuantos miles de comunistas armados. El PC de Italia sería el último en alimentar ese tipo de ilusión. Estamos firmemente convencidos de que no puede huir de la necesidad de llamar a las grandes masas a participar en la lucha. Pero el armamento es un problema que no puede ser resuelto sino por medios revolucionarios. No podemos explotar un desarrollo cuyo ritmo disminuye para crear formaciones proletarias revolucionarias; pero debemos despojarnos de la ilusión de que un día podríamos apoderarnos del aparato militar y armas de la burguesía por medio de una maniobra cualquiera, es decir, atar las manos a nuestros adversarios antes de atacarlos.

Combatir esta ilusión que, desde el punto de vista revolucionario, invita al proletariado a la pereza, no es caer en el terrorismo. Es al contrario una actitud verdaderamente marxista y revolucionaria. Nosotros no decimos que somos comunistas «de élite» y no buscamos sacudir el equilibrio social mediante la acción de una minoría. Al contrario, queremos conquistar la dirección de las masas proletarias, queremos la unidad de acción del proletariado; pero queremos también utilizar las experiencias vividas por el proletariado italiano y que enseñan que bajo la dirección de un partido sin solidez (aunque se trate de un partido de masas) o de una coalición improvisada de partidos, las luchas no pueden tener otra salida que la derrota. Queremos la lucha común de las masas trabajadoras de la ciudad y el campo, pero queremos que estas luchas sean dirigidas por un Estado-Mayor – el partido comunista – con una línea política clara.

Este es el problema que tenemos delante.

La situación puede evolucionar de forma más o menos complicada, pero desde ya existen las condiciones de consignas y agitación, con la cual tomaremos la iniciativa de la revolución, declarando abiertamente que ahora habrá que pasar por sobre las ruinas de los grupos de oposición antifascistas existentes. El proletariado debe ser advertido del hecho de que cuando se presente la hora de tomar el poder como un peligro inminente para la burguesía de Italia, todas las fuerzas burguesas y socialdemócratas se unirán con el fascismo. Tales son las perspectivas de lucha a las que debemos prepararnos.

Para terminar, queremos agregar unas palabras sobre el fascismo en tanto fenómeno internacional, basándonos en las experiencias vividas por nosotros en Italia.

Somos de la opinión de que el fascismo de cierta forma tiende también a expandirse fuera de Italia. En países como Bulgaria, Hungría y tal vez también Alemania, existen movimientos similares que probablemente han sido apoyados por el fascismo italiano. Es cierto que el proletariado del mundo entero debe comprender y utilizar las lecciones que el fascismo nos ha dado en Italia, para el caso en que movimientos semejantes se formaran en otros países como medio para luchar contra los trabajadores; pero no se debe olvidar que en Italia existieron condiciones particulares que han permitido al movimiento fascista conquistar la enorme fuerza con que cuenta hoy. Entre estas condiciones, hay que notar ante todo la unidad nacional y religiosa. Pero creo que ambas son indispensables para la movilización de las capas medias por el fascismo. La unidad nacional y religiosa es una base indispensable para una movilización sentimental. En Alemania, la existencia de dos confesiones y diversas nacionalidades con posiciones a mitad separatistas es un obstáculo a la formación de un gran partido fascista. En Italia, el fascismo encontró condiciones excepcionalmente favorables; en Italia, que ha sido uno de los países vencedores, el chovinismo y el patriotismo habían alcanzado un grado de sobre-exitación tan grandes como las ventajas materiales obtenidas con la victoria y que se habían revelado más débiles. La derrota del proletariado está estrechamente ligada a este hecho. Las capas medias esperarán a fin de saber si el proletariado tenía o no bastante fuerza para vencer. Cuando la impotencia de los partidos revolucionarios del proletariado era patente, estas capas creyeron poder actuar de manera independiente y apoderarse del gobierno. Entre tanto, la gran burguesía se las había arreglado para ligar estas fuerzas a sus propios intereses.

En razón de estos hechos, creo que no debemos esperar un fascismo tan declarado como el fascismo italiano en otros países, es decir, en un movimiento unitario de las capas superiores de la clase explotadora y en una inmovilización de grandes masas de capas medias y de la pequeña burguesía en el interés de estas últimas. En otros países, el fascismo se distingue del que hay en Italia. Este se limita a un movimiento pequeño-burgués con una ideología reaccionaria propia de la pequeña burguesía y algunas formaciones armadas, pero este movimiento no logra identificarse completamente con la gran industria y sobre todo con el aparato de Estado. Este aparato puede muy bien juntarse con los partidos de la gran industria, grandes bancos y la gran propiedad terrateniente, pero este

sigue siendo más o menos independiente de la clase media y de la pequeña burguesía. Es claro que el fascismo de estos países es igualmente enemigo del proletariado, pero es un enemigo muchos menos peligroso que el fascismo italiano.

En mi opinión, la cuestión de las relaciones con un movimiento de este tipo está perfectamente resuelta: es una locura pensar en un enlace cualquiera con éste, ya que ofrece justamente las bases de una movilización política contra-revolucionaria de la masa semi-proletaria, y amenaza gravemente de empujar al proletariado mismo sobre estas bases.

En general, se puede esperar que aparezca fuera de Italia una copia del fascismo que se cruzará con las manifestaciones de la «ola democrática y pacifista». Pero el fascismo tomará otras formas distintas a la de Italia. La reacción y la ofensiva capitalista de las diferentes capas en lucha con el proletariado no se someterán a un dirección así de unitaria.

Mucho hemos hablado de organizaciones antifascistas italianas en el extranjero. Estas organizaciones han sido creadas por burgueses italianos emigrados. A la orden del día está también la cuestión del juicio que tiene la opinión pública sobre el fascismo italiano, de la campaña llevada a cabo por los países civilizados contra este. Incluso, hemos llegado a ver en la indignación moral de la burguesía de otros países un medio de liquidar el movimiento fascista. Los comunistas y los revolucionarios no puede abandonarse a ilusiones sobre la sensibilidad democrática y moral de la burguesía de otros países. Incluso allí donde hoy existen todavía tendencias pacifistas y de izquierda, el fascismo las utilizará sin escrúpulos como un método de lucha de clase. Sabemos que el capital internacional no puede más que alegrarse de la labor del fascismo en Italia, y del terror que ejerce en los obreros y campesinos. Para la lucha contra el fascismo, no podemos sino contar con la Internacional proletaria revolucionaria. Se trata de una cuestión de lucha de clase. No podemos tornarnos hacia los partidos democráticos de otros países, hacia asociaciones de imbéciles e hipócritas como la Liga de los Derechos Humanos, ya no queremos crear la ilusión de que estos partidos y corrientes representan algo de substancialmente diferente del fascismo, o que la burguesía de los otros países no esté en medida de infligir a su clase obrera las mismas persecuciones y las mismas atrocidades que el fascismo en Italia.

Para una sublevación contra el fascismo italiano y para una campaña internacional contra el terror que reina en nuestro país, contamos, pues, únicamente con las fuerzas revolucionarias de Italia y de otras partes. Son los trabajadores de todos los países los que deben boicotear a los fascistas italianos. Nuestros camaradas cuya lucha les ha valido persecuciones y que se han fugado al extranjero participarán útilmente a esta lucha y a la creación de un espíritu antifascista en el proletariado internacional.

La reacción y el terror que reinan en Italia deben suscitar un odio de clase, una contraofensiva del proletariado que conducirá a la reunión internacional de las fuerzas revolucionarias, a la lucha mundial contra el fascismo y contra todas las otras formas de opresión burguesa.

(1) Ver El Programa Comunista n°52.

SUMARIOS DE «EL PROGRAMA COMUNISTA»

Órgano del partido
comunista internacional

No 52 - Octubre de 2016

• • El capitalismo imperialista habla de paz, mientras prepara la guerra • • Siguiendo el Hilo del Tiempo. «Puntos» democráticos y programas imperiales. (Battaglia Comunista, nº 2 de 1950) • • A cien años de la primera guerra mundial. Las posiciones fundamentales del comunismo revolucionario no han cambiado, al contrario, son todavía más intransigentes en la lucha contra la democracia burguesa, contra el nacionalismo y contra toda forma de oportunismo, mortífera intoxicación para el proletariado • • Proletariado y guerra. “La Izquierda de Zimmerwald” • • Informe de Amadeo Bordiga sobre el fascismo. IV congreso de la Internacional Comunista. 12ª sesión, 16 de noviembre de 1922. • • Noticias de actualidad: Turquía: ¿no son las elecciones ni los llamados a la paz, sino la guerra de clase lo único que podrá terminar con la explotación, la opresión y la represión! / Puño de hierro en Turquía / ¿En el referéndum sobre Europa, los proletarios británicos no tienen nada que elegir!

No 51 - Abril de 2015

• • El capitalismo mundial en la antecámara de una nueva crisis • • El partido comunista de Italia frente a la ofensiva fascista (1921-1924) - (Fin). (Informe a la Reunión General del Partido en Florencia - del 30 de abril al 1º de mayo de 1967) • • Notas de lectura: Italia 1919-1920. Los dos años rojos, o cómo «Lutte Ouvrière» reescribe la historia • • Notas de lectura: “Bordiga más allá del ‘mito’. El valor y los límites de una experiencia revolucionaria” • • Pequeño diccionario de clavos revisionistas. ACTIVISMO. Battaglia Comunista nº 6 (20 de marzo - 3 de abril de 1952) • • Tesis sobre la «cuestión china» (1964) • • Tesis y Adiciones sobre los Problemas Nacional y Colonial. Tesis suplementarias sobre la cuestión nacional y colonial. II Congreso de la Internacional Comunista (Moscú, julio de 1920)

No 50 - Septiembre de 2013

• • Presentación-••Bajo el mito de la Europa unida se incuban los antagonismos entre las potencias imperialistas y maduran, inexorablemente, irremediabiles enfrentamientos que lle-

van hacia la tercera guerra mundial si la revolución proletaria no lo impide • • La «cuestión china» (II) • • Amadeo Bordiga - Siguiendo el hilo del tiempo: La doctrina del diablo en el cuerpo • • Las dos caras de la revolución cubana • • El partido comunista de Italia frente a la ofensiva fascista (1921-1924)-(2)(Informe a la Reunión General del Partido en Florencia - del 30 de abril al 1º de mayo de 1967)

No 49 - Septiembre de 2011

• • Presentación • • Las revueltas en países árabes y el imperialismo Crisis capitalista, luchas obreras y partido de clase • • León Trotsky: Informe sobre la crisis económica mundial y las tareas de la Internacional Comunista • • La «cuestión china» • • Hace cuarenta años moría Amadeo Bordiga • • El partido comunista de Italia frente a la ofensiva fascista (1921-1924)-(1)(Informe a la Reunión General del Partido, en Florencia, del 30 de abril al 1º de mayo de 1967)

No 48 - Enero de 2009

• • El Partido de clase del proletariado frente a la actual crisis económica del capitalismo mundial • • Estado de «guerra permanente» y lucha de clase revolucionaria • • El Centralismo Orgánico • • China: particularidad de su evolución histórica • • Siguiendo el hilo del tiempo: Homicidio de los muertos • • Pese a sus crisis: ¡El capitalismo no se derrumbará sino bajo los golpes de la lucha proletaria! • • Israel masaca a los palestinos por cuenta propia y por cuenta de las potencias imperialistas mundiales

No 47 - Julio de 2007

• • Futuro del capitalismo: ¿Bienestar y prosperidad? No: Crisis económicas y miseria creciente del proletariado, cada vez y siempre más numeroso y oprimido en el mundo • • En defensa de la continuidad del programa comunista (8) • • Tesis suplementarias sobre la tarea histórica, la acción y la estructura del partido comunista mundial (Milán, Abril 1966) • • Tesis sobre la tarea histórica, la acción, y la estructura del partido comunista mundial, según las posiciones que desde hace más de medio siglo forman el patrimonio histórico de la Izquierda Comunista (Nápoles, Julio 1965) • • Contra la represión en Oaxaca: ¡lucha proletaria anticapitalista! • • Un terrible tsunami en el sudeste asiático provoca centenares de miles de víctimas • • Todas las autoridades sabían perfectamente lo que estaba sucediendo, pero nadie actuará • • Los 4 países más devastados por el tsunami del 26 de diciembre 2004 • • Crónica Negra y catástrofes de la moderna decadencia social (Técnica descarriada e indolente gestión, parasitaria y rapaz) • • La emigración y la revolución mundial: ¡Por la unidad del proletariado internacional! • • Unión Sagrada para condenar las revueltas de los suburbios • • Palestina, el Líbano: ¡Sionismo asesino, imperialismos y Estados árabes cómplices! • • La misión de los cascos azules es puramente de guerra imperialista: ¡ni un solo casco azul al Líbano! • • La guerra imperialista en el ciclo burgués y en el análisis marxista (Fin)

«el proletario»

Órgano del partido comunista
internacional

Precio del ejemplar: Europa : 1,5 € ,
3 FS ; América latina: US \$ 1,5;
USA y Cdn: US \$ 2.

No 16 - Enero - Mayo de 2018

• • Cataluña, punto de ebullición del orden burgués • • El capitalismo mundial, de crisis en crisis • • Primero de mayo de 2018. La clase dominante burguesa y sus partidarios falsamente obreros festejan otro año de altos beneficios capitalistas mientras las grandes masas proletarias sufren la explotación más bestial y la miseria cotidiana. • • Nuestro partido nunca será virtual • • El Comunista y las posiciones falsamente marxistas acerca del «problema catalán» • • Muerto contra el protocolo

No 15 - Sept. - Oct. - Nov. de 2017

• • El particularismo catalán exasperado hasta transformarlo en nacionalismo e

independentismo y la unidad de España esgrimida contra este son consignas exclusivamente burguesas con las cuales la clase explotadora busca colocar tras su bandera a los proletarios de todas las zonas del país. Frente a ello el proletariado sólo tiene una respuesta que dar: ¡El enemigo está en casa! ¡Es su propia burguesía! • • ¿Paz en Euskadi? Marxismo y nacionalismo por el mismo precio (2) • • Siguiendo a la burguesía y a la pequeña burguesía, sean estas catalanas o españolas, el proletariado sólo logra fortalecer las cadenas que le atan a la explotación capitalista. Frente a las consignas reaccionarias de «república catalana» y de «unidad de España» sólo hay una vía: ¡El retorno a la lucha de clase! • • Referéndum en Cataluña: ¡Contra la «unidad nacional»! ¡Contra todo particularismo! ¡Contra la colaboración entre clases! ¡Por la lucha independiente de clase! • • «Paro nacional» en Cataluña: La colaboración con la patronal y la burguesía lleva al proletariado a una derrota segura • • Na-

turalidad y objetivos de la revolución cubana. Lacerante alternativa histórica en el proletariado blanco tras la onda del asalto de la primera postguerra rosa y roja y el oscurecimiento presente en los partidos corrompidos de Moscú (2) • • Dos nuevas ediciones de la Dialéctica de la naturaleza, de Engels • • Lee el proletario • • Atentado en Barcelona: Terrorismo yihadista y democracia, dos banderas de la burguesía • • Nueva edición en castellano: Cuarenta años de valoración orgánica de los eventos de Rusia en el dramático desarrollo social e histórico internacional **No 14 - Junio - Julio - Agosto de 2017** • • El populismo, ideología pequeño burguesa y reaccionaria, es tan antiproletaria como es la democracia burguesa • • ¿Paz en Euskadi? • • La Corriente Revolucionaria de los Trabajadores: un aporte a la confusión entre la clase proletaria • • Naturaleza y objetivos de la revolución cubana. Lacerante alternativa histórica en el proletariado blanco tras la onda del asalto de la primera postguerra rosa y roja y el oscurecimiento presente en los partidos corrompidos de Moscú (1) • • ¡En Portugal, los muertos y heridos por los gigantescos incendios en los bosques son debidos al negocio del fuego! Como siempre, los negocios, los beneficios capitalistas son la causa de todos los dramas! • • Manchester Arena: una masacre usada cínicamente para remachar la «unión sagrada» entre proletariado y burguesía • • Huelga general en el Rif: El proletariado y las masas súper explotadas rifeñas dan una lección que debe superar todas las fronteras • • ¡Para que renazca la lucha de clase del proletariado! ¡Contra toda desviación de los intereses de clase pro-

letarios, contra toda política interclasista y cualquier salida chovinista, racista, oportunista entre los explotados de cualquier edad, género, raza, nacionalidad y país! **No 13 - Abril - mayo de 2017** • • 1917. La luz de octubre ilumina la vía de la revolución de mañana • • En España: crisis, recuperación y ejército industrial de reserva • • El delito de odio • • Deus ex machina • • Venezuela: frente a la crisis capitalista que empuja a la pequeña burguesía a la calle, el proletariado necesita su organización de clase independiente y su partido revolucionario! • • La América de Trump saca músculo • • 8 de marzo. Para la mujer proletaria sólo existe un camino: La lucha de clase anticapitalista y, por lo tanto, anti burguesa y anti democrática • • ¡Abajo el circo electoral! • • Lacerante alternativa histórica en el proletariado blanco tras la onda del asalto de la primera postguerra rosa y roja y el oscurecimiento presente en los partidos corrompidos de Moscú **No 12 - Noviembre-diciembre de 2016 / Enero de 2017** • • Las razones de SU abstencionismo • • Cuba: Muerto Fidel Castro no se abre una nueva fase de una "revolución socialista" que nunca ha sido tal, sino un reposicionamiento del capitalismo cubano en el mercado mundial • • Ni fueron, ni somos, ni serán... bordiguistas • • Novedades disponibles en el sitio del partido - www.pcint.org • • Verdad y mentira en la constitución cubana • • Ni en el Parlamento, ni en el Gobierno ni en la oposición. ¡Para luchar, el proletariado sólo puede confiar en sus propias fuerzas! • • Sobre la crisis prolongada del proletariado y sus posibilidades de re-

montarla (IV) • • La democracia americana se prepara para una vuelta de tuerca. Del demócrata Obama al Republicano Trump, diversos métodos para los mismos objetivos imperialistas • • "Dirty" Duterte, el nuevo rostro sangriento de la democracia burguesa en Filipinas • • De nuevo el proletariado inmigrante marca el camino • • Nuevo motín en un Centro de Internamiento de Extranjeros de Barcelona. Los proletarios inmigrantes, inasequibles a la farsa parlamentaria.

el proletario

ORGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

el proletario Nº 15
Septiembre de 2017
Precio: Europa 1 €, América del Norte US \$ 1, América Latina US \$ 0,5

El particularismo catalán esencialmente hebraico transformado en nacionalismo e independentismo y la unidad de España esgrimida contra este son consignas exclusivamente burguesas con las cuales la clase explotadora busca ocultar tras su bandera a los proletarios de todos los continentes. Frente a ello el proletariado sólo tiene una respuesta que dar: ¡El enemigo está en casa! ¡Es su propia burguesía!

El particularismo catalán esencialmente hebraico transformado en nacionalismo e independentismo y la unidad de España esgrimida contra este son consignas exclusivamente burguesas con las cuales la clase explotadora busca ocultar tras su bandera a los proletarios de todos los continentes. Frente a ello el proletariado sólo tiene una respuesta que dar: ¡El enemigo está en casa! ¡Es su propia burguesía!

El particularismo catalán esencialmente hebraico transformado en nacionalismo e independentismo y la unidad de España esgrimida contra este son consignas exclusivamente burguesas con las cuales la clase explotadora busca ocultar tras su bandera a los proletarios de todos los continentes. Frente a ello el proletariado sólo tiene una respuesta que dar: ¡El enemigo está en casa! ¡Es su propia burguesía!

LEE EL PROLETARIO

Órgano del Partido Comunista Internacional

¡SOSTENED Y DIFUNDID LA PRENSA DEL PARTIDO!

Suplemento Venezuela a «el programa comunista»
Precio: Europa: 1 €. América del Norte: US \$ 1. América Latina: US \$ 0,5

Suplemento Venezuela No 22 al No 52 - Diciembre de 2016
• ¡Frente a la crisis capitalista, que empuja a la pequeña burguesía a la calle, el proletariado necesita su organización de clase independiente y su partido revolucionario! • Dictadura proletaria y partido de clase • La Asamblea Nacional Constituyente, tierra en los ojos de las masas proletarias... • Brasil, entre crisis económica, rivalidades políticas y lucha de clases • Default o no default, la cuestión es que el gobierno chavista hambrea al proletariado para alimentar al sistema financiero internacional • ¡El aumento de salario es una burla en forma de migajas! • Pagar o no pagar la deuda es un falso dilema

Suplemento Venezuela No 21 al No 51 - Julio de 2016
• ¡Estado de Emergencia! ¡Emergencia de la lucha proletaria! • Partido y Clase • La violencia en Venezuela • México: Sangrienta represión burguesa y danza macabra de la «extrema izquierda» • Otras consideraciones sobre los bachaqueros • Oposición y gobierno en un callejón sin salida • «Tupamaro» y guerrillerismo reformista • «La materia nunca muere» • Los Rolling Stones en la Habana **Suplemento Venezuela No 20 al No 51 - Diciembre de 2015**
• Elecciones y hecatombe económica • Corrupción en Venezuela — ¡y en todo el mundo capitalista! • "Gamelotes mentales" • Bachaqueros y proletarios • ¡Maduro es el culpable de la escasez! • Partido revolucionario o "gran partido socialdemócrata de masas" • Amadeo Bordiga. Partido y clase • Atentados en París • Colombia y Venezuela, países civilizados...

• Paris c'est la fête! • La ley de la oferta y la demanda - Marx responde al obrero Weston • El programa del partido comunista internacional

el programa comunista

ORGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

Suplemento Venezuela Nº 22 al No 52 del programa comunista. Circula desde 2005. Precio: Europa 1 €, América del Norte US \$ 1, América Latina US \$ 0,5

¡Frente a la crisis capitalista, que empuja a la pequeña burguesía a la calle, el proletariado necesita su organización de clase independiente y su partido revolucionario!

El particularismo catalán esencialmente hebraico transformado en nacionalismo e independentismo y la unidad de España esgrimida contra este son consignas exclusivamente burguesas con las cuales la clase explotadora busca ocultar tras su bandera a los proletarios de todos los continentes. Frente a ello el proletariado sólo tiene una respuesta que dar: ¡El enemigo está en casa! ¡Es su propia burguesía!

El particularismo catalán esencialmente hebraico transformado en nacionalismo e independentismo y la unidad de España esgrimida contra este son consignas exclusivamente burguesas con las cuales la clase explotadora busca ocultar tras su bandera a los proletarios de todos los continentes. Frente a ello el proletariado sólo tiene una respuesta que dar: ¡El enemigo está en casa! ¡Es su propia burguesía!

El particularismo catalán esencialmente hebraico transformado en nacionalismo e independentismo y la unidad de España esgrimida contra este son consignas exclusivamente burguesas con las cuales la clase explotadora busca ocultar tras su bandera a los proletarios de todos los continentes. Frente a ello el proletariado sólo tiene una respuesta que dar: ¡El enemigo está en casa! ¡Es su propia burguesía!

EL PROGRAMA DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

El Partido Comunista Internacional está constituido sobre la base de los principios siguientes establecidos en Liorna con la fundación del Partido Comunista de Italia (Sección de la Internacional Comunista):

1/ En el actual régimen social capitalista se desarrolla una contradicción siempre creciente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción dando lugar a la antítesis de intereses y a la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía.

2/ Las actuales relaciones de producción están protegidas por el poder del Estado burgués que, cualquiera que sea la forma del sistema representativo y el uso de la democracia electiva, constituye el órgano para la defensa de los intereses de la clase capitalista.

3/ El proletariado no puede romper ni modificar el sistema de las relaciones capitalistas de producción del que deriva su explotación sin la destrucción violenta del poder burgués.

4/ El partido de clase es el órgano indispensable de la lucha revolucionaria del proletariado. El Partido Comunista, reuniendo en su seno la fracción más avanzada y decidida del proletariado unifica los esfuerzos de las masas trabajadoras encauzándolas de las luchas por intereses parciales y por resultados contingentes a la lucha general por la emancipación revolucionaria del proletariado. El Partido tiene la tarea de difundir en las masas la teoría revolucionaria, de organizar los medios materiales de acción, de dirigir la clase trabajadora en el desarrollo de la lucha de clases, asegurando la continuidad histórica y la unidad internacional del movimiento.

5/ Después del derrocamiento del poder capitalista, el proletariado no podrá organizarse en clase dominante más que con la destrucción del viejo aparato estatal y la instauración de su propia dictadura privando de todo derecho y de toda función política a la clase burguesa y a sus individuos mientras sobrevivan socialmente, y basando los órganos del nuevo régimen únicamente sobre la clase productora. El Partido Comunista, cuya característica programática consiste en esta realización fundamental, representa, organiza y dirige unitariamente la dictadura proletaria. La necesaria defensa del Estado proletario contra todas las tentativas contrarrevolucionarias sólo podrá ser asegurada privando a la burguesía y a los partidos hostiles a la dictadura proletaria de todo medio de agitación y de propaganda política, y con la organización armada del proletariado para rechazar los ataques internos y externos.

6/ Sólo la fuerza del Estado proletario podrá ejecutar sistemáticamente las sucesivas medidas de intervención en las relaciones de la economía social, con las que se efectuará la sustitución del sistema capitalista por la gestión colectiva de la producción y de la distribución.

7/ Como resultado, de esta transformación económica y de las consiguientes transformaciones de todas las actividades de la vida social, irá eliminándose la necesidad del Estado político, cuyo engranaje se reducirá progresivamente al de la administración racional de las actividades humanas.

* * *

La posición del partido frente a la situación del mundo capitalista y del movimiento obrero después de la segunda guerra mundial se basa sobre los puntos siguientes:

8/ En el curso de la primera mitad del siglo XX, el sistema social capitalista ha ido desarrollándose en el terreno económico con la introducción de los sindicatos patronales con fines monopolísticos y las tentativas de controlar y dirigir la producción y los intercambios según planes centrales, hasta la gestión

estatal de sectores enteros de la producción; en el terreno político con el aumento del potencial policial y militar del Estado y con el totalitarismo gubernamental. Todos estos no son nuevos tipos de organización con carácter de transición entre capitalismo y socialismo ni menos aún un retorno a regímenes políticos preburgueses; al contrario, son formas precisas de gestión aún más directa y exclusiva del poder y del Estado por parte de las fuerzas más desarrolladas del capital.

Este proceso excluye las interpretaciones pacifistas, evolucionistas y progresivas del devenir del régimen burgués y confirma la previsión de la concentración y de la disposición antagónica de las fuerzas de clase. Para que las energías revolucionarias del proletariado puedan reforzarse y concentrarse con potencial correspondiente a las fuerzas acrecentadas del enemigo de clase, el proletariado no debe reconocer como reivindicación suya ni como medio de agitación el retorno ilusorio al liberalismo democrático y la exigencia de garantías legales, y debe liquidar históricamente el método de las alianzas con fines transitorios del partido revolucionario de clase tanto con partidos burgueses y de clase media como con partidos pseudo-obreros y reformistas.

9/ Las guerras imperialistas mundiales demuestran que la crisis de disgregación del capitalismo es inevitable debido a que ha entrado en el período decisivo en que su expansión no exalta más el incremento de las fuerzas productivas, sino que condiciona su acumulación a una destrucción repetida y creciente. Estas guerras han acarreado crisis profundas y repetidas en la organización mundial de los trabajadores, habiendo las clases dominantes podido imponerles la solidaridad nacional y militar con uno u otro de los bandos beligerantes. La única alternativa histórica que se debe oponer a esta situación es volver a encender la lucha de clases al interior hasta llegar a la guerra civil en que las masas trabajadoras derroquen el poder de todos los Estados burgueses y de todas las coaliciones mundiales, con la reconstitución del partido comunista internacional como fuerza autónoma frente a los poderes políticos y militares organizados.

10/ El Estado proletario, en cuanto su aparato es un medio y un arma de lucha en un período histórico de transición, no extrae su fuerza organizativa de cánones constitucionales y de esquemas representativos. El máximo ejemplo histórico de su organización ha sido hasta hoy el de los Consejos de trabajadores que aparecieron en la Revolución Rusa de Octubre de 1917, en el período de la organización armada de la clase obrera bajo la única guía del Partido Bolchevique, de la conquista totalitaria del poder, de la disolución de la Asamblea Constituyente, de la lucha para rechazar los ataques exteriores de los gobiernos burgueses y para aplastar en el interior la rebelión de las clases derrocadas, de las clases medias y pequeño-burguesas, y de los partidos oportunistas, aliados infalibles de la contrarrevolución en sus fases decisivas.

11/ La defensa del régimen proletario contra los peligros de degeneración presentes en los posibles fracasos y repliegues de la obra de transformación económica y social, cuya realización integral no es concebible dentro de los límites de un solo país, no puede ser asegurada más que por la dictadura proletaria con la lucha unitaria internacional del proletariado de cada país contra la propia burguesía y su aparato estatal y militar, lucha sin tregua en cualquier situación de paz o de guerra, y mediante el control político y programático del Partido comunista mundial sobre los aparatos de los Estados en que la clase obrera ha conquistado el poder.

